JUAN BERRUETA

PARANORMAL, YO



HISTORIAS DE UN EDITOR ESCÉPTICO EN LA NAVE DEL MISTERIO



PARANORMAL, YO

Historias de un editor escéptico
en la nave del misterio

JUAN BERRUETA



Para Carmen.
Lo más paranormal de todo es
que me sigas aguantando

PRÓLOGO

Por Iker Jiménez

Juan es un mago de la televisión y eso no es nada sencillo. He conocido a algunos que decían serlo, he conocido a otros que lo pretendían y he conocido a muchos que, directamente, estaban muy lejos de esa alquimia del oficio. Jugar con las imágenes, darles un significado, transformarlas incluso, gracias a la capacidad absoluta de lo que llamamos «edición», es una labor que suele pasar inadvertida, pero que, al mismo tiempo, el público es capaz de percibir. Si *Cuarto Milenio* lleva veinte años en antena es gracias a un milagro televisivo como pocas veces se ha visto, y que nace no solo de la aportación de los que estamos delante de la cámara, sino también de una especie de fluido, una especie de discurso, una especie de idioma o lenguaje puramente audiovisual y, a veces, invisible para la mayoría de las personas. Sin embargo, como sé que quienes se acerquen a este libro tan especial también son especiales, entenderán lo que quiero decir.

La labor de cocina de un programa de televisión tan complejo, tan diferente, tan mágico como *Cuarto Milenio* no la puede hacer cualquiera, y yo estoy muy orgulloso de Juan porque sé que puedo confiar plenamente en él. Es una confianza ciega, y eso no quiere decir que no discutamos, que no le mande a veces mensajes tremendos durante la propia emisión del programa porque hay algo que suena distinto, parece distinto o no es como yo lo había imaginado. Ese es el difícil oficio de la televisión, que tiene engranajes en su maquinaria que muchos no podrían imaginar.

En ese lugar clave del núcleo del submarino milenario está Juan día

y noche, y digo esto porque sé que es incansable, como me ha demostrado muchas veces. Él me dice que echa de menos mis soflamas de oficina, aunque sabe que de vez en cuando todavía hay alguna para que todos seamos conscientes del privilegio que tenemos, a pesar de cualquier dificultad, de cualquier contexto y coyuntura. Somos privilegiados porque, cuando pase mucho tiempo, recordaremos que hicimos historia de este medio que es la televisión, que es muy difícil. Somos privilegiados porque sabremos que, durante al menos dos décadas, nos batimos el cobre como un auténtico equipo, seguramente con menos medios que muchos, y dándolo todo para hacer algo sincero y digno, para hacer algo que es verdad.

Este libro de Juan me ha emocionado quizá como ningún otro. Este libro de Juan Berrueta, cuando menos, me retrata como me gustaría que me recordasen. Este libro del mago de la televisión Juan Berrueta hace una pintura también sobre mi personalidad que ni siquiera yo mismo hubiera atisbado. Leyendo sus letras, leyendo sus páginas, me he dado cuenta de claves que intuía, pero de las cuales no tenía certeza. Sé lo verdaderos que somos, sé lo insólitos que somos, sé lo auténticos que somos y, en parte, este deslumbre ha venido con las letras llenas de ese sarcasmo tan peculiar, llenas de ese humor vitriólico, llenas de esa falta de complacencia de mi amigo Juan Berrueta.

Somos muy diferentes, seguramente, y eso es lo que hace enriquecedora nuestra relación, una relación profesional que es casi telepática. Él sabe a lo que me refiero, y yo sé que él puede hacer magia. Él sabe lo que me entusiasma y sabe que me levanto del sofá viendo el programa cuando hay una de esas píldoras donde ha puesto, precisamente, ese elemento que no es controlable, que es misterioso, que forma parte del talento, que es la magia.

Pero no os sería sincero, amigos lectores, si no os dijese que me ha impresionado mucho verme a mí mismo como en un espejo leyendo las peripecias de todo un equipo, y me he preguntado: ¿Todo esto lo he motivado yo? ¿Todo esto ha surgido por la locura de un niño de Vitoria que soñaba con los ovnis? Toda esta gente magnífica, cada uno hijo de su padre y de su madre, se ha juntado en un momento de

la historia durante dos décadas, por lo menos, para hacer magia con mucha libertad. Esto es insólito. No nos parecemos, repito, a nada ni a nadie, y eso lo cuenta Juan mucho mejor que yo.

Si yo tuviera que decir quién soy en la televisión, si yo tuviera que decir cuál es el significado profundo de lo que hacemos, elegiría el libro y las palabras de Juan Berrueta. Y eso, para mí, que sabéis que no sé ser breve, que soy bastante vanidoso y ególatra, y que me gusta recrearme en las cosas, es mucho decir. Porque soy perfectamente consciente de que el mago de la edición, en este caso con las palabras, ha vuelto a lograrlo. Muchas gracias, Juan, porque además de un libro maravilloso que pone una ventanita en los secretos de un espacio legendario, también has abierto una ventanita en mi corazón para conocerme un poco más en esa especie de reflejo absolutamente maravilloso que has hecho. Te estoy muy agradecido, amigo. Te deseo lo mejor. Por muchos más años de magia y televisión.

NOTA DEL AUTOR

Quiero comenzar con una advertencia para el lector: este es un libro de carácter total y deliberadamente ombliguista, término que acabo de aprender y que me moría de ganas de emplear.

> **ombliguismo** 1. adj. despect. Que tiene tendencia a considerarse el ombligo del mundo, el centro de algo, lo más importante.

Es decir, no tienes entre las manos una explicación detallada del funcionamiento de *Cuarto Milenio* ni un manual de edición televisiva; ni siquiera un buen número de cotilleos sobre las entretelas del programa. Lo que estás empezando a leer no es más que una serie de vivencias en primera persona recogidas sin otra intención que la de entretenerme mientras las recuerdo y, ya de paso, intentar escribir un libro.

Sinceramente, no creo que a nadie más que a mí le vaya a interesar demasiado ninguna de las cosas que me dispongo a contar. Querido amigo, si no eres mi mujer ni ninguno de mis padres, te invito a abandonar la lectura ahora mismo y dedicar tu tiempo a cualquier otra actividad más provechosa. Incluso a vosotros, los más cercanos, os recomiendo lo mismo y os ruego que, cuando os pregunte si os ha gustado mi libro, me digáis que sí, que está muy bien escrito y que si me apetece ir a tomar un helado. Así nos aseguramos de sacar algo bueno de todo esto.

Aquellos que hayáis llegado hasta este párrafo a pesar de mis advertencias os podéis considerar, desde este momento y hasta el fin de los días, dentro de mi círculo de confianza.

1

UNA CENA CUALQUIERA

Imaginemos que es un viernes por la noche y estoy intentando mantener a flote mi exigua vida social. Conozco bien a algunas de las personas con las que comparto mesa, pero a otras no tanto, aunque estoy seguro de que debería saberme los nombres de todas ellas. Las que no conozco pueden ser amigos de mis amigos o quizá la nueva pareja de alguien en el trance de superar el interrogatorio del resto del grupo, tal vez se trate de esa antigua compañera del instituto de mi mujer de la que tanto me ha hablado y de cuyo nombre, por supuesto, tampoco me acuerdo, o a lo mejor sea algún padre del colegio de mis hijos de esos que solo aparecen de Pascuas a Ramos y que después dejan de existir en mi memoria salvo que los llames para jugar al pádel.

En resumen, imaginemos la típica situación en la que sabes algo de todo el mundo, pero realmente no conoces a nadie a fondo.

El ambiente es bueno y la conversación fluye con facilidad saltando de tópico en tópico, mezclando un poco de esto y un poco de aquello, y así sigue la cosa, sin muchos sobresaltos, hasta que alguien desliza

la pregunta:

—Y tú, ¿en qué trabajas?

—Soy editor de vídeo —respondo—, trabajo haciendo programas para la tele. —Y en ese momento la animada charla llega a su fin y mi trabajo monopoliza el resto de la velada.

Creedme, pasa siempre.

La gente siente una fascinación reverencial por cualquier cosa relacionada con la televisión. Visto desde fuera nuestro oficio parece algo glamuroso y excepcional, una suerte de universo paralelo y maravilloso repleto de gente guapa y famosa, galas, diversión, emoción, premios millonarios y éxitos constantes, en el que cuesta creer que trabaje gente corriente y moliente como yo. Lo cierto es que mi experiencia como técnico que trabaja para diferentes productoras y edita formatos para las principales cadenas del país se encuentra en las antípodas del glamour; ni está ni se le espera, pero, sinceramente, no lo cambiaría por nada del mundo.

El nuestro es un trabajo como cualquier otro, repleto de miserias y ruindades, pero es fácil comprender el atractivo que tiene la televisión y lo que la rodea. Todo hijo de vecino disfruta, se informa y se entretiene con ella, y ha pasado las suficientes horas delante de la pantalla como para tener una opinión sobre cualquier programa, serie o película. Yo mismo no encuentro nada de lo que hablar con un analista de datos o con un corredor de seguros, pero la televisión es un elemento común que todos compartimos, un refugio familiar al que acudimos cada día y que nos gusta y nos une desde la infancia. El albañil y el neurocirujano acaban el día sentados en su sofá viendo el mismo capítulo de *First dates*, y el día de Año Nuevo todos estamos hablando del vestido de la Pedroche.

Divagaciones aparte, la realidad es que da igual si comparto mesa con la primera bailarina del ballet de Kiev, el fiscal general del Estado y el último premio Nobel de Medicina; todos van a acribillar a preguntas al de la tele.

—¿Para qué cadena trabajas?

—¿Conoces a muchos famosos?

—¿Eres presentador? ¿Eres cámara?

—Pero ¿tú sales en la tele?

—¿Qué programa haces?

A lo largo de estos últimos veinte años he editado todo tipo de contenido, desde programas infantiles y galas *Inocente, inocente* hasta documentales y videoclips. Detecto una ligera desilusión cuando les explico a mis acompañantes que yo no piso los platós, que mi trabajo comienza cuando los focos se han apagado y ya está todo grabado. Sin embargo, he formado parte de varios programas de gran audiencia y puedo contar mil y una batallitas sobre ellos. La más mínima mención a mis años trabajando en *Gran Hermano* o *Fama, a bailar* devuelve inmediatamente la ilusión a la concurrencia, que continúa acribillándome a preguntas sobre Mercedes Milá y vete tú a saber qué otros famosillos que ni siquiera me suenan. Mis años como editor de *reality shows* son un filón: nunca me gustó verlos, pero era divertidísimo hacerlos, y, cuanto más casposo fuese el programa, mejor. En ese aspecto, mención especial para *Las joyas de la corona*, el *coaching* de etiqueta para poligoneros dirigido por la excelentísima doña Carmen Lomana, siempre a sus pies: nunca me reí más durante mi jornada laboral. Además, hay que decir que estos programas eran terriblemente exigentes en el apartado técnico, auténticos retos profesionales de los que saqué grandes enseñanzas.

Cuando cuento mis anécdotas me encanta exagerar descaradamente la relación que tuve con los presentadores y hablar de ellos como si fuesen poco menos que amigos íntimos. Sospecho que mi hijo mayor realmente me cree cuando le digo que Zidane y yo, que coincidimos en el programa *Cracks del fútbol*, somos uña y carne.

Poco a poco, entre chistes y curiosidades, la conversación va avanzando hasta que llegamos al segundo punto de inflexión de la noche:

—¿Dónde trabajas ahora mismo? ¿Algún programa que conozcamos?

—Pues llevo unos cuantos años encargándome de la edición de *Cuarto Milenio*.

Catarsis en la mesa.

Cuarto Milenio es mucho más que un programa de éxito, es un

icono pop, un fenómeno que trasciende el *prime time* de los domingos por la noche. *Cuarto Milenio* es sinónimo de misterio, de terror, de extraño; es nuestro *Cuentos desde la cripta*, nuestro *Cosmos*, nuestro *Twilight Zone*. Veinte años en antena y una ristra de *trending topics* sucediéndose semana tras semana no los consigue todo hijo de vecino, y es que el *Milenio* tiene algo que llama la atención, guste más o menos. Algo funciona en la tele cuando consigue movilizar hordas de fanáticos y ejércitos de detractores por igual.

Y, claro, todo el mundo lo ve. No sé lo que dirán los audímetros este domingo o dentro de diez domingos, pero en la próxima cena a la que me inviten, unos cuantos comensales confesarán ser seguidores de los de toda la vida, de esos que escuchaban a Iker por la radio.

Mis compañeros de mesa continuarán su interrogatorio haciéndome las preguntas habituales:

—¿Tú crees en esas cosas, Juan?

—Es todo mentira, ¿no?

—¿Cómo es Iker? Parece majo el Iker.

—¿La rubia es su mujer?

—¿Has visto algún fantasma? ¿Y algún ovni?

Yo les hablaré de mis experiencias como editor y de las cosas más raras que me he encontrado, que son muchas. A estas alturas he ido puliendo cada anécdota para poder contarla de la manera más divertida y tengo claro cuáles son las historias con mejor acogida, así que no es complicado conseguir que mi improvisado público responda con entusiasmo y estupor.

—No, no, no, yo no creo en fantasmas ni en nada de eso —me veo obligado a puntualizar—, aunque es cierto que he visto un montón de cosas que no sé cómo explicar.

Y es la pura verdad.

Cuando he respondido a todas las preguntas que me han hecho y la gente ha saciado su curiosidad, comienza la última parte de la velada, esa en la que amigos y desconocidos me cuentan sus propias experiencias sobrenaturales. Nunca falla. ¿Cómo no va a tener *Cuarto Milenio* el éxito que tiene? Por lo que parece, todo el mundo ha visto, como poco, un fantasma o dos.

Recuerdo ahora el caso de un amigo muy cercano que me aseguró con todos los juramentos posibles que, durante una sesión espiritista *amateur*, el vaso del tablero ouija se movía solo:

—No me crees, pero ya verás cuando te pase a ti —me dijo, muy indignado, cargadísimo de razón—. ¡El espíritu me dijo que me devoraría el alma!

Hace un tiempo que no veo a mi amigo, pero la última vez que coincidimos conservaba el alma y solo había perdido algo de pelo.

Que no se me malinterprete: el hecho de que la misma conversación se reproduzca con mínimas variaciones una y otra vez no me molesta nada en absoluto. Todo lo contrario, suele desembocar en un rato divertido en el que puedo disfrutar de una dosis moderada de protagonismo que viene fenomenal para mantener la autoestima por todo lo alto. Únicamente lo siento por mi mujer, que, con su santa paciencia, aguanta las mismas batallitas infinidad de veces y ahora, para colmo, también tendrá que soportarlas por escrito.

Fue precisamente durante la última cena en la que volvió a suceder lo mismo, mientras una amiga me hablaba del abuelo que vino a despedirse de ella después de muerto, y justo después de que me hubiesen preguntado si me creo todo eso de la percepción extrasensorial de los videntes, cuando tuve la idea de escribir este libro. Yo, como todo el mundo, también tengo ganas de hablar de la tele y de los fantasmas que he visto.

Con esa idea en la cabeza volví a casa y me puse a revisar nuestra biblioteca para echar un ojo a los libros escritos por Iker y por el resto de los compañeros. Con el paso de los años, mi sección de libros de misterio ha ido creciendo hasta reunir un buen número de ejemplares, casi todos regalados y dedicados por sus autores. Muchos de estos libros, mis favoritos, los he conseguido recurriendo al más vil chantaje:

—Oye, Javi —le digo a nuestro redactor con mayor productividad literaria—, he visto que en el inicio de tu intervención te equivocas al mencionar una fecha. Lo puedo arreglar...

—¡Fenomenal, Juan! ¡Muchas gracias!

—... y, por cierto, aún no he recibido mi ejemplar firmado de *Los intrusos*.

Me di cuenta de que casi todas las obras escritas por las víctimas de mis inocentes extorsiones eran, en esencia, extensiones del propio programa. Algunos de los títulos que tenía a mano lo dejaban claro desde la mismísima portada: *Enigmas sin resolver* volúmenes I y II, y *Fronteras de lo imposible*, de Iker Jiménez; *En busca de lo imposible*, de Pérez Campos; *El gran libro de las casas encantadas* y *Cuaderno de investigación de fenómenos extraños*, de Clara Tahoces; *Al principio de la oscuridad: viaje a lo más profundo del misterio*, de Carlos Largo; *Inexplicable*, de Paco Pérez Caballero o *Rumbo a lo desconocido*, de Pablo Villarrubia. Todos estos son libros apasionantes, crónicas de investigaciones asombrosas en sitios increíbles, y además están mucho mejor escritos que este, pero ninguno se aproxima a la experiencia personal que, como técnico incrédulo enrocado en el «Yo-no-me-creo-nada», he vivido en este trabajo único en el mundo.

2

A BORDO DE LA NAVE

Vemos en pantalla a Javier Pérez Campos hablando con Iker Jiménez de su última investigación sobre fenómenos paranormales:

—Un compañero del equipo, Juan Berrueta, que es el editor y que hace un trabajo maravilloso...

—Maravilloso.

—... y que es muy escéptico, por cierto...

—Y menos mal.

—... y, claro, hay muchos debates dentro del equipo cuando traemos este material, pero a la vez es gente muy volcada, muy interesada. Y él empieza a hacer también indagaciones por su lado, y es ahí cuando aparece una historia sorprendente.[1]

Este diálogo resume en pocas palabras el contenido del libro que tienes entre las manos: editor maravilloso (subrayemos maravilloso), escéptico y muy volcado, que se acaba encontrando con historias difíciles de creer. ¿Qué serie de acontecimientos han provocado que mi vida termine ligada al legendario *Cuarto Milenio* de Iker Jiménez? Vamos a verlo.

Me incorporé a la plantilla en agosto de 2011, cuando el programa comenzaba su séptima temporada. Desde el primer episodio, allá por 2005, la producción había corrido a cargo de Plural Entertainment. Con el paso del tiempo debieron de surgir fricciones entre unos y otros, y, por motivos que desconozco, cuando terminó la sexta temporada, Iker y su equipo abandonaron el barco y buscaron otro lugar donde continuar sacando adelante su icónico formato. Cuarzo Producciones cogió el testigo y permitió a *Cuarto Milenio* continuar en antena. El cambio de productora trajo consigo una profunda renovación de personal, y ese fue el momento en el que yo pasé a formar parte de Cuarzo y de *La nave del misterio*.

¿Por qué me llamaron a mí?

En el pasado había colaborado puntualmente con el equipo de Iker a través de la pequeña productora en la que aprendí el oficio, eMagic Producciones Audiovisuales. Acudían a nosotros cada vez que un programa especial monográfico desbordaba las posibilidades de su plantilla fija, que bastante tenía con aguantar el ritmo semanal. Daba la casualidad de que las instalaciones de eMagic estaban cerca de la oficina donde se hacía *Cuarto Milenio*, por lo que cumplía una máxima que, por aquel entonces, era condición indispensable: todo tiene que estar a mano para Iker.

Los dos primeros programas que llegaron a eMagic, *La noche de las profecías* y *La noche del fin del mundo*, los editaron mis compañeros, todos con mucha más experiencia que yo. En aquellas ocasiones mi papel se limitó a labores de ayudante y de digitalización del material. Sin embargo, para cuando se hizo *El salto infinito* yo ya me había formado plenamente como editor y tuve la oportunidad de trabajar en primera división.

Este documental surgió de la pasión de Iker por la prehistoria, la magia de las cuevas rupestres y el enigma de la transformación del *Homo sapiens*. Si tenéis ocasión de verlo, hacedlo, es realmente interesante.

A mí me encargaron el montaje de las recreaciones realizadas por Manuel Romo, las cuales contenían algunas escenas clave, como el descubrimiento de la cueva de Altamira por parte de Marcelino Sanz

de Sautuola y de su hija María. Conocer a Romo y aprender a lidiar con su peculiar idiosincrasia y su inconfundible forma de rodar fue una experiencia realmente indescriptible. Tiene por héroe personal a Tobe Hopper y, como tal, considera que la mejor película de la historia es *La matanza de Texas*, que yo calificaría como infumable. Romo entiende la realización como un acto de libertad creativa que no debe estar sujeta al rígido corsé de las normas académicas. Adora mover la cámara enloquecidamente por toda la escena y no tiene reparos a la hora de usar el zoom o saltarse el eje.

Por aquella época Romo no masterizaba la escena; es decir, grababa para cada plano solo el fragmento de guion que correspondía según lo que tenía planificado previamente, en lugar de rodar toda la acción completa desde varios ángulos. Esto limita mucho la libertad del editor, que tiene las manos atadas para proponer cosas diferentes o para arreglar errores.

En aquel momento de mi incipiente carrera, encontrarme con un realizador como Romo no me hizo ninguna gracia, porque temía que su estilo ensuciase de alguna manera mi trabajo. Todavía hoy, tantos años después, sigo teniendo pesadillas con el larguísimo plano en *zoom out* de Sautuola postrado en su cama y agonizando.

Sin embargo, Romo siempre escucha, nunca juzga y le encanta probar cosas diferentes. Trabajar con él es un desafío muchas veces desesperante y con resultados desiguales, como fue el caso de sus recreaciones en *El salto infinito*, pero siempre resulta divertido y liberador. Hoy por hoy me encanta editar sus recreaciones.

Antes de conocer a Romo no imaginaba que se podía ser un artista experimental en pleno *prime time*. Y eso es mucho decir de Romo y de *Cuarto Milenio*.

Durante años Iker consideró *El salto infinito* como su mejor trabajo. En sus propias palabras:

> Es lo mejor que hemos hecho. Creo que no se había contado la triste y maravillosa historia de Altamira. Pasamos ocho meses grabando bajo tierra mostrando los enigmas del arte rupestre, o lo que es lo mismo, el nacimiento de la mente, la magia, el misterio y la religión.[2]

No pretendo atribuirme el mérito del estupendo montaje del programa: casi todo el trabajo lo llevó a cabo el que entonces era mi jefe, Amable Pérez, leyenda de la televisión en España. Sin embargo, tiempo después, cuando Plural era historia e Iker estaba buscando personal para formar un nuevo equipo, Amable estaba embarcado en otros proyectos y tuvo que rechazar la oferta de Cuarzo. Por aquel entonces yo ya no trabajaba para eMagic, pero el bueno de Amable les recordó mi existencia y no tardé en recibir una oferta.

La oportunidad de trabajar en *Cuarto Milenio* presentaba un inconveniente y dos grandes ventajas. El inconveniente era un sueldo ligeramente inferior al de otras ofertas que me estaban llegando al mismo tiempo. Las ventajas eran un contrato indefinido (todo lo indefinido que puede ser un contrato vinculado a un programa de televisión) y la posibilidad de trabajar en un formato tan estimulante y entretenido.

Para entender qué me llevó a tomar la decisión hay que tener en cuenta que yo había crecido con *Expediente X*, y no como un espectador más, sino como un verdadero fan. Leí libros sobre la serie y sus misterios, dibujé cómics de Mulder y Scully, y compré pósters y más de una camiseta inspirada en la serie. Se me puede localizar fácilmente en la foto de graduación de mi último año de instituto porque soy el que lleva una gran X verde en la sudadera.

Conservo una guía no oficial de la serie que más bien parece un compendio de temas de *Cuarto Milenio*. Me la sé de memoria. Además, quienquiera que fuese el ingenioso editor de aquella guía me enseñó cómo hacer del defecto virtud, ya que, como no contaba con el permiso de los autores, decidió incluir en la portada la siguiente advertencia:

> El libro más polémico sobre la famosa serie de televisión. Su publicación no fue autorizada por los creadores de *Expediente X*.[3]

Esta capacidad de contar la verdad, pero adecuándola a las necesidades del momento de forma tan magistral, me parece digna de

Iker Jiménez o de nuestro Diego Marañón, responsable de todos los textos breves que aparecen en el programa.

Antes aún de *Expediente X* yo ya sentía una gran fascinación por las historias de fantasmas y los relatos de misterio. Entre mis posesiones más preciadas destacaban dos viejos volúmenes de una colección llamada *El mundo de lo oculto*: *Monstruos y bestias míticas* y *Hombres lobo, vampiros y aparecidos*.[4] Me encantaba leer y releer esos estudios, serios y concienzudos, sobre temas que *a priori* deberían tratarse como meras patochadas. Puro espíritu milenario.

—Tú sabrás lo que haces, Berrueta.

Me lo dijo como una auténtica amenaza la coordinadora de edición de *Granjero busca esposa*, que era el programa donde estaba trabajando cuando me llegó la oferta. Era una mujer sin demasiado tacto, que estaba totalmente equivocada en forma y en fondo. Ella me estaba ofreciendo un mes más de producción y un incierto futuro como editor de *realities*, en los que yo ya tenía experiencia. Por ese entonces, llevaba mucho tiempo subsistiendo a base de contratos por obra, saltando de programa en programa y sin tener la seguridad de qué sucedería al mes siguiente. El yugo de la audiencia siempre aprieta con fuerza y cada emisión es un desafío del que nunca sabes si saldrás victorioso o directo al paro. Arrancar un nuevo formato suponía empezar de nuevo: nueva gente, nuevos equipos, nuevos sistemas de trabajo.

No diré que aquello no fuese divertido, pero no era suficiente: el misterio me llamaba.

3

EL BAÑO HIEDE

Así pues, un buen día me vi subiendo en el desvencijado ascensor de Alfonso XII número 8, un ascensor que, por cierto, lleva más de diez años saliendo cada domingo en pantalla durante los créditos finales del programa. La oficina se encontraba en pleno centro de Madrid, junto a una de las puertas del Retiro, en uno de esos edificios centenarios que, salvo que se les haga una gran reforma, no sirven realmente como espacio de trabajo.

Y no, no se le había hecho una gran reforma. El suelo crujía; los grandes ventanales de la fachada noble, con vistas al parque, no aislaban del frío ni del ruido; los interruptores de la luz no se habían renovado desde antes de la Guerra Civil; las luces parpadeaban en el largo pasillo; a algún armario le faltaba media puerta; y la cocina era un cubículo triste de paredes desconchadas. A lo largo del primer año allí, alguien colgó un cartel en el que ponía EL BAÑO HIEDE en la puerta del servicio. Nunca supe quién lo había puesto, pero siempre le estuve agradecido por su exquisito uso del léxico español.

Un cepillo de dientes lacónico y polvoriento, olvidado por vete tú a

saber quién, fue testigo silencioso de todos los años que mantuvimos aquella oficina. Pablo Villarrubia, el parlanchín ufólogo brasileño, disfrutaba haciendo un *tour* a todas sus amistades y gastando la misma broma una y otra vez:

—... y este es el cepillo de dientes comunal, lo puedes usar si quieres.

Yo, que desde mi puesto oía todo lo que pasaba en el baño (todo), siempre lo encontré tronchante.

Lo cierto es que aquella oficina lamentable acabaría convirtiéndose en mi segunda casa, y nunca me importó demasiado que su única virtud fuese la de cumplir a rajatabla la máxima: «Todo tiene que estar a mano para Iker». Yo ya había trabajado en oficinas parecidas, desde viejos y espaciosos pisos en Gran Vía hasta intrincados laberintos de largos pasillos en edificios pertenecientes a la Santa Madre Iglesia, pasando incluso por los sótanos de una mansión decadente del barrio de La Florida, donde mi equipo de edición se instaló en el lúgubre dormitorio del personal de servicio, junto a una cama de forja que tenía una silla de ruedas oxidada estilo *Al final de la escalera* coronando una pila de colchones mugrientos.

Entre los editores de televisión circulan leyendas sobre salas de montajes instaladas en cuartos de baño, pero yo nunca llegué a tales extremos.

Quiero decir con esto que en cuanto puse el pie en la oficina de Alfonso XII número 8 me sentí en mi salsa y me pareció, además, que aquel lugar le iba como un guante a la producción. Si el lector siente curiosidad, aún es posible encontrar en alguna web el vídeo promocional del estreno de la octava temporada, centrado en la oficina en sí misma. Eso sí, no podrá ver ni el cartel de EL BAÑO HIEDE ni tampoco la puerta rota del armario, ya que esta se arregló con posproducción digital.

Bien, era mi primer día y me condujeron al que sería mi puesto de trabajo durante varios años: una sala sin ventanas y con una de sus dos puertas malamente tapiada. En uno de los laterales de la habitación descubrí un viejo radiador que comunicaba la estancia con el deprimente pasillo anexo mediante un agujero en la pared. Dicho

pasillo estaba custodiado por un dragón negro y otros restos de *atrezzo* de algún programa pasado que alguien se dejó olvidados en lo alto de un armario desvencijado. En la estantería que había junto a mi silla encontré un tablero ouija y dos cabezas amputadas de goma a las que acabé por coger bastante cariño. Un poco más allá se guardaba un retrato del jefe hecho a base de gotas de cera de vela derretidas que algún fan con mucho tiempo libre había enviado a Iker, y que era tan sorprendentemente bueno como indiscutiblemente grimoso.

Abrumado por tanto estímulo disparatado, decidí rápidamente que la oficina, híbrido perfecto entre trastero de anciana con diógenes y parque temático, me iba a encantar.

En aquella sala sin ventanas se cobijaban dos personas más: Fernando, un grafista calvo y con gruesas gafas de pasta tras las que se escondía la cara que se espera que tenga un grafista, y que resultó ser un gran tipo, y la ayudante de realización, Paloma, cuya melena rubia resplandecía en la oscuridad de la sala cada vez que soportaba con resignación alguno de mis chistes sin gracia.

Después de las presentaciones de rigor me dispuse a comenzar mi jornada. Junto a mi teclado descansaba una enorme pila de cintas de vídeo con la palabra «Belchite» escrita a mano. Estaba a punto de tener mi primer encuentro personal con el misterio y aún no llevaba allí ni media hora.

4

VOCES DEL MÁS ALLÁ

Cuando empecé a trabajar en *Cuarto Milenio* no tenía ni idea de qué era o dónde estaba Belchite. He comentado antes que yo era aficionado al misterio, pero a un misterio asequible y profano, a medio camino entre Lovecraft y Scooby Doo. No conocía a Benítez, ni a Jiménez del Oso, ni a Germán de Argumosa; no sabía nada de Bélmez, de Ochate ni de Manises; no conocía los nombres de Maxi Iglesias, ni de Jacques Vallée, ni de Bob Lazar; no había escuchado nunca hablar de Enrique de Vicente o de Paloma Navarrete. Nunca escuché *Milenio 3*, que Dios me perdone.

El monográfico *Operación Belchite*[1] se concibió como un despliegue de medios para lucir músculo en el inicio de la temporada siete. El pueblo viejo de Belchite, perdido en una de las zonas más áridas de Aragón, fue arrasado durante la Guerra Civil, dejando como triste recordatorio de la barbarie dos calles ruinosas y el esqueleto de un par de campanarios. En la literatura del misterio se recurre con frecuencia al término «lugar marcado» para referirse a aquellos puntos del mapa en los que ha habido tal acumulación de tragedia y muerte

que se convierten en enclaves propicios para la aparición de fenómenos extraños y visitas desde el más allá. Si existiera un diccionario oficial del misterio, junto a la definición de «lugar marcado» estaría, sin duda, una foto del triste y desolado pueblo viejo de Belchite.

Hasta allí se desplazó un destacamento del programa, con Iker y Carmen a la cabeza, acompañados de Paloma Navarrete, la legendaria sensitiva; un jovencísimo Javier Pérez Campos, y algún otro colaborador ilustre. En lo que respecta a la parte técnica, encabezada por mi compañero Sergio Fernández de Pinedo, se desplegó el habitual equipo de rodaje, pero se le agregaron para la ocasión unos cuantos extras. Se empleó un pequeño dron para enriquecer nuestra grabación con planos aéreos. Por aquel entonces, el uso de drones en televisión era algo que resultaba puntero e innovador, aunque eran dispositivos muy rudimentarios si los comparamos con los increíbles drones actuales. Además de eso, Sergio se sacó de la manga una efectista puesta en escena: montó un sistema de proyectores para rellenar las decadentes fachadas con imágenes de bombardeos de la aviación nacional. Contemplar las imágenes reales de la destrucción de la guerra iluminando las ruinas del desafortunado pueblo que la había sufrido con tanta dureza era algo espectral, sobrecogedor y visualmente impactante.

¿Qué mejor lugar para buscar fantasmas?

Eso mismo debió de pensar Joaquín Abenza, otro legendario investigador del que yo no sabía nada, cuando se fue allí a dar un paseo familiar unas semanas antes de nuestra grabación. Abenza es un auténtico entusiasta de lo extraño, y lo es hasta tal punto que en los años setenta fundó el Centro Investigador de Fenómenos Extraños (CIFE), orientado al estudio de la parapsicología y del fenómeno OVNI. Murciano, ingeniero por formación y hombre de radio por vocación, es uno de nuestros colaboradores más emblemáticos. Si algo caracteriza a los mejores buscadores del misterio es que no salen de su casa sin llevar encima su cámara de vídeo de superbaja resolución.

—Tendrás que empezar echando un ojo a esas grabaciones —me

dijo Camilo, el realizador del programa, señalando unas cintas del montón que sepultaban mi mesa—. Son de la cámara de Abenza y al parecer ha captado una psicofonía en Belchite.

Para quien no lo sepa, una psicofonía consiste en la grabación de la voz de un espíritu. No sé por qué los parapsicólogos están convencidos de que las voces del ultramundo pueden quedar registradas en una cinta magnética. Más adelante hablaré con detenimiento sobre este fenómeno que tantas horas de televisión nos ha regalado. Por ahora, a modo de resumen, solo diré que, desde mi punto de vista como técnico, creer en las psicofonías tiene tanto sentido como creer en las cartas del tarot o en las promesas electorales.

«Abenza ha captado una psicofonía», me había dicho Camilo.

¡Ja! Las psicofonías no existen, así que la grabación de Abenza debía de tratarse de algún tipo de engaño burdo o, siendo bien pensados, de un caso de pareidolia auditiva en el que cada uno interpreta lo que quiere al oír un sonido sucio e ininteligible.

Sentí cierta desilusión al comprender que la oportunidad de unirme a *Cuarto Milenio* iba a significar tener que trabajar con este tipo de tonterías de telefilme barato; me esperaba otra cosa más real, más auténtica, más periodística. Había una parte de investigación histórica en el reportaje de Belchite, muy interesante, y una recopilación de testimonios de personas que habían pasado miedo allí por una u otra razón. Todo aquello sí me gustaba, era un cuento clásico de drama y terror. Lo que no esperaba era tener que editar a nuestros propios colaboradores contando cuentos sobre voces inexistentes y, con sinceridad, no estaba seguro de que aquel tipo de televisión fuese conmigo. Obviamente tenía que ser una invención, una pantomima demasiado falsa para resultar interesante.

Metí la pequeña cinta MiniDV en el magneto y me dispuse a revisar la grabación. La pantalla me mostraba las ruinas de la iglesia de Belchite completamente vacía, gris y sobrecogedora. Podía oír la voz de Abenza que, cámara en mano, hablaba con su mujer. De vez en cuando algún miembro de la familia se colaba en el plano.

La imagen era oscura y borrosa, como cabe esperar de una

grabación casera en condiciones de mala iluminación. La textura del vídeo tipo VHS impregnaba todo el metraje de un acabado que no habría desentonado dentro de *El proyecto de la bruja de Blair*. Siempre me ha gustado mucho ese *look* desfasado, repleto de indicadores parpadeantes de código de tiempo y del estado de la batería. Calculé que la cámara debía de ser de finales de los noventa.

Nada parecía fuera de lo normal, aquello no tenía el más mínimo interés.

Y entonces fue cuando lo oí.

Un nivel sonoro por debajo de la voz de Abenza, por debajo incluso del ruido de sus pisadas; lo oí: un coro de iglesia. Sonaba lejano, reverberado, como arrastrado desde la lejanía de otro mundo. Era un coro, no había duda, y diría que principalmente masculino. No tengo muchos conocimientos de música sacra, pero me recordaba al canto gregoriano que había estado tan de moda veinte años antes. Rápidamente conecté los auriculares, amplifiqué el sonido al máximo y cerré la puerta de la sala para poder escuchar mejor.

Apreté con fuerza los cascos contra mis orejas.

Ahí estaba. La imagen me mostraba una iglesia arrasada, vacía, sin usar desde hacía casi un siglo, pero el sonido registrado no correspondía a esa escena. Correspondía a otro tiempo, a otro momento. Era imposible.

Quiero dejar claro que en ningún momento dudé de la veracidad del material que estaba revisando. Lo que tenía entre manos era la cinta de una cámara casera, auténtica y genuina. En la televisión todo es mentira, pero se convierte en mentira cuando pasa por manos del equipo de edición y se transforma. Es decir, si alguien quisiera hacer creer que se ha registrado una psicofonía, sería yo, el editor, quien cogería por una parte el material original en vídeo y, por otra parte, una grabación de sonido fantasmal, y las mezclaría en mi ordenador.

De todas formas, el coro que se escuchaba no parecía artificial. Todo lo contrario. Tenía esa cualidad sonora tan auténtica y difícil de falsear. Si lo que estaba grabado en la cinta de Abenza era un montaje, tenía que ser obra de un hábil posproductor de sonido, alguien de la altura de nuestro experto Manolo Rodríguez. Llevar a

cabo un montaje en un formato casero y antiguo como aquel era aún más complicado y requería de conocimiento técnico y un equipo medio decente que no todo el mundo tenía a su alcance.

Por otro lado, mis nuevos compañeros me aseguraban que el Abenza este era un tipo de fiar.

Y, sin embargo, ahí estaba el coro de iglesia resonando en un escenario imposible. En un lugar marcado.

No puedo explicar con facilidad la gran impresión que me produjo aquel descubrimiento. Yo soy escéptico, muy escéptico, y lo soy de una manera odiosa y recalcitrante. Como ateo convencido, no creo que exista un alma ni creo en la vida más allá de la muerte, y, desde luego, no creo que los espíritus de los muertos susurren en los micrófonos de las grabadoras de los investigadores. Sencillamente, aquellas voces que estaba escuchando no encajaban en la forma en que yo comprendía el funcionamiento de la realidad.

—Energías. Son energías, todo es energía —me dijo Paloma, muy convencida, mientras me deslumbraba con su melena refulgente.

—¿Qué energías ni qué gaitas? —me quejé yo con poca convicción, ya que en realidad no estaba muy seguro de cómo negar la evidencia.

Las «energías», dicho así, en abstracto, son una explicación recurrente a los misterios de *Cuarto Milenio*, eso y los campos magnéticos. «Aquí el campo cambia», dicen nuestros sensitivos cuando perciben con su sexto sentido un lugar marcado por el dolor o la tristeza. Los más lanzados llegan incluso a relacionar las apariciones fantasmales con el entrelazamiento cuántico.

—Tú acabas de llegar y aún no has visto nada. Ya verás, ya —añadió Paloma, y pude percibir una mirada entre ella y Camilo, cuyo significado vendría a ser «este no sabe dónde se ha metido».

En efecto, no tenía ni idea. Era el primer día en mi nuevo trabajo y el suelo cedía bajo mis pies antes incluso de la hora del segundo café. ¿Aquella grabación era real? Me sentía incapaz de procesar lo que estaba sucediendo y, además, intuía que mis compañeros eran depositarios de un conocimiento inaccesible al común de los mortales. ¿Quién era aquella gente? ¿Qué sorpresas me esperaban en *La nave*

del misterio?

Volví a escuchar la grabación. Era imposible.

—¿Acaso tú no crees en las psicofonías? —me preguntó Camilo, que, como buen gallego, nunca respondía a una pregunta de forma clara. Camilo solo es tajante cuando te explica por qué has hecho mal tu trabajo, momento que disfruta analizando con detalle y minuciosidad—. ¿No crees en las energías?

Me habría gustado replicarles, decirles que la energía no funciona así y que nada de aquello tenía sentido, pero, en realidad, yo no sabía cuál era la explicación al fenómeno.

¿De dónde procedían aquellas voces? ¿Eran los ecos de la tragedia resonando en el éter durante décadas? ¿Un solapamiento de dimensiones paralelas? ¿Un espejismo cuántico?

En conclusión: todo era cierto y el mundo no sería el mismo nunca más.

Hasta una semana después, claro, cuando recibimos la noticia que desde Nuevo Belchite llaman a misa por megafonía con una grabación de música eclesiástica.[2] Las voces del más allá no venían desde muy lejos, después de todo; simplemente, desde el pueblo de al lado. Maldita realidad tangible.

5

UNA CUESTIÓN MUY MUY SERIA

Después del sobresalto del primer día me quedó clara una cosa: en *Cuarto Milenio* todo podía pasar. No se me ocurre otro trabajo en el mundo en el que sea posible la gran variedad de sinsentidos que nosotros llamamos rutina, y muchas veces me pregunto qué pensaría una persona ajena al equipo que pudiese escuchar nuestras delirantes conversaciones.

—Del testimonio de esta semana corta eso de que el extraterrestre pesaba como trescientos kilos, es demasiado bizarro —me pide Iker.

¿Acaso el resto del caso, una invasión de humanoides con ojos bulbosos de resplandor rosáceo en un campamento de niños siberianos, no resulta igual de bizarro? Uno de ellos, por cierto, avistado en el váter.

Hablando de casos bizarros, el primero que me viene a la cabeza es el de un operador de cámara de la ETB que las pasó canutas lidiando con una presencia en su propio domicilio. Después de jugar al gato y al ratón durante unas horas, la entidad paranormal, según sus palabras, decidió pasar a través de su cuerpo permitiéndole sentir que

se trataba de una manifestación «claramente femenina».

—Pásame la grabación del doctor Gaona invocando al fantasma de Charles Dickens frente al espejo de aquel hotel americano —le pido a Marta, mordaz documentalista que se mueve en el pasillo donde archivamos las cintas de vídeo con el mismo bailoteo alegre que lleva Bella en la biblioteca de su pueblo.

Marta siempre encuentra la grabación que necesito y el descalificativo que merezco.

—Estamos pasados de presupuesto, Juan; si quieres a Gaona, tendrás que quitar algún minuto de la grabación de las iluminadas de Garabandal en éxtasis.

Maldiciones, milagros, profecías, abducciones, hombres lobo, humanoides, monjas bilocadas... Nuestro programa es realmente divertido.

Divertido, sí, pero ¡ay del trabajador que se lo tome a broma! El misterio en *Cuarto Milenio* es algo muy serio y dentro del programa no hay lugar para el humor. Iker y su tropa de reporteros y colaboradores no se dedican al entretenimiento: son periodistas de lo extraño, cronistas de lo insólito, investigadores de tomo y lomo.

Me costó varios meses entender que casi todos mis compañeros de trabajo eran auténticos creyentes. Esa debe de ser una de las claves del éxito del programa, supongo. Nadie simula, nadie finge, nadie actúa. Alguna vez los reporteros exageran un poco, sí, pero seguro que lo hacen llevados por las ganas de encontrar nuevos fenómenos insólitos que apuntalen su sistema de creencias. Cada una de sus investigaciones es un intento de atrapar lo invisible, de explicar lo inexplicable, y en lograr ese objetivo se emplean gran cantidad de medios y esfuerzos.

Cuando el primer día me dijeron: «Abenza ha captado una psicofonía», se equivocaron, pero me lo dijeron porque en *Cuarto Milenio* creen que es posible que eso suceda. Aprovecho para adelantar que yo mismo he encontrado voces inexplicables en el programa. Muchos compañeros creen en el contactismo extraterrestre y el propio Iker afirma haber visto ovnis al menos dos veces en su vida. No hablemos ya de experiencias cercanas a la muerte o de las

capacidades extrasensoriales de nuestros sensitivos. Y ojo con el reiki y la homeopatía.

Recuerdo que durante la primera semana de trabajo herí los sentimientos de una compañera al tomarme a broma sus comentarios sobre el horóscopo. Algo debió de decir sobre Júpiter menguante y sobre no meterse con un Libra aquella quincena, y yo no pude refrenarme e hice algún chiste al respecto. Creo que sucedió en la cocina, en un momento de descanso y delante de otras personas. Yo era tan tonto que en ese momento no pude comprender por qué se había enfadado conmigo y me había mirado con desprecio a través de sus enormes y fabulosas gafas tipo azafata del *Un, dos, tres*.

La explicación era bien sencilla: en ningún momento me había planteado que ni ella ni nadie pudiese creer de verdad en el horóscopo. ¿No suelen poner la astrología en la sección de pasatiempos, junto a las sopas de letras? Pero la mirada de mi compañera había sido fulminante y yo me sentí fatal, como si fuese un bárbaro insensible y arrogante que se burla de todo el que no piensa como él.

Entendí entonces que *Cuarto Milenio* iba a exigir de mí un cambio de actitud. De la misma forma que debemos respetar las convicciones políticas o religiosas de cada uno, habrá que respetar también a quienes creen en la numerología, la adivinación, los fantasmas y las «energías». Cada uno es libre de decidir dónde radica su fe, y si los demás no lo entendemos, estaremos mejor calladitos.

Por cierto, María, creo que nunca te pedí disculpas, así que te las pido ahora. Ya sabes cómo somos los Cáncer.[1]

En conclusión, allí estaba yo, un escéptico rodeado de creyentes que investigaban locuras con la mayor seriedad. Es un enfoque muy estimulante, mucho más interesante de lo que sería un programa farandulero que se tomase el misterio a risa y se dedicase a buscar sustos fáciles o a inventar situaciones que nunca sucedieron. *Cuarto Milenio* podría ser un programa mucho más divertido, sí, pero no sería *Cuarto Milenio*.

La gran pega de este tono tan grave es que choca frontalmente con mi necesidad de hacer payasadas de vez en cuando. No obstante,

con un poco de astucia, es fácil encontrar resquicios para el desenfado y raro es el programa en que no me lo paso bien escondiendo pequeños guiños, homenajes musicales y referencias a cualquier cosa que se me antoje. Todas las semanas me permiten un rato de diversión mediante la elección de alguna banda sonora que me guste o que me resulte especialmente icónica. Los espectadores con buen oído habrán reconocido temas de *Indiana Jones* cuando hablamos de nazis o del Santo Grial, de *Apolo 13* cuando tratamos la carrera espacial o de *Top Gun* cuando sacamos una foto de juventud de nuestro rechoncho Maverick nacional, el coronel Fernando Cámara. Incluso los temas de videojuegos tienen cabida si se le echa un poco de imaginación.

En torno a la temporada 10 o la 11 me entretuve escondiendo el grito Wilhelm[2] en todos los programas. Suelo añadir el sonido de la sonda imperial de *El imperio contraataca* cuando José Manuel Nieves viene a contarnos algo sobre misteriosas ondas de radio recibidas desde lo profundo del cosmos; los tambores de *Jumanji* han retumbado en un par de reportajes selváticos, e incluso hemos escuchado a Harry Potter hablando en pársel, el lenguaje de las serpientes, escondido entre los susurros de algún niño poseso.

El seguidor avispado puede dar fe de que, contra todo pronóstico, he encontrado utilidad a las horas y horas que pasé en la infancia escuchando coros rusos, una de las peculiares pasiones musicales de mi padre. No hay nada que vaya mejor con una sórdida grabación soviética que la cavernosa voz del legendario Ivan Rebroff cantando *Poljushko Polje, Patrulla de cosacos*. Gracias, padre; tus locuras me han granjeado efusivas felicitaciones del jefe en más de una ocasión.

Durante la emisión del programa se establece un juego muy divertido con los fans: el de comprobar a través de las redes sociales cuáles de ellos han identificado uno u otro guiño. Lo cierto es que seguir en tiempo real las reacciones de la audiencia a través de Twitter, ahora X, es algo mágico que nos acerca muchísimo al público. Ver su respuesta minuto a minuto nos da a los que hacemos el programa muchísima información de lo que funciona o deja de funcionar, aunque hay un gran componente de incertidumbre en

cuanto a los gustos del respetable se refiere.

Cuando el domingo por la noche mi teléfono empieza a llenarse de notificaciones es porque algún fan milenario ha localizado alguno de mis huevos de pascua. Risas, emojis y mi gracieta circulando por el ciberespacio, suficiente para henchir mi orgullo. Por desgracia, también hay ocasiones en las que eso no sucede; es decir, que a veces mi broma secreta ha pasado inadvertida o, peor aún, no ha resultado lo bastante graciosa como para ser merecedora de un mísero post. En estos casos me pongo ridículamente triste, como el niño al que nadie le dice que su dibujo es muy bonito. Por suerte, mi fiel Diego Marañón, que se sabe todas mis ocurrencias desde el mismo momento en que se me pasan por la cabeza, suele echarme un capote en forma de mención tuitera para mantener mi ego sano y salvo.

La mayoría de las veces mis aspiraciones humorísticas acaban chocando de cabeza contra un muro de sobriedad antes de llegar al montaje final del programa. Durante años perdí el tiempo recopilando tomas falsas y haciendo montajes graciosos, pero su acogida era dudosa, y eso por decir algo.

Solo una vez me dejaron filtrar en las redes un vídeo de José Manuel Nieves y Enrique de Vicente discutiendo, montado con ritmo y estética de *reality show* de los primeros dos mil, con un resultado intencionadamente casposo y cutre. Lo cierto es que la broma no salió muy bien y algún aficionado se quejó con un mensaje alarmista que venía a decir algo así como: «¡Oh, no! Los de *Cuarto Milenio* se han convertido en otro producto basura de Telecinco».

El resto de las meteduras de pata, chistes y lenguas trabadas duermen en un cajón. ¿Cuántas tomas de gente pronunciando *Espación estacial* tengo guardadas? Más de las que puedo contar, pero nunca parecía el momento oportuno para añadir mis montajes en ningún programa. No es el tono que se persigue.

6

DESAPARICIONES SOSPECHOSAS

Cada nueva temporada en *Cuarto Milenio* venía marcada por tres hitos importantes, tres momentos clave que la plantilla esperaba con una mezcla de impaciencia y temor: las charlas motivacionales de Iker.

La primera charla tenía lugar durante la preparación del especial que abría la temporada, el cual lleva mucho más tiempo de producción que cualquier otro programa del año. Un día cualquiera, sin previo aviso, sin horario ni calendario, Iker se presentaba en la oficina y nos reunía en el despacho grande. Nada en *Cuarto Milenio* está planificado con mucha antelación.

No intentaré reproducir las palabras de Iker aquí porque es imposible. Un discurso de Iker es un espectáculo que solo puede vivirse en directo. En esta primera reunión, el tono era muy positivo: nos decía que éramos un equipo humano único, su *dream team*, que *Cuarto Milenio* era mucho más que un programa y que eso era mérito de todos. Nos aseguraba que confiaba ciegamente en cada uno de nosotros, que escucharía cualquier sugerencia que se nos ocurriese,

que íbamos a comernos el mundo. Al final del discurso me daban ganas de aplaudir.

La segunda charla llegaba cerca de las vacaciones de Navidad. Era la charla mala: que si estamos flojeando, que si la competencia aprieta, que no podemos acomodarnos y dormirnos en los laureles, y ojito que vienen curvas, que nos pueden cancelar, que lo estamos haciendo peor que las otras cadenas... A veces algún compañero salía mal parado de esa reunión: una mención de Iker en la charla navideña era un arma de destrucción masiva. Nunca me tocó, aunque a mí los improperios y los rapapolvos me daban completamente igual: un discurso de Iker resulta fantástico hasta cuando maldice, y al final de la gran bronca también me daban ganas de aplaudir.

La tercera charla era la más especial de todas. No tenía lugar en la oficina, sino en el restaurante donde estuviésemos celebrando la cena de final de temporada. En algún momento entre el postre y el copazo, el jefe se ponía en pie y nos dedicaba un discurso fantástico, uno de esos que elevan la moral de la tropa y te dejan con la sensación de ser la persona más fantástica de la Tierra. Casi se podía oír de fondo el *Shine on You Crazy Diamond*, de Pink Floyd, que siempre acompaña su reflexión final en el cierre del programa. Todo eran bromas y sonrisas, y acababas con la impresión inequívoca de estar a bordo de un proyecto único en la historia de la televisión. En esta tercera charla, después de un año esperando, y gracias al ambiente festivo y a la sangría, resultaba innecesario mantener la compostura y podía por fin arrancarme a aplaudir.

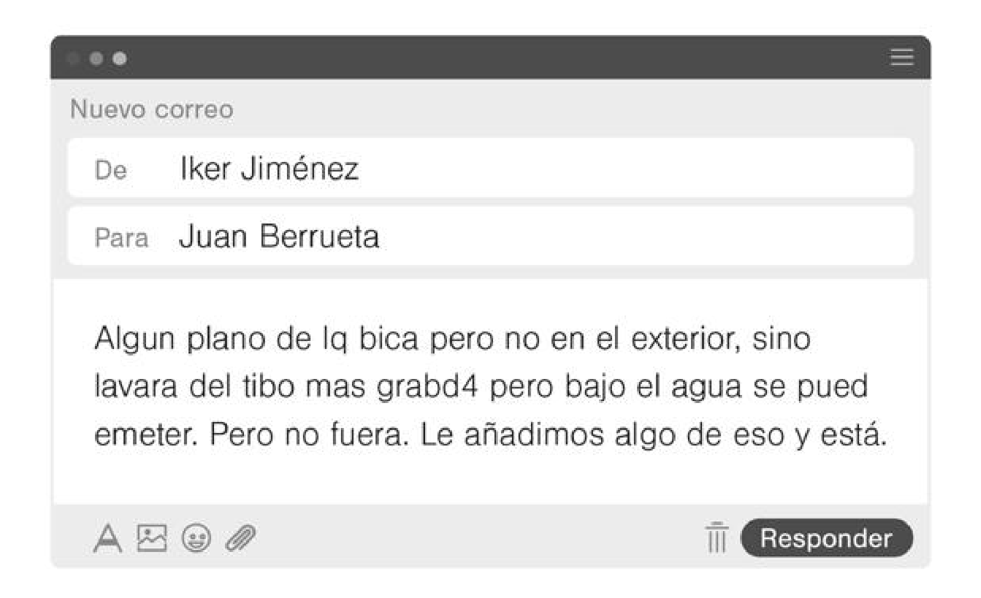
Con los años, las pandemias y el teletrabajo, las charlas motivacionales han ido olvidándose, lo que considero una auténtica catástrofe.

Aunque su oratoria es igual de buena, el Iker real no se parece en nada al Iker de la tele. Para empezar, es más alto y huele terriblemente bien, hasta cuando vuelve del partido de fútbol semanal. El partido de fútbol semanal es lo más sagrado de su vida. El resto de los días está hablando del anterior o del próximo, cultivando con profusión la hipérbole y las comparaciones con estrellas de los años setenta y ochenta que no creo que nadie sea capaz de seguir. Suele

bromear en voz alta y decir tacos. Al Iker Jiménez de la tele no le pega decir tacos.

Ya he comentado que escucharle hablar es siempre un privilegio. Su forma de contar cualquier cosa es lo que nos permite pagar las facturas a todos los que trabajamos en *Cuarto Milenio*. Es un genio sin paliativos. Si fuese un apasionado de los coches, tendría un programa de éxito sobre coches. No importa lo que te cuente, lo increíble es escucharle hablar.

Sin embargo, hay que decir que los mensajes y los correos electrónicos parece escribirlos a puñetazos y casi siempre es imposible entender lo que quiere decir. Valga de ejemplo este comentario redactado durante la revisión que hizo de un reportaje cualquiera:



Ojo, que, como no hagas caso a sus indescifrables instrucciones, recibirás otro mensaje igual de ininteligible, con más tacos y maldiciones mal escritas, y notarás la soga al cuello. También es increíblemente excesivo en sus alabanzas, aunque de eso hablaré luego.

Durante los primeros años de mi periplo en *Cuarto Milenio*, Iker venía a mi sala sin ventanas una vez por semana y se sentaba a mi

lado para revisar el programa que yo estaba montando. Lo veíamos de cabo a rabo y apuntábamos todo lo que era necesario cambiar o mejorar. Era un proceso largo, mucho más largo que las dos horas que dura el programa, pero nunca empezábamos antes de las 18.00 porque el partido semanal de fútbol lo impedía. Las prioridades son las prioridades.

Después yo me iba a mi casa e Iker se quedaba con Sergio, el coordinador de imagen, revisando el material bruto del programa siguiente, que aún estaba crudo, para hacer una lista de necesidades. Ellos acababan muy tarde, claro.

Sucedía que, a la mañana siguiente, mis reservas personales de galletas habían desaparecido. Esto es un asunto muy serio. Las galletas no solo me quitan el hambre y sacian mi gula, sino que las utilizo para mantener la estabilidad emocional. No me enorgullezco ni lo recomiendo como método de control de la ansiedad, simplemente lo cuento tal y como es. Otros compañeros necesitan levantarse de su puesto de trabajo cada poco para fumar, y en el pasado tuve algún que otro colega que mejoraba su rendimiento con la ayuda de sustancias algo más fuertes que el café. Yo no necesito nada de eso siempre y cuando tenga un flujo de galletas constante que asfixie con azúcar cualquier intento de mi cuerpo de sucumbir ante el estrés.

Por lo tanto, la desaparición de mis galletas era un problema de primera magnitud. La ausencia prolongada de hidratos pone fin a mi legendario buen humor, perjudica mi eterno optimismo, nubla mi juicio y reduce notablemente mi productividad. La situación con las galletas desaparecidas se repetía semana tras semana después de la revisión nocturna de Iker y Sergio. Chiquilín, Príncipe, corazones de jengibre... No había miramientos, localizaban, atacaban y aniquilaban todas mis reservas, sin compasión.

Mi desesperada situación llegó a oídos de nuestro departamento de producción, dirigido por Noelia Macías incluso antes de ser nombrada oficialmente directora. Se hizo cargo de la situación y aprobó por decretazo urgente una partida presupuestaria semanal para restituir mis galletas, de forma que me convertí en el único empleado de *Cuarto Milenio* que cada lunes recibía una bolsa llena de Chips Ahoy y

patatas fritas. Creo que María, la chica del horóscopo y minuciosa encargada de la gestión económica, camufló este gasto extra bajo el ambiguo concepto de «gastos de oficina» con vistas a la posterior supervisión final de las cuentas.

Para evitar suspicacias y envidias infundadas, proclamé la socialización del botín entre todos mis compañeros.

—No son mis galletas, son las galletas de producción, las galletas de todos —les repetía una y otra vez.

Pasaban las semanas y el mensaje no cuajaba. Los demás siempre las consideraron mis galletas y, para qué negarlo, yo también. Y por eso me las comía casi todas.

—¿Tienen que ser siempre galletas? Eso no es nada sano —me dijeron una vez mis compañeras editoras entre cigarrillo y cigarrillo.

Las invité a negociar el contenido de la bolsa semanal con el *runner*, encargado de hacer la compra. El lunes siguiente vino a la oficina con una notable cantidad de mandarinas y de manzanas. A pesar de que me encanta la fruta, lo cierto es que no tiene los mismos efectos ansiolíticos que tienen el glutamato y los conservantes artificiales. Diez días después hubo que tirar la mitad de la bolsa: nadie se la había comido, tampoco mis compañeras.

Con el tiempo, Iker aprendió a delegar en el equipo y dejó de venir a las revisiones. Este cambio de rutina no detuvo la compra semanal, aunque ya no estuviese justificada por el saqueo del jefe. Las galletas socializadas se habían consolidado como una costumbre de la empresa, una ventaja laboral equiparable al seguro dental o al *ticket restaurant*. La bolsa de galletas duró hasta la pandemia. Durante los primeros días del confinamiento confié en recibir un envío urgente en mi domicilio, pero eso nunca sucedió. Supongo que tiene sentido, pero no por eso deja de ser una lástima.

7

DESCUBRIMIENTOS HISTÓRICOS

Marzo de 1994, inmediaciones del poblado de Aquismón, México.[1]

El espeso manto de vegetación que cubre todo el estado de San Luis Potosí se interrumpe abruptamente al llegar al borde de una sima oscura y profunda, una boca de roca que se abre hacia el cielo conformando una cueva de trescientos metros de caída vertical.

El documentalista José Escamilla se ha desplazado hasta allí con su equipo de vídeo para grabar los peligrosísimos saltos BASE que se disponen a llevar a cabo sus clientes, Brandon y Andrew. Hay quien encuentra una gran diversión en tirarse al vacío y pasar rozando los salientes de aquel impresionante abismo natural, pero José no. José es de naturaleza tranquila y prudente, prefiere evitar riesgos y quedarse manejando su cámara para después cobrar a los temerarios turistas. Dinero fácil.

Dicen que los saltos BASE son el deporte más peligroso del mundo, con una tasa de mortalidad entre 5 y 8 veces superior a la del paracaidismo. Quizá por eso quienes los practican aseguran que se trata de experiencias transformadoras, momentos que marcan un

antes y un después en su vida.

Curiosamente, aquel salto le cambió la vida al único de los tres hombres que nunca separó los pies del suelo: el cámara José Escamilla.

¿Qué fue lo que le sucedió?

Escamilla hizo un hallazgo que le catapultaría directamente al olimpo de la criptozoología,[2] un descubrimiento único e insospechado, la revelación de un secreto que había permanecido oculto a los ojos de los hombres desde el principio de los tiempos. Algo estaba entre nosotros, pero nunca antes lo habíamos visto.

El material grabado aquella mañana consistía en un magnífico plano picado con un ligero paneo de seguimiento que acompañaba el movimiento descendente del arriesgado saltador. Mientras trabajaba con esa filmación, José reparó en un pequeño destello, una estela de luz centelleante que duraba menos que un parpadeo. Se trataba, a su juicio, de un diminuto objeto que se movía rápidamente, tanto como para cruzar todo el encuadre en dos o tres fotogramas.

¿Podría tratarse de un insecto que hubiese pasado volando justo frente al objetivo? Podría, pero realmente no lo parecía. Al detener la imagen se distinguía con claridad una forma alargada con varias protuberancias a ambos lados que le conferían un aspecto helicoidal, como un tornillo o una broca de taladro de surcos muy pronunciados. Una extraña procesión compacta de libélulas, un organismo de cuerpo fusiforme y muchos pares de alas, si es que eran alas. Si aquello era un ser vivo, era uno desconocido. La mujer de Escamilla, Karen, los bautizó como *rods* por la palabra inglesa para «varas». Varas voladoras.

El registro del primer *rod* se fechó, por lo tanto, el 19 de marzo de 1994. Después de aquello, Escamilla consagró su vida a estudiarlos y a dar conferencias en todos los lugares donde quisieron escucharle. Tras él, muchos otros investigadores se subieron al carro de los *rods* y se pusieron a buscarlos como locos, corrieron ríos de tinta y en la actualidad los libros están repletos de documentación sobre centenares de casos posteriores.

¿Qué tiene que ver esto con un editor de vídeo que se dedica a

comer galletas al otro lado del mundo veinte años más tarde?

Temporada 9, programa 23. El invierno ya estaba terminando y la primavera avisaba de su inminente llegada en el parque del Retiro, una preciosa estampa que no era posible apreciar desde nuestra lúgubre sala sin ventanas. En la oficina nos encontrábamos inmersos en una investigación en colaboración con el Grupo Hepta. Para quien no lo sepa, el Grupo Hepta lo componen los auténticos cazafantasmas españoles: un equipo multidisciplinar de investigadores, casi todos mujeres ya octogenarias, cuyos más célebres trabajos se remontan a muchos años atrás. Lo fundó en 1987 el conocido padre José María Pilón, jesuita y estudioso de lo paranormal, que organizó un equipo de expertas al más puro estilo de *Los ángeles de Charlie*. Su trabajo más conocido posiblemente sea el que llevaron a cabo en 1989 en el Palacio de Linares siguiendo los pasos de la niña fantasma Raimundita.

Retomo. En aquella ocasión habían cedido a *Cuarto Milenio* un antiguo material grabado en el Palacio de Narros, Guipúzcoa, un caserón de aspecto importante. Según contaban, el lugar estaba frecuentado por el fantasma de un náufrago hugonote que habría sido rescatado agonizante en una playa próxima y que, poco después, habría muerto en el palacio tras haberse negado a tomar los últimos sacramentos por parte de un cura católico.

Las imágenes que nos habían cedido correspondían al Salón Azul, la estancia donde este hombre había fallecido y donde se le había aparecido a un número de personas que ya no alcanzo a recordar. La calidad de la imagen era malísima y maldije para mis adentros al padre Pilón por no haber incorporado a un buen operador de cámara a su caterva de expertos investigadores.

Yo estaba concentrado haciendo mi trabajo cuando un destello fugaz atravesó mi pantalla. Un parpadeo en el momento equivocado y me lo habría perdido, así de breve era. Rebobiné la grabación hasta localizarlo y allí encontré un *rod* de libro: cuatro fotogramas en los que se podía apreciar la característica forma lobular que yo ya había visto en un millón de fotografías y vídeos. Una curiosidad más, nada importante...

... hasta que me fijé en la fecha de la grabación que nos había enviado el Grupo Hepta: 1990. Es decir, cuatro años antes de las imágenes tomadas en Aquismón, México. Sin comerlo ni beberlo, yo acababa de encontrar el primer *rod* de la historia. Muerde el polvo, Escamilla.

Rápidamente se lo dije a Iker, que celebró la noticia como una gran victoria del equipo. No dudó en enviar un cámara a la oficina para grabar mis declaraciones como descubridor, así que por primera vez en mi carrera tuve que planchar una camisa para ir a trabajar.

Para un técnico como yo, acostumbrado a desempeñar su labor entre bastidores, salir en la tele no es habitual y puede impresionar un poco. ¡Qué difícil es hablarle a toda España! No es que me diese la más mínima vergüenza, pero mi intervención resultó acartonada y poco natural. Vista ahora, me entran ganas de acercarme a Mediaset y prender fuego al almacén donde guardan las copias del programa, pero, claro, eso sería indigno del descubridor del primer *rod* jamás registrado.[3]

De todas formas, yo no podía estar más contento porque aquel jaleo encajaba perfectamente en mi idea de un trabajo divertido en el que pasarlo bien.

Llegó el día de la emisión y, con él, mis quince minutos de fama. Bueno, para ser exactos, 1 minuto, 2 segundos y 3 *frames* de fama, Warhol tiró por lo alto.[4] Poco tiempo, sí, pero más que suficiente para darme cuenta del alcance que tiene *Cuarto Milenio*. Después de 1 minuto, 2 segundos y 3 *frames* en *prime time*, mi bandeja de entrada colapsó. Mis cuentas en las redes sociales, a las que nunca hago el más mínimo caso, se llenaron de nuevas sugerencias de amistad, me gustas y likes; me escribió gente con la que hacía años que no hablaba y hasta tuve algún que otro comentario *creepy* de parte de los fans más desnortados. No imagino cómo gestionan todo esto quienes de verdad se exponen al público día tras día.

El éxito de *Cuarto Milenio* no acaba de reflejarse en los datos de audiencia de cada domingo. Sus hordas de seguidores se hacen notar en Twitter y alcanzan cada semana cifras astronómicas. Muchas personas quedan fuera de los audímetros porque el horario de

emisión las obliga a verlo en diferido a través de la web. Tenemos tantos seguidores como detractores, y eso sucede cuando se está en la cresta de la ola. Es posible que las cadenas rivales atraigan a un mayor número de espectadores, pero ningún programa de los que nos hacen la competencia durará los veinte años que llevamos en antena, y los que quedan. *Cuarto Milenio* ha durado más en Cuatro que sus telediarios.

No puedo acabar este capítulo sin puntualizar que creo que los *rods* son exactamente lo que parecen: bichos que pasan zumbando delante de una cámara. Por lo tanto, mi gran descubrimiento consiste en haber encontrado la grabación de una mosca que volaba en un palacio de Guipúzcoa cuatro años antes de que otra mosca volase junto a una cueva de Aquismón, México. Comprenderás, querido lector, que esta falta de dramatismo hubiera resultado fatal para mi narración.

8

ÉNTHEOS

Vamos a inventarnos a Luis, un técnico de estudio con una larga trayectoria de trabajo para las principales cadenas de televisión del país. Es un tipo serio, un gran profesional con años de experiencia a sus espaldas. Quizá se encarga de la iluminación, del sonido o de operar una de las cámaras del plató. Acaba de incorporarse al equipo de Mediaset que lleva a cabo la grabación del *Milenio*, pero Luis tiene las suficientes tablas como para estar muy tranquilo: se las sabe todas. Y, sin embargo, a pesar de su gran preparación, no puede evitar quedarse descolocado cuando escucha detrás de él a Camilo, el realizador, hablando con Iker sobre el orden de grabación de esa tarde: —Acuérdate de que después de la despedida del invitado tienes que dar paso a un «juanito».

—Aquí va un «juanito», es cierto. Vale, vamos a ello.

El pobre Luis siente una punzada de angustia, una incómoda inquietud propia de un novato que se revuelve en el estómago de este perro viejo de la televisión. ¿Cómo que un «juanito»?

¿Qué es un «juanito»? Lo primero que hace es preguntar a uno de

sus compañeros, otro veterano curtido en mil programas, pero él tampoco tiene ni idea de lo que puede ser eso. También es su primer día allí, le dice, y nunca antes ha oído eso de un «juanito».

Luis no quiere tener que preguntar a ninguno de los jefes y arriesgarse a quedar como un ignorante. Se le ocurre echar mano de la escaleta, que es el escueto guion de contenidos donde figuran por orden los temas de la semana, para buscar alguna pista. Esto es lo que encuentra:

ESCALETA		
TÍTULO	**PLATÓ**	**DURACIÓN**
BLOQUE I		
IKER A PANTALLÓN SECCIÓN CORONEL. PASO A JUANITO.	P1	[illegible]
JUANITO POTENTE CON COMENTARIO	P1	[illegible]

¿«Juanito potente»? En una mesa que hay junto al puesto de la regidora se acumulan viejas escaletas de programas anteriores. Luis las revisa y el misterio se agranda:

ESCALETA		
TÍTULO	**PLATÓ**	**DURACIÓN**
BLOQUE I		
PASO A LO MEJOR DE VERGEL EN PLAN JUANITO	P1	[illegible]

Y en otra escaleta olvidada figura un breve:

ESCALETA		
TÍTULO	**PLATÓ**	**DURACIÓN**
BLOQUE I		
CLIP JUANITO	P1	[illegible]

Esta historia está libremente inspirada en hechos reales, más concretamente en algo que me dijo Paloma, la rubísima ayudante de realización, un día después de la jornada en el estudio.

—Estos de Mediaset escucharon lo del juanito y no entendían nada,

los pobres.

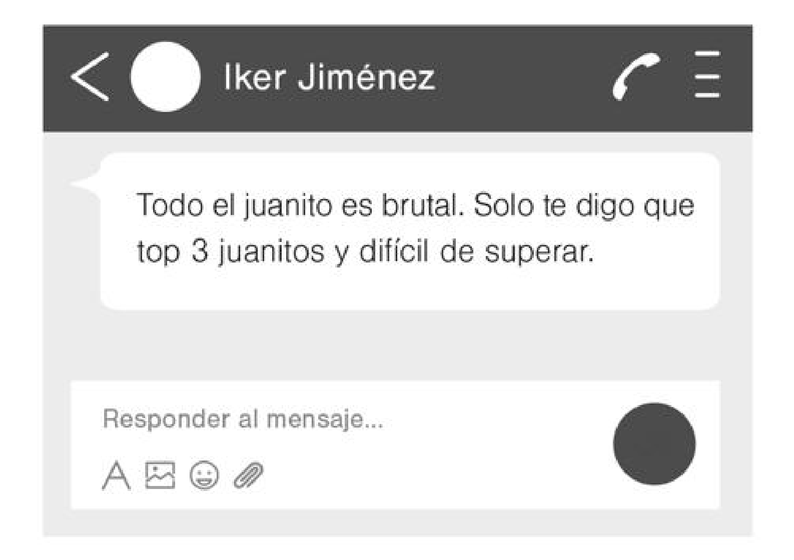
Que le hayan puesto mi nombre a un tipo de cebo es uno de los máximos honores que el equipo de *Cuarto Milenio* me ha concedido en todos estos años. Un juanito es un tráiler de alguno de los contenidos de la semana siguiente, lo que por lo general se conoce como un *next coming*. No tiene nada especial más allá del nombre, lamentablemente.

Durante uno de los programas de mi primera temporada hubo un pequeño fallo en la grabación de plató debido a un cambio de última hora en el orden de los temas. La reordenación de temas en mitad de la grabación es algo frecuente y suele suceder para ajustar la duración o para relegar a los últimos minutos un contenido que a Iker le ha parecido más flojo de lo previsto. Cuando eso sucede hay que asegurarse de que los pasos encajan, es decir, que el final de una entrevista da el paso correcto a la siguiente sección. «Muchas gracias, doctor Cabrera, ahora nos vamos con las últimas noticias». A eso lo llamamos estar hilado. En muchas ocasiones es necesario grabar un retome, es decir, grabar un nuevo final para un tema de forma que vaya hilado con el siguiente y sea coherente con el orden elegido.

En esta ocasión no se hizo el retome necesario y teníamos a Iker terminando el último bloque del programa con la frase «seguimos con más cosas en *Cuarto Milenio*». Fallo total, no había más cosas con las que seguir, era el final. Cuando encontramos el problema en la sala de montaje era demasiado tarde para grabar un retome, y cundió el pánico.

Pensé que la solución era tan sencilla como hacer un vídeo con un avance de los contenidos de la semana siguiente. Es un arreglo obvio, de primero de edición, pero en ese momento se recibió con tan desmedida efusividad que Iker decidió, desde ese momento, bautizar a los *next coming* como clip juanito.

Según escribo estas líneas me llega vía WhatsApp la reacción del jefe a mi última creación:



Os cuento todo esto porque quiero que se entienda hasta qué punto Iker es un apasionado. Lo que le gusta lo adora; lo que no le gusta lo detesta. Hace un tiempo organizó unos *webinars* en torno al concepto de «entusiasmo», que, como él mismo se encarga de repetir una y otra vez, procede del griego antiguo *éntheos*, *Dios en mí*. Es decir, si algo te entusiasma, es señal de una vocación divina, un regalo de los dioses. Si Iker no fuese una persona tan apasionada, no tendríamos la audiencia que tenemos.

Solo una persona así de visceral puede alegrarse tanto con una solución tan tonta como la del *next coming* como para rebautizarlo juanito a perpetuidad. En la oficina tenemos que enfrentarnos a las dos caras de la moneda: terribles correos electrónicos cuando está disgustado y elogios hiperbólicos cuando está complacido.

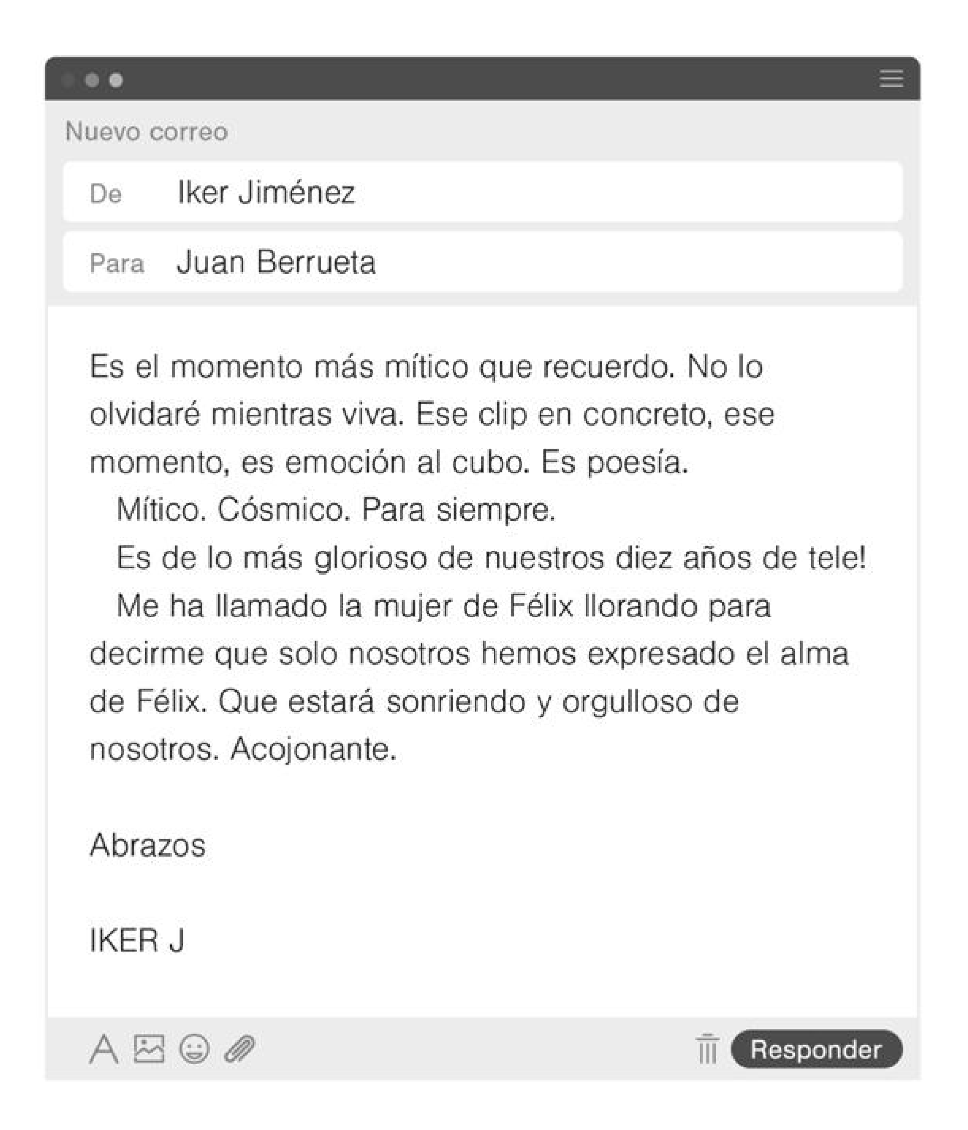
No pondré ningún ejemplo concreto de los correos negativos, baste decir que yo los llamo cariñosamente correos «Joder, joder, joder».

De los mensajes positivos, sin embargo, tengo un ejemplo tan exagerado e increíble que me veo obligado a copiarlo íntegro. Este correo me llegó después de editar un clip para el especial *Félix: El último héroe*,[1] nuestro homenaje a la figura de Félix Rodríguez de la Fuente.

Entre el segundo y el tercer acto me permití incluir una larga pausa narrativa con una duración algo excesiva para los frenéticos ritmos

televisivos habituales. El fondo musical que elegí era el tema principal de la banda sonora de *Elysium*, muy místico, mientras que para la imagen rescaté un fragmento de *El hombre y la Tierra* en el que aparecía una manada de lobos corriendo hacia la puesta de sol. Cada segundo de material que se compra a TVE cuesta un ojo de la cara, así que desde el mismo momento en que entregué el primer montaje provisional supuse que, antes o después, me llegaría un correo electrónico que dijese algo así como: «demasiado caro, hay que recortar».

Este fue el correo que me llegó:


Nuevo correo

De Iker Jiménez

Para Juan Berrueta

Es el momento más mítico que recuerdo. No lo olvidaré mientras viva. Ese clip en concreto, ese momento, es emoción al cubo. Es poesía.

Mítico. Cósmico. Para siempre.

Es de lo más glorioso de nuestros diez años de tele!

Me ha llamado la mujer de Félix llorando para decirme que solo nosotros hemos expresado el alma de Félix. Que estará sonriendo y orgulloso de nosotros. Acojonante.

Abrazos

IKER J

Iker, gracias por comprender la necesidad de utilizar tus palabras exactas para ilustrar debidamente el concepto de entusiasmo.

Tanto le gustó al jefe mi montaje musical de los lobos corriendo hacia el horizonte que decidió inaugurar *Universo Iker,* un pódcast precursor de *Milenio Live*, hablando de él.

Siendo sinceros, ahora que me he puesto a escribir este libro me veo obligado a confesar que todo fue fruto de la casualidad y no de mi genialidad. Durante el proceso de montaje muchas veces voy apartando los restos que no utilizo y los dejo tirados al final de mi secuencia, donde están a mano por si al final me sirven de algo en algún momento. Cuando aquella mañana terminé lo que estaba editando me encontré con que el azar había dado forma a mis descartes, y después de un par de ajustes menores el resultado final era emoción al cubo, era poesía. Mítico. Cósmico. Para siempre.

9

NOCHES DE VOLCADO

Nos tenemos que remontar ahora a una gélida noche invernal un par de años antes de mi llegada a *Cuarto Milenio*. Desde la ventana trasera de la furgoneta en la que me encuentro veo desfilar una sucesión de montes nevados que reflejan tímidamente la luz de la luna de una noche despejada. No nos cruzamos con ningún otro vehículo y no hay luces que indiquen la presencia de poblaciones cercanas. La carretera por la que avanzamos es una vieja nacional de trazado sinuoso que en noches muy frías, como aquella, se congela y se convierte en una trampa verdaderamente peligrosa.

Estoy yendo a trabajar a la casa de *Gran Hermano*, a las afueras de Guadalix de la Sierra. Turno de noche, de 00.00 a 08.00 horas.

Solía hacer ese trayecto en mi propio coche, pero el día anterior había tenido un susto cuyo recuerdo todavía me pone el estómago del revés y que me hizo reconsiderar otros medios de transporte. A pesar de estar conduciendo con la debida prudencia, de repente, mi viejo Citroën Saxo perdió tracción y comenzó a patinar sobre una enorme placa de hielo. Ninguna de mis maniobras lograba detener la deriva y

me asusté. Si en alguna ocasión el profesor de la autoescuela te explica cómo reaccionar en un momento así, yo fui completamente incapaz de recordarlo. Con una aterradora suavidad, el coche comenzó a dar vueltas como una peonza. A cada vuelta que daba me acercaba más al arcén, tras el cual se encontraba un pronunciado terraplén. Por fortuna, la trayectoria que seguí en mi recital de patinaje coincidía con el recorrido de la carretera y, cuando conseguí detener el vehículo, todavía permanecía dentro del carril correcto.

Llegué a la oficina temblando como un flan y lo primero que hice fue apuntarme a la ruta de transporte que nos ofrecía producción. Si todas las noches iba a tener que recorrer la misma infausta carretera, que los demás trabajadores habían bautizado con el originalísimo nombre de «la carretera de las curvas», sería mejor dejar el coche en casa y confiar mi destino al buen hacer de un profesional.

—¡Qué cabrones! —gritó en mitad del viaje el conductor en cuya fiabilidad había depositado mi integridad personal—. Hoy nos han rociado a base de bien.

—¿Cómo dices?

—Hoy nos han inundado con esa mierda. —Y señaló al cielo.

Yo habría preferido que estuviese pendiente del suelo, pero él seguía con la mirada fija en las alturas.

—¿Inundado con qué? No lo pillo —confesé mientras el hombre hundía el pedal del acelerador y yo me agarraba a la manija de la puerta.

—Fíjate bien, ¿no ves los rastros de los aviones? Nos hacen respirar eso. Gases y tóxicos y vete tú a saber qué otras cosas nos echan encima. ¡Cabrones! Nos tienen donde quieren.

Por más que lo intentaba solo alcanzaba a distinguir las estelas de condensación de un par de aviones que seguramente llevaban rumbo hacia Barajas.

—Son sustancias para el control mental, ¿no lo sabías? Eso que echan los aviones por detrás no es humo normal. Son gases para mantenernos aborregados y que no nos quejemos —dijo a la vez que se daba golpecitos en la sien—, y ellos, mientras tanto, ¡todo *pa* la saca!

Comprendí aterrorizado que mi chófer estaba loco y añoré lo que en ese instante me parecieron momentos de paz y sosiego en mi pequeño coche fuera de control, dando placenteras vueltas sobre el suave hielo.

—¡Pueden gasearnos todo lo que quieran, pero a mí no me engañan! —gritó, y terminó su exposición con una peineta al cielo.

Y, de esta manera, seguimos nuestro camino a toda velocidad por la terrible carretera de las curvas hasta llegar a nuestro destino.

No te confundas, amigo lector, porque en este capítulo no vamos a profundizar en los farragosos mundos de la conspiración ni de los famosos *chemtrails*. Es un asunto apasionante al que, siendo sinceros, yo no tengo nada que aportar. Aunque el episodio del rutero demente me marcase profundamente, los conspiranoicos perdieron todo mi respeto cuando se dedicaron a publicar discursos negacionistas de la gran nevada Filomena que colapsó Madrid en 2021: «¡Esto no es nieve!».

No. Yo quiero hablaros de un tema mucho más prosaico, como el de las diferencias en la jornada laboral entre unos programas y otros.

Cuando trabajaba para alguna de las grandes productoras nacionales, sobre todo en el mundo del *reality*, como aquellas noches en *Gran Hermano*, la edición funcionaba mediante el sistema de silla caliente: un ininterrumpido ciclo de turnos de ocho horas que no se detenía nunca, ni de día ni de noche. Cuando cumplías con tu jornada soltabas el teclado y el ratón y otro compañero venía a darte el relevo y continuaba con tu tarea donde tú la hubieses dejado. Yo volvía a ponerme en manos del conductor loco exactamente ocho horas después de haberle visto por última vez.

La organización de los turnos de edición de *Cuarto Milenio* no es tan intensiva: tu ordenador es tuyo y tus montajes también. Cuando cualquiera de los editores empieza a montar un vídeo, sabe que él mismo es quien lo va a terminar. No hay relevos. Cada uno es responsable de su parte y, si algún reportaje es más difícil o laborioso, ahí estará el editor correspondiente pegado a la silla y dando el callo hasta que logre liquidarlo.

¿Por qué os cuento esto? Os lo explico. Además de hacerme cargo

de la edición de todo el plató, la mayor responsabilidad que tengo que asumir en mi puesto de trabajo es el volcado del programa, es decir, la creación de un máster final, una copia definitiva, completa y sin errores, lista para entregar a la cadena. Es lo que llamamos «la torta». Para poder preparar «la torta» todos los compañeros editores, sonidistas y posproductores tienen que haber acabado sus encargos semanales, de forma que yo pueda juntar todas las piezas e irme a mi casa habiendo dejado el trabajo terminado.

Depender de todos es, obviamente, un marrón colosal.

La emisión de *Cuarto Milenio* mantiene en vela a media España todos los domingos, pero quienes lo hacemos trasnochamos los jueves. La cadena quiere tener la copia final en su poder el viernes a primera hora para poder revisarla y someter «la torta» a un proceso de verificación técnica, así que el jueves tiene que terminarse el trabajo a toda costa. No importa el ritmo que se haya llevado el resto de la semana, sabemos que los jueves no saldremos de la oficina hasta que todo esté hecho y revisado. Esto se traduce en jornadas de duración indeterminada, pero que se hacen llevaderas gracias al buen ambiente y a la pizza pagada por la producción.

Aún no sé si queda lo bastante claro la cantidad de esfuerzo y dedicación que este trabajo exige de nosotros. Por si sirve para hacerme entender mejor, os explicaré que el negocio con el que compartíamos rellano en el edificio de Alfonso XII número 8 era una consulta de fisioterapia que, ante la avalancha de compañeros del programa que acudían con tensiones en cuello y espalda, decidió inventarse un descuento exclusivo para los trabajadores de *Cuarto Milenio*.

Sigamos con los jueves. Cuando tenemos todo terminado, después de una larga jornada de trabajo, es el momento de dar al *play* para comprobar en tiempo real que todo está perfecto y en condiciones de emitirse. Como cuatro ojos ven más que dos, y seis más que cuatro, se estableció un equipo para realizar la revisión final y asegurarse de que no se nos escapase ni un fotograma fuera de su sitio. Durante muchos años dicho equipo de volcado lo formábamos Sergio, el coordinador de imagen; Paloma, la ayudante de realización; las dos

cabezas amputadas de goma que teníamos en la estantería, y yo.

Sergio es el responsable de la identidad visual de *Cuarto Milenio*, uno de nuestros rasgos distintivos del programa. Aunque de buenas a primeras puede parecer un tipo descreído, asegura haber visto un amenazante fantasma en Belchite durante la grabación del especial del que antes os hablé. La aparición parecía estar avisando al equipo de que no siguiera molestando en aquel lugar tan trágico, que los muertos que allí descansan no estaban contentos con tanta cámara y tanto jaleo. Ya sé que me repito, pero este trabajo no se parece a ningún otro.

Si bien *Cuarto Milenio* es un programa apasionante, permanecer totalmente concentrado durante las dos horas de la revisión después de una jornada maratoniana era un esfuerzo terrible, independientemente de la dosis de cafeína ingerida a lo largo del día. Uno de los mayores placeres de los fatídicos jueves de volcado era el de conseguir la fotografía de un compañero dormido en la silla. Todos caímos en un momento u otro, yo el que más. Paloma, que siempre fue la más lista de toda la oficina, se llegó a agenciar una batamanta para cuando apretaba la pájara.

—¿Habéis escuchado eso? —preguntó Paloma durante uno de nuestros volcados trasnochados.

—¿El qué? —dije yo.

—Zzz... —dijo Sergio acertadamente.

Recuerdo que eran casi las tres de la mañana. Estábamos revisando un reportaje llamado «Edificio maldito»,[1] un compendio de crímenes sucedidos en un viejo inmueble no muy distinto al que albergaba nuestra destartalada oficina. Peleas, disparos y un par de estrangulamientos magníficamente recreados por nuestros compañeros, material de primera calidad.

Detuvimos el programa y se hizo el silencio. Enseguida pudimos oír un lamento lejano, un grito agónico idéntico a los que habíamos estado escuchando antes brotando de nuestros altavoces. Los tres nos levantamos y nos sacudimos la somnolencia de golpe. En mitad de la noche resonaban unos terribles alaridos. ¿Qué significaba aquello? ¿Cuál era el origen de esas voces tan inquietantes? Lo cierto

es que no fue difícil encontrarlo: procedían del patio de luces, donde un vecino empijamado asomaba medio cuerpo por el balcón y vociferaba haciendo aspavientos en dirección a nuestra ventana:

—¡Bajad el volumen de una puñetera vez! —No utilizó exactamente la palabra «puñetera»—. ¡Todos los puñeteros jueves igual!

Tenía razón.

En muchos de los «puñeteros jueves», los integrantes del equipo de volcado estábamos acompañados por los distintos compañeros que iban terminando sus encargos, grafistas casi siempre, y a altas horas de la noche también aparecía algún equipo de recreaciones que regresaba a la oficina después de haber estado grabando la enésima aparición de un humanoide. Llegaban cargados de cámaras y trípodes, con la cara azul y el pelo perlado de escarcha, en un estado próximo a la hipotermia.

—El rodaje de esta noche nos ha quedado genial, creo que va a funcionar muy bien —decía Manu Fernández, magnífico realizador al que conozco y quiero desde antes del *Milenio* y que, al igual que yo, tiene un manejo mejorable de la autocrítica.

—¿Mucho frío?

—Si, tío, horrible, lo he pasado fatal —decía, y nos enseñaba fotos del set de grabación, perdido en algún monte de la sierra de Madrid, en las que se le veía envuelto de pies a cabeza, con gorro, capas y capas de forros polares y un grueso cortavientos, posando junto a un desafortunado figurante que hacía de aparecido y que solo llevaba puestas unas finísimas mallas negras.

Cómo se hacen las recreaciones de *Cuarto Milenio* merecería un libro aparte.

Aquellas fotos de Manu bien podían haberse tomado en la vieja carretera de las curvas que llevaba a Guadalix, y mi mente regresó a la furgoneta del rutero conspiranoico y a los turnos de ocho horas. Muchas veces, durante las palizas que nos dábamos todos los jueves en la oficina del misterio, deseé volver al sistema de sillas calientes y soltar el ratón al cumplir con mi jornada; dejar el trabajo a la mitad, que lo acabe otro, y adiós muy buenas. Pero el *Milenio* no funciona así, el *Milenio* te atrapa, te exige un compromiso y una dedicación que

quizá solo sea posible explicar mediante una mezcla de pasión por los temas que tratamos y una pizca bien generosa del síndrome de Estocolmo. Como contrapartida positiva, sientes el programa como si fuese algo tuyo. No sé si todos mis compañeros lo perciben así, pero *Cuarto Milenio* no es solamente el programa en el que trabajo, *Cuarto Milenio* es MI programa.

—Zzz... —solía concluir yo al terminar de revisar MI programa, cuando llegaba el comentario que hace Iker a modo de cierre y, con él, el final del volcado.

Por alguna razón teníamos por costumbre dejar sonando *Alpha*, de Vangelis, a todo volumen cuando acabábamos la faena y llegaba el momento de pedir taxis y volver a casa. *Alpha* era nuestro himno de la victoria y, hoy por hoy, no puedo dejar de sonreír cada vez que la escucho. También siento una ligera punzada de culpabilidad al imaginar al vecino vociferante totalmente condicionado a la inversa, sintiendo un profundo odio irrefrenable cada vez que escucha los arreglos cósmicos de *Alpha*.

Lo último que hacíamos antes de cerrar la puerta y dejar la música sonando era apuntar en una pizarra la hora a la que salíamos de allí para que los compañeros que llegasen el viernes a primera hora lo leyesen y pudiesen compadecerse de nosotros. En los peores casos, salíamos a la calle cuando ya estaba amaneciendo. Si levantábamos la vista, podíamos ver en el cielo mañanero que los aviones llevaban horas esparciendo gases de control mental.

Con el paso de los años fuimos mejorando la organización y optimizando el trabajo de la semana hasta que, poco a poco, conseguimos dejar atrás estas jornadas tan intensas. La flexibilidad del teletrabajo, que ha catapultado nuestra productividad, acabó por darles la puntilla final a las noches de volcado, que ahora son, en el peor de los casos, tardes un poco largas.

10

HABERLAS HAYLAS

A estas alturas del libro el recuento de misterios con los que me he cruzado se reduce a una psicofonía que no era psicofonía y al descubrimiento de una mosca noventera guipuzcoana. No te preocupes, amigo lector: trabajando en *Cuarto Milenio* antes o después uno se encuentra con fenómenos que desafían la aburrida lógica terrenal.

Cualquiera puede entender que resulta una tarea extremadamente difícil encontrarse con lo inexplicable cuando uno se pasa todo el día delante de un teclado donde la mayor amenaza invisible que te acecha es el exceso de colesterol. Los intrépidos reporteros que trabajan sobre el terreno lo tienen mucho más fácil, claro, porque acostumbran a pasar la noche en sanatorios abandonados, criptas siniestras, y decadentes y espeluznantes palacios. Incluso aquellos que solo participan en una investigación de Pascuas a Ramos se han encontrado con algo insólito.

Pongamos como ejemplo a mi compañero y amigo Diego Marañón. No se me ocurre nadie más escéptico y racional que Diego Marañón,

cuyas maratonianas jornadas de trabajo no le dejan el tiempo libre suficiente como para abandonar su cubículo y dedicarse a otras cosas como vivir o, mucho menos, perseguir fantasmas.

Diego es un tipo único, un infalible solucionador de problemas, redactor, guionista, traductor, locutor y lo que se tercie. Cuando se incorporó a la plantilla lo hizo sin abandonar San Vicente de la Barquera, o eso nos dijeron, porque su disponibilidad 24/7 y el hecho de que se comunique siempre por chat me hizo sospechar durante mucho tiempo que se trataba realmente de una inteligencia artificial o de una consciencia digitalizada tipo *El cortador de césped*.

Diego tiene la mala suerte de ser el encargado de satisfacer mis infinitas peticiones: es capaz de encontrar cualquier información, fotografía, recorte de prensa o estudio científico independientemente del idioma en que esté escrito, su origen geográfico o el año de su publicación. Nuestra colaboración en el día a día es tan estrecha que hemos alcanzado un altísimo grado de confianza, tanto que no siente la necesidad de ponerle freno a su negrísimo sentido del humor.

En algún momento de la decimosegunda temporada, Diego acompañó al equipo en una investigación en el balneario de la Hermida,[1] oculto en una profunda garganta de su Cantabria infinita. Yo creo que es la única vez que ha trabajado sobre el terreno, aunque puedo estar equivocado. Allí asistió a una de las experiencias sensitivas de Aldo y, entre otras cosas pintorescas, encontraron una huella de mano fantasmal en una mampara de cristal. Bueno, quizá no era fantasmal, pero no nos perdamos en minucias; lo importante es que en algún momento de la noche Diego tuvo la ocurrencia de sujetar el péndulo de Aldo. Desde aquel preciso instante Diego me jura y me perjura que «aquello se movía solo». La cara que se le quedó nada más tocarlo fue realmente memorable, pero Diego me ha prohibido taxativamente recuperar esas imágenes nunca jamás.

Es decir, una única investigación sobre el terreno se tradujo para Diego en un hecho insólito e inexplicable. Al final va a resultar cierto aquello de «La verdad está ahí fuera» que decían en *Expediente X*. Lamentablemente, yo no trabajo *ahí* «fuera» y nadie me invita a balnearios embrujados. Tampoco me invitan a balnearios sin

embrujar, dicho sea de paso. No, yo necesito que los sucesos extraños vengan hasta mi sala de montaje.

Y vienen.

El campo de estudio del misterio es un marasmo caótico y desorganizado, un compendio de mil y una vivencias imposibles de repetir, sistematizar, analizar o demostrar. Cuando Iker menciona que «el verdadero misterio es escurridizo», se refiere a que no hay forma de aplicarle el método científico o de conseguir una prueba material mínimamente concluyente. No obstante, los tenaces e imaginativos investigadores de lo extraño lo siguen intentando con ahínco y, en su empeño por examinar la abundante casuística paranormal, se dedican a ponerle una etiqueta a todo.

—¡Es un caso claro de fantasmogénesis! —podía decir el inverosímil Santiago Vázquez antes de desaparecer de nuestra lista de colaboradores delirantes—. ¡Indiscutible origen preternatural!

—Una impregnación, más que una presencia —diría Sol Blanco Soler haciendo un alarde de erudición en lo sobrenatural.

—No confundamos contactado con abducido; uno es un encuentro cercano del tercer tipo y otro del cuarto —explicaría Pablo Vergel citando la clasificación de Hynek.

La extensísima bibliografía sobre «eso» que es invisible, inasible e inestudiable comprende miles de volúmenes, todos ellos llenos de fantásticos términos a cada cual más rimbombante. Hay ejemplos infinitos de este vocabulario propio en cualquiera de nuestros programas:

—No es lo mismo un *rod* que un *orb*.

—Ese ruido es el característico *rap* que precede a una psicofonía.

—Se trataba, según los testigos, de un ovni tipo Pusilibro.

—La visión vino acompañada de un fenómeno de clariesencia u osmogénesis.

—La niña poseída atravesó episodios de glosolalia.

—Estos avistamientos encajan en el mapa de ortotenias de Aimé Michel.

A mí, que voy a todas partes con el *Diccionario de la Real Academia* en la mano, este festival de vocablos desconocidos me vuelve loco.

El legendario Germán de Argumosa, pionero en estas lides, rizó el rizo del léxico especializado y absurdo. Y no lo digo porque se nombrara a sí mismo primer director del Instituto Internacional de Investigaciones Parapsicobiofísicas, ojo al dato, sino porque consiguió la hazaña de sacar del olvido un término del castellano antiguo por vía psicofónica.

¡Al parecer, el propio Ortega y Gasset lo susurró en su grabadora! Te cuento la historia.

Durante una de sus investigaciones, micrófono en mano y dirigiéndose al vacío, Germán de Argumosa preguntó: «¿Qué son las parafonías?», refiriéndose a lo que la mayoría conocemos como psicofonías. Y, claro, como el espíritu allí presente no tenía una respuesta simple para tan amplísimo asunto, tuvo a bien darle por respuesta: «ENTROJAS muchas cuestiones». No hay ningún error tipográfico: la palabra es «entrojas», y así quedó registrado en la cinta magnética.[2]

entrojar 1. tr. Guardar en la troj frutos, y especialmente cereales.

En efecto, el término «entrojar» se refiere a la acción de guardar comida en un almacén o «troj». Germán de Argumosa decidió que la respuesta solo podía proceder de Ortega y Gasset, quien había utilizado este inusual término en alguno de sus escritos. Y, por supuesto, el gran filósofo no podía estar hablando de algo tan prosaico como guardar frutos y cereales, sino que estaba empleando una metáfora agraria para dar a entender que la pregunta encerraba o almacenaba a su vez muchas otras.

Desde que me enteré de esta historia estoy esperando la oportunidad de soltarle tan magnífico palabro a alguien.

Queda claro lo fascinante que encuentro el extensísimo vocabulario de lo oculto y el esfuerzo constante de los investigadores por catalogar y clasificar lo invisible. Ahora que me he puesto a escribir mi propio libro me siento autorizado para hacer lo mismo, razón por la cual he decidido organizar los próximos capítulos siguiendo la Escala Berrueta de Extrañeza Milenaria (EBEM) de aplicación a los casos

que pasan por el programa:

GRADO 1 / **GRADO 2** CASOS EXPLICABLES / CASOS EXPLICABLES	
GRADO 3 / **GRADO 4** CASOS RE[illegible]PLICABLES / CASOS INEXPLICABLES	

Adelanto al lector que en los años que llevo en este trabajo me he encontrado con ejemplos de los cuatro grados de la escala, desde los más anodinos y pueriles hasta los que son de lo más increíble.

Comienzan los capítulos de las cosas raras.

11

CASOS EXPLICADOS

Los casos explicados son enigmas resueltos, preguntas que un día no tuvieron respuesta, pero a las que, en un momento u otro, se les agotó el misterio. La grabación de Abenza en Belchite sería un buen ejemplo.

Recuerdo ahora nuestra recreación del caso Prémanon, ocurrido en el departamento de Jura, en la Francia de 1954. Un niño recibe la visita de una entidad extraterrestre en forma de gigantesca H. Asustado, el pequeño Raymond llega incluso a apuntarle y dispararle con su pistola de juguete. La noticia del terrorífico encuentro corrió como la pólvora por toda la zona y provocó la movilización de investigadores, de periodistas y de la propia gendarmería. Al ver el monumental lío que se había formado, el chico se vino abajo y confesó habérselo inventado todo.

Tengo un ejemplo aún mejor.

Hace poco me llamó Javi Pérez Campos en un estado de agitación fuera de lo habitual. Acabábamos de emitir su último reportaje, *Terror en el supermercado*,[1] que aderezaba varias entrevistas a cajeros y

reponedores sobre sus encuentros espectrales con unas sorprendentes grabaciones de cámaras de seguridad en las que se veía cómo varios productos de aquel establecimiento saltaban de las estanterías empujados por una fuerza invisible.

Cuando le pregunté a Javi qué narices eran aquellas rocambolescas filmaciones de latas saliendo proyectadas de sus estantes, este me respondió:

—Son los ladrillos de tu escepticismo cayendo uno a uno.

Javi es un tipo fantástico. Es tan simpático, tan joven, tan guapo, escribe tan bien y es tan bueno en lo que hace que hay que odiarle necesariamente, pero aun así se le quiere. Viene a ser una actualización milenial del propio Iker, un niño que creció apasionado por el misterio, investigador precoz y realmente devoto de lo inexplicable.

Además, he descubierto que compra el roscón de reyes en la misma confitería que yo, lo cual une mucho.

Javi había llevado a cabo un aislamiento en aquel supermercado de estanterías saltarinas. Un aislamiento consiste en encerrarse en completa soledad en un lugar marcado por el misterio, muchas veces en oscuridad total, y esperar a ver qué pasa. Puede parecer una tontería, sí, pero los resultados tienden a ser magníficos: guardias de seguridad que terminan llorando, investigadores suplicando por poner fin al aislamiento, e incluso tuvimos a una mujer que sufrió un ataque de pánico cuando una mosca aterrizó en su frente y ella creyó que se trataba de un dedo fantasmal.

Javi es experto en aislamientos, si tal cosa existe. Fue el primero en utilizarlos en el programa, precisamente en la investigación de Belchite, y asegura que en aquellos minutos llegó a escuchar los pasos de un alma errante entre las ruinas del destartalado pueblo. Quizá fuese sugestión, tal vez el alma errante fuese en realidad una liebre con insomnio que pasaba por allí, pero vive Dios que Javi pasó un mal rato.

Durante su experiencia en el supermercado, Javi pudo ver, a través de los monitores de seguridad, una extraña luz paseando entre la caja registradora y el pasillo de los congelados. Al ir a comprobar el origen

de la luminaria no encontró nada: no había nadie allí, ni vivo ni muerto, y no había objeto alguno que pudiese haber causado lo que fuera que había visto segundos antes en la pantalla del monitor. Javi se asustó tanto que soltó un taco en *prime time*, prueba inequívoca de la sinceridad de su reacción. Fin del aislamiento.

En un giro inesperado resultó que los que sí vieron algo fueron los espectadores: un oso de peluche, que al iniciar el aislamiento estaba perfectamente sentado en su estantería, había acabado el reportaje tumbado. Más extraño aún: el oso estaba precisamente en el lugar donde Javi había visto el resplandor fantasmal.

—Juan, tengo Twitter hasta arriba de mensajes —me dijo Javi—. Los espectadores han visto que el oso ha cambiado de posición y necesito que revises los brutos de mi aislamiento. ¡Tienes que localizar el momento en que el oso se mueve!

Me emocioné imaginando que habíamos encontrado nuestro primer muñeco diabólico, una Annabelle extremeña que, en lugar de levantarse para sembrar el caos y la destrucción, prefería tumbarse a echar una siestecita junto al expositor de las pilas y los llaveros linterna.

Qué desilusión nos llevamos los dos al comprobar que el propio Javi había derribado al oso sin darse cuenta mientras buscaba el origen de la luz misteriosa. Nuestro joven reportero había pasado junto a él mientras avanzaba con la mirada fija en el techo, intentando dar con el fantasma luminiscente. Al darse la vuelta para volver sobre sus pasos le había propinado un contundente culazo al indefenso peluche.

—Lo siento, Javi —le dije—. No ha sido una fuerza sobrenatural, ha sido la fuerza de tu culo.

Nos habíamos quedado sin muñeco diabólico, lo que fue una verdadera lástima. Como les debíamos una explicación a los espectadores, se preparó el correspondiente desmentido para la semana siguiente, aunque conseguimos omitir elegantemente toda mención a las posaderas de nuestro joven compañero.

No se me ocurre mejor ejemplo para la categoría de los Casos Explicados.

Para un descreído como yo estos desenlaces tan racionales y

comprensibles son torpedos en la línea de flotación del misterio. El próximo capítulo contiene varios ejemplos de cómo lo imposible se llega a colar en mi propia casa y hace saltar por los aires la fría lógica racional, hasta que surge una explicación que lo desenmaraña todo y las aguas vuelven a su cauce. Sin embargo, en honor a la verdad, hay que reconocer que los Casos Explicados son escasos y que la realidad tangible y cartesiana rara vez pone punto final a nuestras investigaciones.

12

COSAS DE CASA

Una vez leí que *Cuarto Milenio* estaba en el top 3 de programas que llevan más años en antena con el mismo presentador al frente. Creo que solo *Saber y ganar*, con Jordi Hurtado, y el ya desaparecido *Bricomanía*, con Kristian Pielhoff, superan las cifras de *Cuarto Milenio*. Iker y su nave del misterio son un valor seguro a largo plazo, lo más parecido al funcionariado en el convulso mundo de la televisión. La tranquilidad que nos da trabajar en un programa estable y de largo recorrido ha convertido nuestra oficina en la conejera del sector audiovisual, un refugio donde los trabajadores hemos ido levantando la tasa de natalidad nacional. Al abrigo de *Cuarto Milenio* han nacido mis dos hijos y, como buenos hijos del misterio, han venido con algunos sustos debajo del brazo.

Cuando mi mujer estaba embarazada del mayor recibimos un regalo de parte de mis compañeros: una pequeña cámara vigilabebés. El asunto tenía bastante gracia porque acabábamos de emitir un par de programas sobre fantasmas captados en estos aparatos, de forma que era una sorpresa tan útil como espeluznante. Los meses previos

al nacimiento fueron de mucho nerviosismo y mucho síndrome del nido, en los que hicimos acopio de todo lo necesario para la llegada de un bebé. Por supuesto, a mí me hacía mucha más ilusión estrenar la cámara de vigilancia que ponerle a la criatura ese body de punto tan mono que nos había hecho a mano alguna tía lejana. Lamentablemente, nuestro piso era pequeño y no hacía mucha falta un sistema de seguridad tan sofisticado, así que su utilidad quedaba reducida a la de captar algún espíritu errante.

La espera llegó a su fin y en otoño de 2013 nació Diego, hermoso y rechoncho como un cacahuete de cuatro kilos.

—Disfruta de cada momento —me dijo Camilo cuando le llamé de camino a un parto de treinta horas.

—Ahora que ya no puedes echarte atrás debo decirte algo que sabemos todos los que somos padres —me dijo por su parte Romo, el fan de Tobe Hopper, cuando se enteró de la buena noticia—: tener un bebé es como si el infierno se abriese y te tragase vivo.

Durante los primeros meses, el planteamiento de Romo me pareció mucho más acertado que el de Camilo. No obstante, para cuando llegó la primavera, ya teníamos eso de la paternidad mucho más controlado: empezábamos a dormir un poco y a reconectar de forma esporádica con la realidad. Los días buenos éramos capaces de ver un episodio entero de una serie y todo, aunque lo que más ilusión nos hacía era juntar el suficiente tiempo como para poder tirarnos a vegetar en el sofá. Justo ahí es donde comenzó la historia que os voy a contar.

El pequeño Diego estaba profundamente dormido en la cuna de su habitación y en la casa reinaba un maravilloso y pesado silencio. Carmen y yo sabíamos que esa paz sería efímera.

Podíamos ver al niño a través de la pequeña pantalla del vigilabebés, que reposaba en la mesa del salón: estaba bien frito y ningún fantasma parecía rondarle. Estábamos a punto de alcanzar el Nirvana del primerizo en forma de siestecita ligera cuando nuestro maravilloso sopor se vio bruscamente interrumpido por una malévola risa infantil que procedía del vigilabebés.

En la pantalla podíamos ver claramente que Diego seguía dormido,

pero, aun despierto, jamás se habría reído de aquella manera tan siniestra: era aún muy pequeño y su repertorio vocal se limitaba a gorjeos y balbuceos alegres y llenos de babas.

La espantosa carcajada volvió a salir del aparato, maníaca y maléfica, como si un niño psicópata estuviese desollando su primer gato callejero.

—¡Apaga eso! —pidió mi mujer algo asustada—. Algo está interfiriendo en la señal. ¡Es horrible!

Hice caso rápidamente y los dos nos quedamos helados cuando, con la pantalla ya apagada, volvimos a escuchar la risa retumbando por toda la casa. Procedía, sin lugar a dudas, del dormitorio del niño. Saltamos del sofá impulsados por un ancestral instinto de protección y entramos corriendo en la habitación donde dormía nuestro hijo.

Y otra vez la terrible carcajada.

En ese momento sentimos auténtico miedo.

Retrocedamos unos meses hasta la misma época en que habíamos recibido el regalo de *Cuarto Milenio*. En aquellas fechas estábamos inmersos en la vorágine de preparativos y nos dedicábamos a recorrer las tiendas de productos para bebés buscando la bañerita perfecta y las más suaves gasas para usar de arrullo. En una ocasión nos disponíamos a pagar no recuerdo qué en una tienda de Rivas-Vaciamadrid cuando vimos en el mostrador un pequeño conejito de peluche absurdamente rebajado. Dos o tres euros como mucho. Era bastante mono y nos lo llevamos. Llegamos a casa y lo colocamos en una estantería de la habitación del pequeño Diego, aún no nacido.

Era el conejo el que se reía, por supuesto. Llevaba en la misma estantería casi un año, lejos del alcance del niño. No teníamos ni idea de que incorporaba un mecanismo interior, no estaba indicado en ninguna etiqueta y no venía con instrucciones. Por supuesto, nunca se había reído antes. En aquella tranquila mañana, nada podía haber accionado ningún interruptor. Más aún, cuando intentamos detenerlo descubrimos que no tenía botón de encendido ni de apagado y tampoco tenía ninguna abertura para el cambio de pilas. De hecho, la única forma posible de poner fin a tanta carcajada fue mediante una salvaje operación de urgencia.

Abrir en canal al conejo y esparcir sus esponjosos restos por la mesa nos dio cierta tranquilidad. Una vez destripado, pudimos comprobar que, en efecto, escondía un sistema de sonido oculto en su interior, compuesto por un minúsculo altavoz sin ningún interruptor para accionarlo. Más tarde lo recompusimos cuidadosamente, pero, a pesar de nuestros esfuerzos y provocaciones, nunca más volvió a reírse.

Decidimos deshacernos del mecanismo para evitar futuros sustos.

El misterio de toda esta anécdota no es gran cosa: un fallo en el circuito impreso de un juguete barato, un acontecimiento que encajaría perfectamente en el Grado 1 de mi escala personal, la de los Casos Explicados. Lo que sí resultó ser muy grande fue la experiencia vivida. Durante unos breves instantes tuvimos una innegable sensación de terror, con punzada en la boca del estómago y pelillos de la nuca erizados.

¿Quién se estaba riendo en nuestra propia casa? ¿Cómo había conseguido violar la seguridad de nuestro hogar? ¿Era una amenaza para nuestro recién nacido?

Si el conejo hubiese dejado de reírse antes de nuestra llegada a la habitación de niño, probablemente nunca habríamos desentrañado el misterio de la carcajada maléfica. Entonces ¿qué habríamos pensado?

Muchos de los testigos que desfilan por *Cuarto Milenio* repiten un mismo mantra: «Yo no creía en nada de esto hasta que me sucedió a mí». En el pasado, cada vez que me tropezaba con esas palabras, me generaban automáticamente un profundo rechazo porque me parecían vacías de contenido, una frase hecha que venía a ser el equivalente sobrenatural de: «El fútbol son once contra once». Durante años desprecié este argumento sin darle la menor oportunidad, lo que me acarreaba más de una discusión con mis compañeros.

—¡Mira que eres cabezota! —me acusaba Paloma mientras se las apañaba para que su melena reflejase el sol en una sala sin ventanas —. ¡Ya verás cuando te pase algo de esto a ti!

—A mí no me va a pasar nada de esto —zanjaba yo con suficiencia.

Yo tenía razón; aquella mañana en casa no nos había pasado nada

extraordinario. Nuestro heroico enfrentamiento con el conejo diabólico se reducía, en última instancia, a una esperpéntica escaramuza en la que dos adultos nos habíamos asustado de un muñeco de peluche para bebés. No obstante, aquel incidente me sirvió para comprender que, cuando la explicación racional no se percibe inmediatamente, hasta el más escéptico puede acabar barajando lo paranormal como una posibilidad. Quizá no sea fácil de admitir a toro pasado, cuando se analiza la experiencia con distancia y frialdad, pero en un momento de miedo, con el pulso acelerado y la adrenalina tomando el control, todos podemos entreabrir, aunque sea mínimamente y durante un segundo, la puerta del misterio. Basta con que el conejo de la estantería decida reírse en el momento adecuado.

Ahora imagina, querido lector, qué no pensará una persona que descubre que su hijo ha sido poseído. No te preocupes, yo te lo puedo contar de primera mano.

Habían pasado unos años desde el incidente del peluche, Diego había crecido y comenzaba a ser un hombrecito independiente capaz de proezas tales como levantarse de noche él solo para ir al cuarto de baño. La experiencia me había enseñado que, cuando uno detectaba esas incursiones nocturnas, lo mejor era acercarse a supervisar la operación, sobre todo teniendo en cuenta que el niño nunca llegaba a estar del todo despierto.

Una buena noche oí a Diego levantarse de la cama y encender la luz. Pude distinguir sus torpes pasos avanzando por el pasillo y llegando al cuarto de baño. Serían en torno a las tres de la mañana. Cuando llegué allí, él estaba ejecutando la maniobra pertinente con gran eficacia y pulcritud.

—¿Qué tal, Diego? —le pregunté en voz baja cuando hubo terminado.

Diego se giró hacia mí, me dirigió una mirada ausente con los ojos velados por el sueño y, con una voz áspera y grave que no era la suya me dijo:

—DIEGO NO HA VENIDO HOY.

No fui capaz de gritar, aunque ese fue mi primer instinto. El miedo me había dejado completamente mudo, pero, si hubiese podido,

habría preguntado: «¡ENTONCES ¿CON QUIÉN ESTOY HABLANDO?!». Un gélido escalofrío me recorrió la espalda y de inmediato me puse a intentar recordar si teníamos alguna Biblia a mano. Pensé que, con toda seguridad, Noe podría facilitarme el número del padre Amorth, exorcista oficial del Vaticano, que había venido a nuestro plató años atrás.[1]

Por suerte, nada de eso hizo falta, ya que el niño carraspeó para aclararse la garganta y añadió, con su dulce voz aflautada habitual:

—Ejem... Diego Conde no ha venido hoy a clase, estaba malito.

¡Qué alivio! Una vez más, no hay mucho misterio en la anécdota, salvo quizá el de descifrar el proceso mental que lleva a mi hijo a acordarse de su compañero de colegio cuando se levanta a las tres de la mañana para hacer pis. Lo que no puedo negar es que, durante unos instantes, dejé de ser un ateo convencido y me dispuse a abrazar al primer Dios que viniese en mi ayuda.

La conclusión que yo saco de estos sustos es que nos basta un pequeño empujón para comenzar a creer en las explicaciones más increíbles. Todos podemos acabar convertidos en testigos de *Cuarto Milenio* si se dan las condiciones adecuadas, y aprovecho aquí para abrir un inciso y defender la honorabilidad de nuestros invitados: nadie viene al programa a contar mentiras. Si le damos voz a un testigo es porque creemos en lo que cuenta o, al menos, creemos que él se lo cree. Iker suele hablar de la infalsificable autenticidad de los entrevistados, de cómo estos reviven sus experiencias al contarlas y de su valentía al hacerlo, pues nadie gana nada exponiéndose a la mofa nacional. Y algo de todo esto hay.

Recuerdo un problema que tuvimos allá por la temporada 7 o la 8. Aquella semana, frenética y contrarreloj, como todas las semanas, estaba previsto ocupar un buen fragmento del programa con el testimonio de dos chicas. Su historia llevaba por título *Los espectros del monasterio de San Ginés*, y mi compañero Manu Fernández y su equipo llegaron a rodar una recreación para vestir con imágenes las palabras de las testigos. No recuerdo los detalles particulares del caso porque nunca llegó hasta mis manos de editor, el tema entero se había descartado después de la grabación en los estudios de

Mediaset. Para cualquier programa de televisión esto representa una auténtica catástrofe, ¿cuál era la explicación?

Sencillamente, no eran trigo limpio, no daban la impresión de creer en lo que nos habían contado. Iker no percibió autenticidad en el testimonio, algo no terminaba de encajar. Aquellas dos chicas nos recordaban demasiado a Raymond, el niño francés de Prémanon que se lo había inventado todo. Descartar un bloque entero después de haberse grabado es un trastorno muy importante, ya que te encuentras con un enorme agujero de media hora en el programa. Es una tragedia organizativa: todo el equipo tendrá que hacer trabajo extra para compensar el desaguisado, y es fácil para cualquiera imaginar la pérdida de tiempo y dinero que todo ello supone.

Pero en aquella ocasión no había alternativa, el auténtico misterio debía preservarse. Como ya expliqué antes, *Cuarto Milenio* investiga sus temas con la mayor seriedad posible.

Para cerrar este capítulo tengo una tercera historia sobrenatural que tiene que ver con niños. En esta ocasión el protagonista fue Mateo, mi hijo pequeño. No llegaría a los dos años cuando, durante una comida familiar, se quedó mirando fijamente hacia un rincón vacío del comedor.

—¿Qué te pasa, Mateo? —preguntó mi mujer.

—¡Hay un «pantasma»! —respondió el niño sin apartar la mirada.

—¿Cómo dices?

—¡Un «pantasma»!

—¿Y cómo es el fantasma? —quiso saber ella, esperando una respuesta que hablase de sábanas blancas y cosas parecidas. Las referencias iconográficas de Mateo se limitaban a Pocoyó y Peppa Pig.

—Pueees... un señor mayor.

La respuesta nos pilló por sorpresa a los dos. No hacía mucho que habíamos sufrido una pérdida en la familia, de la que Mateo, con su corta edad, no era del todo consciente. De hecho, no estábamos seguros de que supiese siquiera lo que se entiende por un fantasma.

—¿Y está ahí, en la esquina?

—Ahí. —Señalando la esquina.

—¿Y cómo es ese señor mayor?

—Pueees... lleva un jersey.

—¿De qué color?

—Verde. Y pantalón marrón.

—¿Y qué más?

—Zapatillas y gafas.

La descripción encajaba inquietantemente bien.

—Y, Mateo, ¿te está diciendo algo el fantasma?

—Sí.

Escalofrío por la espalda.

—¿Y qué te está diciendo?

—¡Buuu!

13

CASOS EXPLICABLES

Los casos explicables son los que permiten varias interpretaciones distintas sin que la investigación logre ofrecer una única solución definitiva. A la hora de despejar las incógnitas que estos casos plantean, los creyentes en lo paranormal disponen de más opciones que los escépticos, pero no hay ninguna razón determinante para decantarse por una respuesta alejada de la realidad cotidiana. Diría que a esta categoría pertenecen la mayoría de los temas que tratamos en el programa.

Podemos tener media hora a un señor contando que ha visto un platillo volante en el cielo, pero ¿por qué creer que se trata de un platillo volante cuando bien podría ser un helicóptero?

Casi cualquiera de nuestros reportajes puede explicarse de una forma coherente. Por ejemplo, nuestro escéptico por excelencia, José Manuel Nieves,[1] nos contó que, siendo joven, pasó una auténtica noche de terror en la casa de campo que le había dejado un amigo.[2] No había en la casa nadie más que su mujer y él. Dormían tranquilamente cuando unos insistentes golpes en la puerta de su

habitación los despertaron, pero, al salir al pasillo para encontrar al responsable de tanto escándalo, descubrieron que allí no había nadie. Sucedió lo mismo varias veces y ninguna de ellas consiguieron encontrar una explicación.

Bien, quizá la causa era un fantasma, un espíritu errante que se mantiene entre los dos mundos con la única misión de aporrear una puerta de vez en cuando. Quizá. Pero podrían ser también los ruidos propios de una casa antigua, una corriente de aire que estuviese moviendo la puerta, algún animalillo que se hubiese colado, o incluso el amigo de Nieves, dueño de la casa, gastándoles una broma a sus invitados.

Como espectador y como trabajador, buscar estas respuestas en cada reportaje es tan entretenido como resolver un crucigrama o hacer un puzle. Creo que las personas sentimos de manera innata la necesidad imperiosa de ordenar el desorden, de reducir las cuestiones complejas a otras más simples que seamos capaces de entender y de encontrarle sentido a una historia que *a priori* no lo tiene.

Es indudable que las preguntas siempre son más estimulantes que las respuestas. En *Cuarto Milenio* lo sabemos y por eso solemos poner todas las opciones encima de la mesa, de forma que sea el espectador quien deba elegir una u otra. Todo tiene su truco, claro. Iker es un maestro manejando la ambigüedad del lenguaje, pareciendo objetivo e imparcial, pero conduciendo con destreza el relato hacia su vertiente más extraña. Conste en acta que no es ninguna crítica, todo lo contrario: lo considero una genialidad. Muchas veces mi trabajo consiste en apoyarle, en intentar que la explicación más racional sea la última en acudir a la mente del espectador. Al fin y al cabo, de no hacerlo así, ¿qué gracia tendría?

El objetivo de nuestros reporteros es encontrar casos en los que sucedan fenómenos inexplicables, pero en muchas ocasiones se afanan tanto en dar con ellos que no ven el elefante en la habitación. Mis compañeros viajan por toda España, conocen a todos los testigos y a veces experimentan el miedo en sus propias carnes. Al final se sumergen de tal manera en las historias que nos cuentan que estas los atrapan y corren el peligro de perder la visión de conjunto. Por el

contrario, como mi labor consiste en juntar todas las piezas del programa a toro pasado, tengo el privilegio de disfrutar de una perspectiva global más amplia y reposada. El resultado es que a veces tengo la impresión de que nadie salvo yo repara en la solución más obvia. Me explico.

Un caso arquetípico en el programa es la aparición en carretera. Nuestro testigo circula en plena noche por alguna vía comarcal oscura y serpenteante cuando una figura siniestra se cruza en su camino y le provoca un pavor indescriptible. Es frecuente, siempre según sus palabras, que la extraña silueta le haga algún tipo de gesto al aterrorizado conductor.

—Era un ser enlutado, más negro que la oscuridad, y me miraba fijamente desde el arcén, como intentando decirme algo —dice un testigo.

—Era una mujer ataviada con ropajes antiguos, con la cara desencajada y lívida, y me hacía gestos que no eran normales —nos cuenta otro.

—¿Qué hacía aquel niño espectral vagando en el arcén a las tres de la mañana? —se pregunta un tercero.

Todos los conductores deciden huir a gran velocidad dejando atrás al fantasma.

¿Fantasma? Sinceramente, todos estos testimonios me parecen flagrantes delitos de omisión de socorro. ¿Cuántos ensotanados serán en realidad viejecitas perdidas en la noche? ¿Cuántos humanoides surgidos de la nada resultarán ser señores de Albacete que han tenido un accidente con el coche?

Vamos a dar por hecho que no hay fantasmas en la carretera, sino personas accidentadas pidiendo desesperadamente algo de ayuda. Siendo así, ¿qué lleva a nuestros invitados a contarnos una historia propia de película de terror? ¿Se están inventando una milonga para justificar su cobarde forma de actuar? En ningún caso. Como ya he explicado antes, la gente que pasa por nuestro plató no viene a inventar historias disparatadas: ellos creen lo que nos están contando y tienen la certeza de haber protagonizado un encuentro con lo imposible. Desde mi punto de vista, creo que el miedo, la sugestión y

las triquiñuelas de la memoria pueden distorsionar la realidad enormemente.

Recuerdo un ejemplo perfecto para ilustrar hasta qué punto los invitados creen en lo que cuentan, por increíble que esto sea. Nuestro testigo está conduciendo de noche por un viaducto cuando oye una misteriosa voz en el interior de su cabeza. Alguien se está dirigiendo a él por vía telepática y lo está haciendo con una contundencia imposible de ignorar, no dejando más opción al asustado conductor que la de obedecer sin rechistar. Las órdenes que este hombre recibe son claras: debe abandonar la autopista por la siguiente salida y adentrarse por complicados caminos embarrados, avanzar entre campos de cultivo y atravesar sendas casi intransitables hasta llegar al pie del viaducto por el que un rato antes estaba circulando. En ese lugar inhóspito no hay nada ni nadie, pero las indicaciones que escucha le llevan con la máxima precisión hasta un punto exacto entre la maleza. Allí encuentra un ciclista malherido que había sido arrojado desde lo alto por algún conductor imprudente. Gracias a la intervención de nuestro testigo el ciclista consigue salvar la vida.[3]

¿A quién pertenecía la voz que había guiado a nuestro héroe hasta allí? ¿A un ángel de la guarda, a un espíritu compasivo...? Yo siempre he pensado que se trataba de la voz de su propia conciencia y que había sido él mismo quien había embestido al ciclista en lo alto del viaducto. Poco más y lo mata, yo no tenía duda, y aun así aquel hombre se lo estaba contando a toda España. ¿Por qué? Porque él estaba convencido de lo que decía. Y eso es lo único que les pedimos a nuestros testigos.

Por cierto, no conseguimos que el ciclista nos diese su versión de los hechos. Una pena.

14

CASOS INEXPLICABLES

El siguiente nivel en la Escala Berrueta de Extrañeza Milenaria sería el de los Casos Inexplicables. Grado 3, ya empieza lo bueno. Puntualicemos: se trata de los casos inexplicables utilizando una lógica tradicional, claro, porque con lo paranormal todo resulta explicable.

En estas investigaciones nada tiene ni pies ni cabeza y la solución racional es tan improbable, tan complicada de encontrar, que resulta imposible defenderla frente a las sencillas interpretaciones sobrenaturales. Si aplicamos la ley de la navaja de Ockham, según la cual la explicación más simple suele ser la más probable, estos casos son definitivamente de origen paranormal.

Muchos de los casos que involucran a nuestros videntes pertenecen al grado 3 de la EBEM, de ellos hablaré más tarde. El caso Vallecas, que hemos tratado en más de un programa, también.

Estamos en noviembre de 2012. La caja de polvorones que todos los años envía nuestro malogrado colaborador Pepe Ortiz ha llegado a la oficina antes que nunca y ha sido diligentemente trasladada a mi

mesa, junto a las galletas socializadas. Qué deferencia. En poco tiempo todos en la empresa han entendido el precio de una edición de primera categoría.

Camilo, nuestro realizador, no quiere ni polvorones ni galletas. Camina nervioso, trazando círculos en la sala sin ventanas. Está preocupado y emocionado a partes iguales: el programa que estamos preparando es todo un desafío. Esa semana se van a hacer conexiones en directo entre el plató de *Cuarto Milenio* y la vivienda situada en la calle Luis Marín número 8, en pleno centro de Vallecas. El despliegue técnico se sale de lo habitual, y a Camilo le gustan los retos.

Camilo es, con toda seguridad, la persona que más sabe de televisión que jamás he conocido, y tengo la suerte de seguir aprendiendo de él día tras día. Eso sí, es difícil considerarle un amigo porque es tan hermético, inescrutable y gallego como una vieira cerrada. También es un filósofo. De vez en cuando, mientras los demás estamos perdiendo el tiempo en pueriles conversaciones sobre el clima o sobre lo caro que es el café en cápsulas, él suelta alguna perla de sabiduría como: «Al periodismo de tele solo lo salvará la personalidad». Es otro nivel.

En una ocasión le estaba explicando por qué había editado un clip de la manera en que lo había hecho: yo creía haberlo dejado perfecto, pero él no estaba de acuerdo. Fue entonces cuando me dijo algo que cambiaría mi vida para siempre:

—Juan, «penséque» y «creíque» son los amigos de «tonteque».

El impacto que supuso para mí esta dosis superconcentrada de filosofía vital solo es comparable al impacto de conocer los detalles del caso Vallecas, en el que estábamos inmersos aquella semana. Se trata del más célebre expediente X español, tan alucinante que hasta se ha adaptado al cine.

No voy a detallarlo aquí porque este libro no va de eso, pero incluye tableros de ouija, posesiones, muerte, fenómenos *poltergeist* y grandes dosis de terror.

Fuera como fuese, la escena final es histórica. Noviembre de 1992, la policía recibe una extraña llamada y los agentes se personan en el

domicilio. Lo que se encuentran es una familia histérica, atrincherada en el salón, donde duermen todos juntos desde hace días para protegerse del asedio de una fuerza paranormal. El estado de nervios de los miembros de dicha familia es tal que deben acudir dos patrullas con un total de cuatro agentes bajo el mando del inspector José Pedro Negrí.

Pocos minutos después serán los propios policías los que abandonarán aterrorizados aquel humilde piso de pasillos estrechos y empapelados estilo Kubrick. ¿Qué había sucedido? Reproduzco un extracto del informe policial que Negrí levantó aquella noche:



INFORME POLICIAL

[Los agentes] pudieron oír y observar cómo una puerta de un armario perfectamente cerrada, cosa que comprobaron después, se abrió de forma súbita y totalmente antinatural, desencadenando una serie de sospechas serias.

No habían salido de la sorpresa y comentando la misma, se produjo un fuerte ruido en la terraza, donde pudieron comprobar que no había nadie, con lo que las sospechas, por lo tanto, aumentaron y se reforzaron hasta confirmarse. Momentos después pudieron percatarse y observar cómo en la mesita que sostenía el teléfono y, concretamente, en un mantelito, apareció una mancha de color marrón consistente, identificada como babas. En la ronda por las habitaciones de la casa se observó un crucifijo en el que el Cristo estaba separado de la cruz, al tiempo que el póster sobre el que se ubicaba contenía las huellas de un arañazo.

Un observador escéptico podría dudar del relato de la familia, de la relación entre la ouija y los sucesos posteriores, de la extraña enfermedad de una de las hijas, que por momentos se confundía con

una posesión infernal, y de toda la absurda relación de acontecimientos previos a la llegada de la policía. Se podría argumentar que los inquilinos de Luis Marín número 8 eran especialmente supersticiosos, que no habían sabido asimilar la extraña muerte de la niña, que se trataba de un caso de contagio emocional e histeria colectiva.

Pero ¿cómo se puede justificar lo que sucedió después de la llegada de los agentes? Ruidos inexplicables, movimientos antinaturales de objetos y, de nuevo, grandes dosis de terror. No sé si conocéis Puente de Vallecas, pero yo puedo dar fe de que la policía del barrio no es fácilmente impresionable. Siempre me he preguntado cuánto miedo debió de pasar el inspector Negrí no ya en la casa, sino a la hora de presentar el informe a sus superiores, condenado a ser el hazmerreír de la comisaría de por vida a raíz de lo que quiera que pasase en Luis Marín número 8.

Nunca sabremos lo que ocurrió allí e intentar explicarlo de una forma racional exigirá recurrir a una sucesión de carambolas tan rocambolesca como el propio fenómeno que se pretende negar. ¿Se volvieron locos todos los agentes en el plazo de diez minutos?

El principal problema al que nos enfrentamos los espectadores más descreídos de *Cuarto Milenio* es que no consideramos que un testimonio sea una prueba, como tampoco lo son un informe médico o policial, una fotografía, un sonido grabado, ¡ni tan siquiera un vídeo es una prueba para nosotros! No lo son cuando lo que se intenta demostrar con cualquiera de ellos es la rotura de las normas que rigen la realidad. En esos casos desconfiamos de las pruebas recogidas, pero no de las leyes elementales del universo.

Nuestro querido maestro de maestros, Enrique de Vicente, adora apoyar sus nada ortodoxos puntos de vista con afirmaciones del tipo «según un estudio reciente llevado a cabo por una universidad de Kuala Lumpur...». Pues bien, ni siquiera eso es una prueba válida si no tiene el apoyo del resto de la comunidad científica (argumento que Enrique nos rebatirá menospreciando con desdén «esa sacrosanta ciencia oficialista vuestra»). La ciencia no se construye tomando como referencia trabajos aislados ni destellos de conocimiento espontáneos,

sino sobre la posibilidad de probarse a sí misma una y otra vez.

Como esta premisa no la cumplen ni las fotografías de los ovnis de la oleada belga[1] ni la legendaria psicofonía del infierno,[2] ni casi ninguna otra de las miles de pruebas dudosas que abarrotan los libros de misterio, no nos queda otra que descartarlas y catalogarlas como meras curiosidades, errores de percepción o estafas fraudulentas.

Y, sin embargo, nunca deja de sorprenderme la cantidad de testimonios en contra de toda lógica que se siguen acumulando en mi mesa de trabajo semana tras semana.

Como ya os he contado, durante mi primer día de trabajo me enfrenté a algo que no conseguí entender. Escuchar el coro fantasma grabado en la iglesia de Belchite me causó una gran impresión, no lo voy a negar. De buenas a primeras no le encontré una explicación, pero en mi fuero interno sabía que tenía que haberla. Simplemente, no era obvia.

A menudo me pregunto qué me pasaría por la cabeza si llegase a enfrentarme cara a cara con una manifestación indudablemente paranormal, como un espíritu decimonónico con un mensaje de ultratumba, un movimiento enloquecido de objetos domésticos a lo *Poltergeist* o una abducción alienígena con sus correspondientes sondas exploratorias. Algo de eso sucede en el siguiente capítulo, pero no adelantemos acontecimientos.

La conclusión a la que llego es que, en tales circunstancias, no me creería a mis propios ojos y desconfiaría de mi cordura, ya que esos extremos se me antojan menos traumáticos que dinamitar los cimientos del mundo tal como lo concibo.

Siguiendo con el caso Vallecas, y manteniendo firmes nuestras convicciones como escépticos, habría que dudar del informe de Negrí: por muy jefe de policía que sea, no vamos a poner su palabra por delante de las leyes de la física, digo yo.

¿Cuál es entonces el as en la manga que se guarda el misterio? La reafirmación por acumulación: el informe Negrí no es nada más que uno de tantos cientos y cientos de documentos oficiales, declaraciones juradas y minuciosas descripciones dadas por testigos «de la máxima credibilidad y confianza», como suelen decir los

invitados en nuestro plató. A lo largo de todos estos años montando el programa he tenido en la mano informes de otros policías, guardias civiles y militares, todos con sus sellos oficiales adornando las más inverosímiles historias. ¿Están todos los cuerpos y fuerzas de seguridad del Estado enloquecidos y se dedican a redactar documentos absurdos para pasar el rato? ¿Son nuestros agentes de la ley y el orden un puñado de supersticiosos asustadizos? Y si no es esa la explicación, ¿cuál es?

Por otro lado, no tengo conocimientos de estadística suficientes como para determinar a partir de qué volumen de testimonios debemos tomarnos la cosa en serio. Al fin y al cabo, mucha gente ha visto ovnis, pero también mucha gente se grabó comiendo pastillas de detergente como parte de un reto viral en TikTok.

Abro un inciso: todas estas preguntas sin respuesta que plantean los casos inexplicables me intrigan tanto que cada poco le estoy dando la murga con ellas a Carmen, mi mujer. Las actuales virtudes del teletrabajo la han convertido en compañera de despacho y, por extensión, en la primera y principal confidente de mis intrigas milenarias:

—No te vas a creer lo que cuenta este señor —le digo el lunes—. Esto es imposible, no tiene sentido —añado el martes—. ¡Nunca había visto unas imágenes como estas! —continúo el miércoles, y así todos los días de la semana.

—Venga, vamos a ponernos el programa a ver si es tan increíble como me has estado contando —me dice el domingo después de cenar.

—Uf, llevo toda la semana con esto y estoy harto del tema, vamos a ponernos una serie —le respondo, y ninguno de los dos ignora el hecho de que merezco un zapatillazo.

Además de perdonarme muchos zapatillazos, Carmen me ha enseñado a ponerme en el lugar de los demás y a no juzgar al prójimo. Menos mal, porque, para mantener mi trabajo y mi equilibrio mental, he tenido que revisar mi propia actitud frente a lo que desconozco. No, no me creo nada de todo esto, ni creo en los fantasmas ni en la ouija ni en los ovnis, pero no puedo dejar de

sentirme un poco culpable cuando comparo la humildad de mis compañeros, siempre buscando respuestas, con mi soberbia del escéptico que cree que las sabe todas.

¿Soy yo más listo que los cuatro policías que fueron a aquella vivienda de Vallecas? ¿Son más susceptibles que yo a ser sugestionados? ¿No se les habrán ocurrido a ellos las mismas posibles explicaciones racionales a todo lo que vivieron y, aun así, decidieron seguir adelante con su informe?

—Esto es imposible, Camilo —le digo cuando el inspector Negrí nos cuenta el episodio del armario que se abre solo—. Yo no creo que existan los fantasmas ni que las cosas se muevan solas.

—Muy bien Juan, explícamelo.

Yo no puedo explicarlo, claro. Fin de esa conversación. Y de tantas otras conversaciones.

15

CASOS REMATADAMENTE INEXPLICABLES

Comencé este libro advirtiendo al lector de que se encontraba ante una obra de ombliguismo puro y duro. ¿Cuáles serán, por lo tanto, los casos más rematadamente inexplicables? Los que me han sucedido a mí, por supuesto. Seguro que no serán los relatos más inverosímiles ni espectaculares, pero, cuando el misterio se vive en las propias carnes, y por lo tanto hay menos intermediarios de los que desconfiar, es más difícil mantener el escepticismo intacto.

Curiosamente, los dos sucesos más extraños que he vivido en *Cuarto Milenio* están relacionados de una u otra manera con mi compañera Clara Tahoces. Clara es la creyente superlativa, una auténtica buscadora de misterios permanentemente asomada al otro lado del espejo. Además de periodista y grafopsicóloga, es descendiente de la insigne duquesa de Osuna. Lamentablemente, algún antepasado debió de dilapidar fortuna y títulos, y Clara no ha podido heredar el precioso Jardín del Capricho de Madrid, aunque sí pudo dedicarle una novela titulada *El jardín de las brujas*. Recomiendo al lector que no deje pasar la oportunidad de dar un paseo por los

maravillosos senderos de este jardín y descubrir sus muchos secretos, sus mensajes masónicos y sus símbolos iniciáticos.

Por supuesto, mi relación con Clara empezó con mal pie por culpa de mi gran boca. Ella se incorporó a la plantilla unos años después que yo, y me sorprendió con un primer reportaje narrativamente muy bien estructurado. Lo cierto es que no es lo habitual, todo lo contrario: nuestros guiones tienden al caos más deslavazado y en ocasiones se desdibuja la debida separación entre planteamiento, nudo y desenlace. El reportaje de Clara era magnífico, así que me acerqué a su puesto de trabajo y le dije lo que pensaba. Hasta aquí todo bien.

Sucedió que en su segundo reportaje había una grabación psicofónica que, con sinceridad, me sonaba más a gato atropellado que a voz de ultratumba. Y yo, imbécil de mí, repetí la misma operación: me acerqué a su puesto de trabajo y le dije lo que pensaba. Pasé los siguientes meses intentando que me perdonase.

Clara tiene una sensibilidad especial para las psicofonías. Nadie sabe realmente la cantidad de horas que nuestra compañera pasa con la oreja pegada al altavoz revisando el material recogido en su inseparable grabadora portátil. Tanto esfuerzo se ve recompensado con una amplísima librería de voces del más allá (o del más acá, como en su segundo reportaje), muchas de las cuales, sorprendentemente, la interpelan sin rodeos: «¡Clara! ¡Clara!».

Saltamos varios años y llegamos hasta enero de 2020. Mi posición en el programa se ha afianzado y he conseguido mejorar notablemente mis condiciones laborales: ahora trabajo en una habitación con ventanas.

En esos momentos estoy editando la última intervención de Clara en nuestro plató, una investigación titulada «El fantasma negro».[1] El reportaje se había grabado en una vivienda de Málaga, donde la familia protagonista vivía asustada por el acoso de una entidad paranormal, de la cual daba cuenta fundamentalmente el hijo menor.

Resulta que hay un fenómeno recurrente en todo el mundo, una visión arquetípica que acecha a los más pequeños de la casa: la visión de un oscuro hombre con sombrero en sus habitaciones. Alguna triquiñuela en el cerebro infantil produce esta aparición

estremecedora. ¿Podría corresponder el caso de Málaga a esta tipología?

Clara acudió al lugar con un «equipo multidisciplinar», que es lo que decimos cuando a nuestros cazafantasmas los acompaña alguien con algún doctorado en ciencias. En este caso estaba acompañada por el doctor Miguel Ángel Pertierra, un médico de familia con la misión de evaluar la estabilidad emocional de los afectados, y por Paloma Navarrete, que hizo una más de sus increíbles actuaciones y nada más entrar en la casa centró su atención en el niño. Llegó a establecer contacto con una entidad que rondaba al pequeño y cuyo nombre parecía ser Michael, pero aquello no encajaba con el resto del relato de la familia y el dato del nombre quedó relegado a un segundo plano.

Clara tenía la impresión de que se enfrentaban a un *poltergeist* y no a una presencia espiritual. En estos casos los fenómenos están causados, de forma inconsciente, por la persona que los sufre. En otras palabras, el culpable no viene del más allá, sino de lo profundo de la mente de la víctima. Una crisis personal que desestabiliza su vida diaria, un secreto inconfesable que lastra su conciencia o un trauma reprimido que aflora en un momento dado son los disparadores que desencadenan las manifestaciones paranormales. La famosa película de Spielberg nos puede llevar a cierta confusión, ya que los espectros en busca de venganza y los cementerios ocultos en los cimientos de urbanizaciones americanas no parecen corresponder muy bien con la correcta definición de *poltergeist*. Donde sí acierta la película es en la recreación de los movimientos inexplicables de objetos domésticos, que son el rasgo distintivo de estos fenómenos paranormales.

Pues bien, la guinda de la investigación de Clara tuvo lugar cuando mis compañeros ya estaban recogiendo todo el material. En ese momento, una lámpara del salón comenzó a parpadear violentamente delante de todo el equipo. Nuestra intrépida reportera estuvo rápida de reflejos y llegó a documentar este insólito fenómeno mediante su teléfono móvil.

Bien. Yo estaba dando los últimos retoques a «El fantasma negro» y me disponía a entregar el programa terminado cuando escuché algo

en lo que no había reparado antes. Es posible que fuese un *drop*, es decir, una interferencia, un fallo del proceso de digitalización. Aumenté el volumen y localicé el ruido, un susurro lejano, una voz tan imperceptible que había pasado inadvertida durante toda la semana. Ahí estaba, y no, no era un *drop*. Habían transcurrido siete años desde el monumental *bluf* de la psicofonía de Belchite, pero esta vez se trataba de algo completamente diferente.

Era una voz en el plató de *Cuarto Milenio*.

Voy a explicar por qué este descubrimiento es rematadamente inexplicable.

Por lo general, el material de los investigadores es de baja calidad técnica. El trabajo contra reloj, la ajustada disponibilidad de medios y el improvisado desarrollo de cada grabación inunda mi ordenador de imágenes oscuras y borrosas a lo bruja de Blair, y de pistas de sonido con reminiscencias al soniquete del Canal Plus codificado. En estas condiciones se puede ver y oír todo lo que se quiera, claro. Si el que escucha la grabación está buscando voces, encontrará voces. Si antes de escuchar la grabación le avisan de que encontrará una frase concreta, la oirá de forma clara. Y si encima el simpático editor añade un subtítulo con dicha frase, hasta el más escéptico jurará haberla oído nítida y cristalina como el agua.

Un fantástico ejemplo de esto tuvo lugar en un campanario abandonado en el que entró Javi Pérez Campos en busca de quién sabe qué misterio. La iglesia se encontraba en estado ruinoso, el techo se había desplomado años atrás y en el interior de la torre habían anidado unas palomas. Me avisaron de que se había recogido allí unas voces misteriosas, y juro por Dios que en la grabación que Javi consiguió allí se oía:



Cucurrucucú
Cucurrucucú cú cú

Vete de aquí, Javi, cucurrucucú

En este caso estaba claro que no se trataba de un fantasma ni de un pájaro con malas pulgas, sino del esfuerzo de nuestro cerebro por poner orden y sentido al caos. Las palomas, lamentablemente, solo «parecían» estar amenazando a Javi. De esta forma la transcripción correcta sería algo más cercano a esto:

Cucurrucucú
Cucurrucucú cú cú
Vutu du uquú, juvu, cucurrucuc

¿Qué tenía de diferente la psicofonía que encontré mientras editaba «El fantasma negro» de Clara Tahoces? Estaba obtenida en el entorno más controlado y técnicamente más avanzado para la grabación: un plató de televisión.

En el estudio de *Cuarto Milenio* no se pueden colar ruidos del exterior, ya que está insonorizado. El interior del plató también es silencioso: de eso se encarga Tina, nuestra regidora, que siempre tiene a mano algo que lanzar a la cabeza del incauto que provoque el más mínimo sonido capaz de interferir en la grabación. En la mesa central todos los participantes están bien iluminados y enfocados, y la acción se registra desde ocho cámaras de alta definición. Todos los allí presentes tienen micrófonos de máxima calidad en la solapa.

Y, sin embargo, a pesar de todo, había una voz extraña en plató. Un grito ahogado, unas pocas palabras que no lograba entender, pero que se alzaban claramente sobre el ruido de fondo. ¿Qué decía mi nuevo amigo del más allá?

«Ommai...», pero eso no tenía mucho sentido. El tono era algo

agónico, como un lamento lejano.

¿«*Oh, my!*», tal vez? Quizá era un grito en inglés, no sería lo más raro de todo esto.

«Oh, Mike!». Si aquella voz decía algo, era «Oh, Mike!».

Entonces recordé las palabras de Paloma Navarrete hablando de que el niño estaba siendo vigilado por un espíritu llamado Michael. «Oh, Mike!».

Maldita sea, esto no podía ser verdad.

Lo escuché unas cuantas veces más, aumentando al máximo el nivel de ganancia. Me di cuenta de que justo antes de la voz se podía oír un golpecito, una especie de chasquido seco. Todos los seguidores del programa saben que una característica de las psicofonías es que vienen precedidas por un sonido exactamente así que se denomina *rap*.

La acción del plató no tenía nada de extraño. Clara le explicaba los pormenores de la investigación a Iker, que estaba sentado a su izquierda. A la derecha de Clara se encontraba el doctor Pertierra siguiendo atentamente la conversación. Nadie hacía el menor gesto de haber percibido el sonido que yo había encontrado.

Pude revisar el contenido de todas las cámaras, incluyendo diferentes planos generales de todo el plató y primeros planos de los participantes. La escena y sus alrededores estaban totalmente controlados. Iker, Clara y el doctor estaban muy quietos en ese momento, de forma que tuve que descartar que la voz fuese, en realidad, una de sus sillas chirriando. Lo cierto es que esas sillas nunca han chirriado, ni antes ni después de aquel día, y tampoco he vuelto a oír un sonido parecido al que había encontrado.

En una de las ocho cámaras, ampliando la imagen mediante zoom digital, me fijé en que Clara cogía un papel con la mano izquierda, lo que podría explicar el *rap* inicial. Pero ¿cómo explicar la voz que clamaba su nombre desde lejanas dimensiones ultraterrenales?

«Oh, Mike!».

En mi equipo de edición dispongo de sonido multicanal, es decir, puedo manipular por separado todas las pistas de audio. Esto sirve, por ejemplo, para aislar el micrófono de Iker y silenciar al resto de los

invitados.

Repasé uno a uno los tres micrófonos que tenía a mi disposición. En el micro de Iker no se oía nada. En el micro del doctor Pertierra tampoco. En el micro de Clara se oía perfectamente una voz que no era la suya.

Si la voz hubiese tenido un origen real en el plató, se tendría que oír por fuerza en los tres micrófonos. Incluso se podría llegar a triangular de qué lugar procedía el sonido tomando como referencia la intensidad con la que se oía en cada pista. Pero no podía hacer nada de eso porque la voz solo sonaba en el micro de Clara, como si alguien estuviese a su lado hablando muy bajito.

La hipótesis de la interferencia la descarto: no tenemos interferencias en los micrófonos, es algo que no sucede y, en caso de suceder, no sonarían así. Palabrita de técnico.

Cuando le conté todo esto a Clara, se asustó. Recordemos que el fantasma negro no era una presencia amable, era una figura oscura y temible que tenía a una familia entera angustiada.

—¡Oh, Dios mío! ¡LO LLEVO PEGADO! —Jamás olvidaré eso de «lo llevo pegado»—. ¡Se ha venido conmigo desde Málaga! —Y durante varias noches durmió con la grabadora junto a la cama por si aquella voz quería comunicarse con ella.

¿Cómo no voy a adorar un trabajo en el que esta situación es posible?

—Para mí hay un antes y un después de este caso —acabó diciéndome la gran Clara Tahoces, nuestra *true believer*.

Clara se llevó un susto y yo me llevé una nueva intervención en el programa junto a una buena dosis de entretenimiento de primera categoría. Ha pasado mucho tiempo y aún no consigo encontrarle sentido a todo aquello. Sinceramente, prefiero no darle muchas vueltas, porque mi cerebro se queja cuando le hago considerar lo que parece la explicación más probable: que un fantasma llamado Mike viajó quinientos kilómetros para hacernos una visita sorpresa en el plató de *Cuarto Milenio*.

16

CONVERSACIONES CON LA NADA

La oficina de *Cuarto Milenio* estaba bastante cerca de la madrileña estación de Atocha, donde cada día yo me bajaba del metro de camino al trabajo. Una mañana, tan apresurada como todas las demás, me encontraba cruzando a grandes zancadas los pasillos siempre decadentes que atraviesan el paseo de la Infanta Isabel por debajo de la calzada cuando me tropecé con un cartel realmente fantástico en un escaparate:



¿Experiencia demostrable? De no estar pegado en el cristal del «Museo del Tarot» habría pensado que se trataba de una broma ingeniosísima. ¡Cuánto debían de sufrir los encargados del departamento de Recursos Humanos de aquella empresa a la hora de hacer las entrevistas a los candidatos! El mundo está repleto de cosas disparatadas.

Sin embargo, mientras caminaba por la calle, empecé a darle vueltas al asunto y me di cuenta de que el autor del cartel y yo no éramos tan diferentes. Todo lo contrario, nos movíamos en ambientes bastante similares y nos rodeábamos de personas igual de extrañas. Es más, el cartelista y yo éramos mentes afines, hermanos intelectuales: no nos creíamos la mera palabrería vacía, sino que necesitábamos pruebas fehacientes, hechos comprobables. Exigíamos buenas referencias.

Era el año 2016, yo llevaba cinco años a bordo de la nave del misterio y cada día dedicaba un rato a poner a prueba los misteriosos talentos de nuestros videntes, buscando siempre el conejo en su

sombrero.

¿Por qué cuento todo esto? Porque el segundo hecho rematadamente inexplicable que viví en mis propias carnes tiene que ver con Paloma Navarrete, y creo que, antes de entrar en detalles, os debo describir mi experiencia como editor escéptico cuando se tienen compañeros que hablan con los muertos.

Tal vez la expresión «hablar con los muertos» no sea la más adecuada, ya que a todas luces lo que hacen es hablar con una esquina vacía mirando fijamente a la nada más absoluta. El cine nos tiene acostumbrados a una imagen del médium mucho más dramática, en la que abundan ojos en blanco, tableros ouija y violentos trances que terminan en un estallido sobrenatural. En *Cuarto Milenio* no tenemos nada parecido a eso: nuestros contactos con el más allá son muy de andar por casa y se parecen más a una charla de ascensor o a un encuentro fortuito en la cola del súper.

La primera vez que tuve que trabajar con el material de Paloma Navarrete no daba crédito a lo que veía, no tanto por lo sobrenatural, sino por lo delirante de la escena. Una señora de aspecto respetable se daba un paseo, péndulo en mano, hasta que perdía la mirada en alguna esquina oscura y comenzaba una conversación.

—Hola, ¿cómo te llamas?... Ajá, ¿y qué haces aquí?... Oh, eso está muy bien...

Paloma era capaz de estar media hora hablando al vacío, reaccionando con toda naturalidad ante un interlocutor que a todas luces parecía existir solo en su imaginación. Ella misma respondía a sus propias preguntas repitiendo en voz alta las respuestas que le daba el difunto de turno, adaptando el tono de su voz según edad, sexo y personalidad del fantasma. Todo tenía un empaque teatral y dramático: Paloma representaba ante nosotros una obra en la que interpretaba tanto a la médium como a sus «muertitos», como ella los llamaba.

En una ocasión tuve que cortar una gran parte de su intervención porque la mujer con la que Paloma había entrado en contacto era cordobesa y, por lo tanto, Paloma nos transmitía sus respuestas con un marcado acento andaluz. Demasiado bizarro hasta para *Cuarto*

Milenio.

Recuerdo uno de sus diálogos con el más allá, no sé decir dónde ni cuándo, durante el cual se giró discretamente hacia el redactor que la acompañaba y, con su áspera voz de fumadora cazallera, le dijo:

—Es una señora un poco maleducada, vestida a la antigua... y muy mal de pelos. —Esto último lo decía en un susurro para que el espíritu no la oyese y no se marchase ofendido.

A estas alturas no hará falta explicar que todos mis compañeros creen firmemente en las habilidades de nuestros sensitivos. No me extraña, claro, porque lo que sea que hacen lo hacen muy bien.

Una escena que se repite una y otra vez en mi día a día es la siguiente: estoy sentado en mi silla disfrutando del tercer café y revisando el material del último reportaje de Carlos Largo, de Javi Pérez Campos o de cualquiera de los redactores. Uno de ellos sale en mi pantalla acompañando a Paloma Navarrete o a Aldo Linares por algún lugar lúgubre. La grabación original que estoy viendo se compone de una única toma ininterrumpida que dura lo que dure la experiencia del sensitivo, una hora o quizá más. Ni Aldo ni Paloma disponen nunca de información previa ni se les comunica con anterioridad la localización exacta a la que los van a llevar. La acción comienza cuando el sensitivo llega al lugar y termina cuando nos han dicho todo lo que sus capacidades extrasensoriales son capaces de percibir. El resultado es una grabación caótica: el operador de cámara se las ve y se las desea para seguirlos sin saber nunca qué van a hacer, a dónde van a ir ni qué van a decir. Lo de nuestros sensitivos es un show de improvisación en directo.

Suelen empezar su actuación hablando de generalidades, como sensaciones negativas, malas vibraciones o campos de energías. «Energías»*...* Mi escepticismo se encuentra satisfecho con tanta palabrería vacía.

Entonces se dirigen a una habitación y comentan algo sobre que ahí el campo cambia. Se trata, según ellos, del lugar marcado, del foco con mayor intensidad del fenómeno, del punto donde sus visiones se acentúan y muchas veces se vuelven más oscuras. Y resulta que, curiosamente, es la misma habitación en la que el testigo, al que ellos

no conocen, dice haber visto una misteriosa sombra o lo que quiera que hayan visto. Me veo obligado a levantar una ceja, mi escepticismo carraspea.

Y en algún momento del recorrido, sin previo aviso, Aldo o Paloma sueltan una bomba. De entre toda la retahíla de divagaciones y murmuraciones ininteligibles surge una afirmación que acierta de pleno, que encaja como un guante en el caso.

Es cuando levanto el teléfono y llamo a Carlos, a Javi o al responsable del reportaje, y le digo, únicamente:

—Explícamelo.

Porque tiene que haber una explicación, ¿no?

La manera más simple de darle sentido a lo que acaba de pasar es atribuirlo a la mera casualidad, claro. Han acertado de chiripa. Esto suele aplicarse más fácilmente a Aldo, que en la misma experiencia es capaz de entrar en contacto con una presencia anciana e iracunda, con una monja del siglo XV, con un niño fantasmal y con algún que otro muerto mal enterrado. Así yo también acierto.

Sin embargo, hubo un caso en el que Aldo acertó de lleno y a la primera: «La casa de Adelina», su mejor intervención en *Cuarto Milenio*.[1] La historia es la siguiente: A mediados de los años setenta, Francisco Beltrán Martí, policía retirado, construyó una casa para su joven esposa, Adelina, y para su hija adoptiva, Rosa María, que entonces contaba con tan solo cinco años. La vivienda estaba alejada de cualquier población, oculta al mundo en una pedregosa estribación del monte Bolón (Alicante). Aquellas cuatro paredes se convertirían en una auténtica prisión de la que Adelina y la pequeña no podían salir nunca.

El hombre tenía un carácter violento e intratable, maltrataba a su mujer y la obligaba a vivir miserablemente. En agosto de 1977, después de una fuerte pelea, Francisco cogió su escopeta y disparó a Adelina en la cabeza en presencia de la pequeña Rosa María. Después obligó a la niña a ayudarle a ocultar el cadáver.

Cuarenta años después, Paco Pérez Caballero, nuestro experto en crimen y digno sucesor de su padre, el legendario Paco Pérez Abellán, recuperó la historia y decidió llevar a Aldo Linares a los

ruinosos restos de la casa de Adelina. Nada más bajar del coche Aldo comenzó a transmitir sus sensaciones:

—Aquí se ocultó algo y se ocultó bien —dijo señalando todo el entorno.

Era un inicio previsible, la típica frase vacía que corresponde a la acostumbrada palabrería genérica inicial: encaja, pero no significa gran cosa. Hasta aquí todo bien.

—Aquí se escondió algo, quizá sangre...

—Vaya.

Una peculiaridad de esta investigación es que en aquella casa solitaria no sucedió nada ni antes ni después del crimen: es un enclave con una única historia. Eso hacía inviable para Aldo emplear su habitual estrategia de aciertos por acumulación de visiones, allí solo funcionaría ser preciso.

Pues bien, durante su recorrido Aldo no solo mencionó la presencia de un hombre vigilante y maltratador, sino también la de una mujer sumisa y asustada. Finalmente salió de la casa y se dirigió a una zona rocosa del exterior, a unos cincuenta metros de la vivienda, donde no había nada más que piedras y matojos.

—Lo que pasase dentro se trajo aquí —dijo.

No supimos hasta más tarde que precisamente bajo aquellas rocas fue donde Francisco escondió el cadáver de Adelina. Ver para creer.

Una mentalidad escéptica puede seguir pensando que estos aciertos son solo casuales, pero es innegable que la flauta suena en tantas ocasiones que violamos flagrantemente las leyes de la probabilidad. Algo falla, es estadísticamente imposible dar el dato exacto soltando ideas al azar. Podría darse una feliz coincidencia una vez o dos, pero pasa con demasiada frecuencia.

La conclusión lógica es que no ha sido el azar, por lo que hay que buscar otra justificación. ¿Acaso tenían los sensitivos información previa a la grabación del reportaje? Muchas veces me los he imaginado en el tren rumbo a la ciudad de turno —pongamos, por ejemplo, a Granada—, repasando en Google todas las entradas de fantasmas en la Alhambra y el Generalife, leyendo sobre investigaciones anteriores de *Cuarto Milenio* allí y buscando en blogs

y hemerotecas digitales todo tipo de información que pudiesen emplear para fingir que entran en contacto con los difuntos.

El caso de Adelina, por ejemplo, tuvo un escaso reflejo en la prensa de la época, pero sirvió de inspiración para una película titulada *Una casa en las afueras* (Pedro Costa, 1995).

Sin embargo, muchas veces los sensitivos han acertado de forma increíble en casos totalmente desconocidos, ubicados en inmuebles privados y que no han trascendido de ninguna manera a los medios. Dicho de otro modo, no existe información previa.

Un día, mi compañero y buen amigo José Miguel, grafista con alma de empresario, llegó a la oficina con una historia de fantasmas y con un fantástico corte de pelo. Su peluquera, entre tijeretazo y tijeretazo, le había estado contando que vivía atormentada por una presencia sobrenatural que vagaba por su casa. Es curioso lo que te puede llegar a contar tu peluquera mientras se esfuerza para que el tupé que le has pedido cumpla con los estándares de calidad adecuados. Al parecer, la aparición de aquella terrible entidad solía venir acompañada de un extraño chirrido, un sonido metálico que no procedía de ningún lugar en concreto.

José Miguel le pasó el caso a Carlos Largo, que entrevistó a todos los implicados y, en un momento dado, decidió llevar a la vivienda de la peluquera a Paloma Navarrete.[2] Por supuesto, ella no disponía de ninguna información previa sobre el caso.

—Aquí hay una señora —diría Paloma—. Una señora de hace tiempo. Trabaja en una huerta y vende fruta. Se llama Elvira. Y Elvira va de acá para allá con su carretilla llena de fruta. Y LA CARRETILLA CHIRRÍA.

Claro, eso no es casualidad. Eso es imposible.

—Explícamelo —le suplico a Carlos a través del teléfono de la oficina, pero Carlos se ríe de mí.

—No sé cómo lo hace, Juan, pero ella lo sabe.

Llegados a este punto solo queda un cabo suelto: el reportero. El reportero de *Cuarto Milenio* conoce el caso desde el principio, y es él quien ha llamado al sensitivo para que se una a la investigación. ¿Debo desconfiar de mis propios compañeros? Reconozco que,

recién llegado al programa, lo hice durante un tiempo: todo estaba amañado, era una farsa. Aquellos reporteros debían de haberse puesto de acuerdo para engañar al público, estaba claro, y me imaginaba algún tipo de reunión secreta en la que habrían sellado un pacto de silencio eterno para reírse de todos nosotros mientras les pasan informes completos de cada reportaje a Paloma y Aldo.

Pero tomemos el caso de Elvira y su carretilla, sin ir más lejos. Precisamente a Carlos Largo le conozco desde antes de trabajar en *Cuarto Milenio*. Hicimos juntos la carrera en la Facultad de Ciencias de la Información, trabajamos codo con codo en alguna asignatura, y ya entonces destacaba por su serena honradez, su proverbial bondad y su perfil romano. Hace poco le estuve preguntando los detalles de un caso que no terminaba de encajar, y me dijo, con la más enternecedora sinceridad:

—Es el peor caso de mi historia.

Carlos no me mentiría.

Con el paso del tiempo llegué a la conclusión de que el resto de los compañeros eran tan honrados como Carlos. Los he visto quedarse blancos de asombro y volverse locos intentando corroborar el dato que ha dado el sensitivo y del que ellos no tenían noticia. También los he visto poner cara de alucinados al encontrar, gracias a las revelaciones de ultratumba, nueva información perfectamente real y demostrable sobre el caso que llevaban meses investigando. Y apuesto un brazo a que Carlos Largo sigue buscando a Elvira en los registros de Madrid.

Repasemos. Los videntes parecen saber cosas que es imposible que sepan, y debemos descartar la casualidad, el conocimiento previo del caso y la información privilegiada por parte de los redactores. Esto es muy incómodo para mí porque no lo entiendo, pero al mismo tiempo me divierte mucho y, en cierta medida, me obsesiona.

¿Cómo lo hacen? ¿Cómo?

A veces se me pasa por la cabeza que es un magistral truco de mentalismo, que Aldo y Paloma son inteligentísimos observadores capaces de deducir toda la historia a partir del entorno y de la reacción de las personas que los acompañan. Una suerte de Sherlock Holmes

con péndulo. En ocasiones se los puede ver discretamente pendientes de la respuesta del redactor, como si fuesen jugadores de póquer viendo hasta dónde pueden llevar su farol y adaptando su discurso en función de las cartas que van deduciendo que tenemos guardadas.

Pero esto no explica las veces que dan un nombre o una fecha.

Hace poco yo mismo me convertí en investigador y encontré una historia real partiendo únicamente de un nombre que Aldo Linares deslizó en una de sus experiencias.

Tenemos que volver al supermercado de Mérida donde los espectadores creyeron haber encontrado un oso de peluche poseso, pero que se acabó revelando como una víctima del culo de Javi Pérez Campos. Aldo estuvo en el supermercado, sintonizando con el ultramundo entre el pasillo de los congelados y el *stand* de los donettes.

«Aquí hay algo malo...», bla, bla, bla; «... aquí hay un camino de muertos...», bla, bla, bla; «... no sé cómo explicar lo que estoy sintiendo...», bla, bla, bla. El show de Aldo suele ser algo difuso, alejado de la prosaica concreción de las percepciones de Paloma; sin embargo, en esta ocasión me sorprendió. En un momento dado, nos cuenta que está viendo a una mujer, la describe a grandes rasgos y cruza unas palabras con ella. La mujer le da un nombre completo, Antonia Valverde.

Unas semanas después de la grabación estoy en mi puesto, rematando el programa que tengo que entregar. Mis compañeras han editado un reportaje fantástico que lleva por título *Un lugar cualquiera* (anteriormente *Terror en el supermercado*), y yo estoy terminando de editar la parte de plató correspondiente. Nadie ha vuelto a mencionar a Antonia Valverde, lo que significa que no había nada que mencionar al respecto: Aldo erró el disparo.

Pero qué magnífico habría sido encontrar a una Antonia Valverde relacionada con ese enclave concreto. Entonces se me pasa una idea por la cabeza: ¿y si mis compañeros, abrumados por las prisas como estamos todos, han pasado algo por alto? ¿Seré yo capaz de encontrar a Antonia Valverde?

Me pongo a buscar. Google me devuelve los perfiles de varias

Antonias en TikTok, LinkedIn e Instagram, y me doy cuenta de que no será fácil separar la paja del grano. Por fin entiendo la frustración del pobre Terminator al buscar a su Sarah Connor en un listín de teléfonos repleto de Sarahs Connor. Me compadezco de Terminator porque él no tenía un magnífico combo de herramientas de búsqueda web como el mío: añado palabras clave sobre Mérida, para afinar geográficamente los resultados, y, además, pruebo distintos rangos de fechas para asegurarme de que todas las Antonias que encuentre estén bien muertas y dispuestas a aparecerse en forma de fantasma de supermercado.

Finalmente consigo dar con mi Antonia Valverde, y menudo historión el suyo.

Antonia Valverde está muerta y requetemuerta: era una niña a la que le cayó una bomba encima durante el asedio republicano de la Guerra Civil. El 23 de diciembre de 1936 ella y otras dos amigas saltaron por los aires y adiós, muy buenas. Una cuarta niña sobrevivió y dio testimonio de la desgracia con pelos y señales. Todas habían salido del colegio de las Josefinas y, tras cruzar el famoso Arco de Trajano, se dirigieron a sus respectivas casas avanzando en dirección sur. Pasaron por la zapatería del padre de una de ellas, pero no llegaron hasta la siguiente casa: un obús les explotó en las narices poniendo drástico final a su vida. Cotejo la crónica que estoy leyendo con un mapa de la ciudad y me quedo estupefacto: la bomba cayó a pocos metros de la ubicación actual del supermercado. Ahora viene lo mejor. Resulta que Antonia era hija de un prohombre de Mérida, un reputado cirujano que en esos momentos estaba operando a destajo para intentar reparar los estragos causados por los ataques aéreos a la ciudad. Al recibir la noticia, el padre pregunta al mensajero si está totalmente seguro de que su hija está muerta. No hay ninguna duda. Entonces da la orden de que se lleven el cadáver de su hija a la casa familiar y permanece en el hospital operando a tantas personas como puede.

—Cuando acabe iré a casa a darle el último beso —dijo el doctor, o al menos así lo afirman diferentes crónicas.[3]

Menudo tipo. Consiguió ganarse la Gran Cruz de la Orden Civil de

Sanidad por este gesto heroico. Si esta historia de tragedias, muerte, honor y abandono no es digna de generar un fantasma, ninguna lo es.

Me quedé muy satisfecho con mi descubrimiento, claro, pero a la hora de comunicárselo a Javi lo hice con cierto reparo. Pensé que seguramente ya habría encontrado a mi Antonia Valverde por su cuenta y la habría descartado por algún detalle que a mí se me escapaba. Me equivoqué, Javi respondió con entusiasmo.

No puedo decir lo mismo de Israel Espino, una colaboradora habitual que se dedica a investigar los enigmas en Extremadura. Fue ella quien nos trajo el caso del supermercado donde Aldo se topó con Antonia. Al parecer, Israel no terminaba de encajar bien mi pieza de la niña bombardeada en su puzle, ya que Aldo hablaba de una mujer de mediana edad.

—Tal vez el fantasma no sea Antonia Valverde, simplemente nos está hablando de ella —le respondió Javi.

Con sinceridad, entiendo que Espino, que se disputa con Gonzalo Pérez Sarró el título de máximo experto en fantasmas extremeños, no estuviese muy contenta con la repentina aparición en escena de un técnico pinchateclas sabelotodo como yo.

De todas formas, hasta estas rencillas sin importancia sirven para evidenciar que nada de lo que pasa en el programa responde a un guion previo. Realmente varias personas, adultas, sobrias y en perfecto uso de nuestras facultades mentales, estábamos investigando, discutiendo y rebuscando en la hemeroteca a partir de la información que Aldo decía haber recibido de un espíritu. Vale la pena pararse a pensar en un hecho significativo: si yo no me hubiese puesto a buscar a Antonia Valverde, nunca se habría incluido en el programa y el nombre dado por Aldo habría sido un disparo al aire sin ninguna repercusión. Y, siendo así, ¿de qué le habría servido decirlo en un primer momento?

Tal como yo lo veo, solo queda una posibilidad: Aldo conocía previamente la historia, pero, al no haberla descubierto ni Javi ni Israel, estaba dispuesto a dejarla pasar y quedar de charlatán con tal de no revelar sus cartas.

No sé lo que pensarás tú, querido lector, pero ¿no te parece un

proceso demasiado retorcido? A veces buscarle la lógica al misterio acaba en explicaciones laberínticas más inverosímiles que el misterio en sí mismo.

Antes de concluir la investigación en Mérida se llevó a cabo otra experiencia complementaria que nunca se llegó a emitir. Luis Uriarte, un técnico colaborador al que recurrimos para hacer uso del arsenal de *gadgets* tipo 007 que tanto color da a nuestros reportajes, empleó un avanzado software de generación de retrato robot fotorrealista para que Aldo pudiese plasmar en imagen el rostro de la mujer que percibió en el supermercado.

El resultado era inemitible y potencialmente catastrófico: el fantasma tenía exactamente la misma cara que Lydia Lozano.

Para terminar con este caso, tengo que contar que, un día después de emitirse *Un lugar cualquiera*, Javi me envió varias capturas con las últimas valoraciones que el establecimiento había recibido en Google:

★★★★★
Recomiendo ir para sentir presencias y, por supuesto, comprar.

★★★★★
Los precios aquí están de miedo!!

★★★★★
Estaba a punto de comprar unas manzanas y de repente me tiraron una piña, pero no fue una persona, simplemente salió volando a mi cara.

★★★★★
Fui a por tomate en conserva y nada más entrar en la tienda un bote salió volando directo a la caja. Muy buen servicio, rápido y eficaz.


Siempre que voy a hacer la compra, los productos vienen volando a mi cesta, es genial, un sitio de diez!

17

FLORES PARA EL OTRO MUNDO

Es momento de abordar el segundo acontecimiento rematadamente inexplicable que he vivido en mis propias carnes, y que guarda relación con Paloma Navarrete.

Paloma falleció al principio del verano de 2022. Sus apariciones en el programa habían ido disminuyendo la frecuencia, sometidas al capricho de la enfermedad y de los años, y en *Cuarto Milenio* la echábamos de menos. Todas y cada una de las veces que Paloma volvía para acompañarnos en una investigación se convertían en ocasiones especiales.

Quizá el momento más memorable de Paloma fue su intervención en el programa 500, en el que consiguió adivinar los misterios que entrañaba la desconocida historia de la Academia Militar de la Sisla, en Toledo. Un buen puñado de altos cargos del ejército no durmieron bien esa noche.

La salud abandonaba poco a poco el cuerpo de Paloma, pero ni en el peor momento perdió un ápice de su arrollador carisma. Cuando Clara Tahoces la llevó al antiguo hospital de tuberculosos de Boecillo,

en Valladolid,[1] Paloma, que caminaba con dificultad colgada del brazo de mi compañera, decidió sentarse en los restos de un muro y dijo algo así como:

—Yo de aquí no me muevo. Si los muertitos quieren decirnos algo, que vengan aquí a verme.

Paloma Navarrete fue nuestro gran personaje y su desaparición ha dejado en el programa un vacío irremplazable. A su pintoresca puesta en escena se le sumaba un aire de abuela entrañable que hacía que fuese imposible no cogerle cariño.

Es curioso cómo los editores de vídeo desarrollamos vínculos emocionales con los personajes que desfilan por nuestros monitores. Muchos de los colaboradores del programa no saben quién soy yo, no me han visto jamás, y, sin embargo, yo trabajo con ellos casi a diario desde hace más de una década. Acabamos acostumbrándonos tanto a los invitados, a su forma de hablar, a sus gestos y a sus ideas que prácticamente se convierten en uno más de nuestra familia. Si me cruzase con Enrique de Vicente, con Vicente Garrido o con Pablo Vergel por la calle les daría un abrazo, pero seguro que ellos llamarían a la policía.

Lo mismo me sucedía con Paloma, a la que nunca llegué a conocer personalmente.

Como no podía ser de otra manera, Iker decidió que a la vuelta del verano empezaríamos la temporada con un homenaje a Paloma que llevaría por título «Médium».[2] Y con esa noticia nos fuimos todos a la playa.

Cuando volvimos al trabajo le dije a Camilo que yo quería encargarme de editar el primer reportaje de «Médium». Me hicieron llegar un guion que alguien había preparado y del que solo respeté una parte, ya que tenía una idea exacta de cómo tenía que quedar el arranque del programa: quería que fuese un retrato a la altura del personaje y que reflejase tanto su parte esotérica como su parte entrañable.

Recordé una grabación fantástica en la que Paloma utilizaba una bola de cristal, cosa poco vista en el programa porque a Iker siempre le disgustaron los accesorios de tarotista. Utilicé como tema musical

una reconocible pieza de la banda sonora de *Los Goonies*, pero no lo hice para saciar mi lado *nerd*, sino porque era la perfecta mezcla de misterio y de magia propia de cuento infantil. Dediqué una semana a preparar con esmero mi despedida para Paloma, rebuscando entre años de grabaciones para rescatar sus mejores momentos.

—¡Eres muy rara! —le gritaba un fraile gruñón desde el otro lado de la bola de cristal.

—Bueno, soy como soy..., no sé por qué —respondía ella, y fundido a negro.

Después de haber terminado esta pieza tuvimos un par de semanas de muchísimo trabajo antes de dar por terminado «Médium». Fue en aquellos días cuando me sucedió otro hecho rematadamente inexplicable.

Todo comenzó con un sueño, uno extraordinariamente concreto y vívido que, al contrario de lo que me suele suceder, pude recordar con pelos y señales al despertarme por la mañana. No era un sueño normal, o al menos yo no lo sentí como un sueño normal, sino que me desperté con la sensación inequívoca de haber vivido algo fuera de lo común. Se trataba de un sueño en tres escenas, y te aseguro, lector, que todo lo que voy a contar es totalmente fiel a la realidad.

Escena 1. Clara Tahoces y yo estamos haciendo un reportaje biográfico sobre Paloma. Yo nunca salgo de la oficina para un rodaje, soy un técnico de sala, pero aun así allí estaba. Habíamos decidido ir a la consulta de videncia de Paloma para grabar unos recursos de su lugar de trabajo ahora que ella había fallecido. Por alguna razón Clara se queda fuera y entro yo solo. En el despacho que hay en el interior del local me encuentro un escritorio lleno de papeles y, sentada detrás, a Paloma Navarrete. En el sueño yo sé que ella está muerta, así que entiendo que estoy viendo un fantasma. Ella me mira y me hace gestos amables, sonriendo y saludándome con una inclinación de cabeza. Aprovecho la ocasión para presentarme y decirle que me alegro mucho de haberla encontrado, ya que le tengo una gran simpatía y siempre había querido conocerla. No pronuncia palabra alguna, pero siento un enorme cariño por su parte.

Escena 2. El escenario ha cambiado repentinamente, ahora

estamos en el campo. Paloma está lejos de mí, en una ladera alfombrada de hierba verde. Ella está agachada recogiendo flores, moviéndose de forma lenta y suave. No parece estar nada dolorida ni achacosa: no hay enfermedad en mi sueño. De alguna manera yo sé que Paloma está recogiendo flores porque quiere llevarse algo bonito al más allá, a donde se dispone a cruzar a continuación.

Desde donde yo me encuentro no consigo llamar su atención, así que simplemente la contemplo mientras intento avisar a Clara para que se una a mi visión.

Escena 3. Clara me está intentando animar mientras lloro desconsoladamente. El hecho de haber contactado con el espíritu de un difunto ha tirado por tierra toda mi concepción de la vida y la muerte. Todo lo que yo creía cierto ha resultado ser erróneo y no sé a qué podré aferrarme de ahora en adelante.

Entonces me desperté. ¡Menudo sueño! Había sido extraordinario por la riqueza y originalidad de los acontecimientos, pero, sobre todo, por la claridad cristalina con la que los podía recordar.

Se lo conté a mi mujer, se lo conté a Diego Marañón y a Marta Riestra, se lo conté a todo el mundo con el que hablé, tal fue la impresión que me causó el sueño. Y, por supuesto, se lo conté a Clara. Clara Tahoces era buena amiga de Paloma y, además, es la autora de un ensayo titulado *Sueños. Diccionario de interpretación*.

—Juan, no te lo vas a creer —me dice Clara—. Precisamente esta tarde es el funeral de Paloma.

Habían pasado muchas semanas desde el fallecimiento de la sensitiva, pero la familia había decidido posponer la ceremonia hasta después de vacaciones para que los amigos y allegados que se habían marchado de veraneo pudiesen asistir.

Obviamente, esta revelación aportaba a mi sueño un profundo significado: había sido testigo de la despedida de una Paloma feliz, tranquila, una mujer que podía detenerse a recoger aquellas flores como si fuesen los últimos recuerdos hermosos que la habrían de acompañar en un viaje más allá del mundo terrenal.

Claro que yo no creo en estas cosas, así que lo mejor para mí sería no darle más vueltas y concentrarme en el trabajo. Sueños

premonitorios y vida tras la muerte no son cosas que vayan con Juan Berrueta, no señor. ¿Cómo no iba yo a soñar con Paloma si llevaba tres semanas trabajando de sol a sol en un programa monográfico sobre su vida? Sin duda, resultaba extraño haber tenido un sueño como el que tuve precisamente el día de su funeral, e igualmente extraño era que se hubiese tratado de un sueño tan singular y distinto a todos los demás. En fin, aquello era una rocambolesca casualidad extraordinaria, una carambola cósmica y nada más que eso. Y a trabajar, Juan, que queda mucho programa por terminar.

Me senté en mi puesto, todavía intentando asimilar lo que me había pasado, y apreté el botón de *play*. En mi pantalla apareció Enrique de Vicente, quien recordaba una anécdota personal:

—Paloma dijo a sus próximos que cuando se le acabara el propósito en esta vida, emprendería el vuelo, pero que se iba a quedar una temporada por aquí y que iba a hacer alguna broma. Decía que iba a hacer alguna de sus jugarretas, porque ella era burlona.

Jo.

—Es claramente un sueño de despedida —sentenció Clara.

Me gustaría pensar que la legendaria Paloma Navarrete me eligió como blanco de su chiste final, como único espectador de su último número de contacto con el otro mundo, solo que en esta ocasión tuvo que hacerlo mirando en dirección contraria. Tal vez cruzó el umbral con la risa floja sabiendo que yo, que siempre la había puesto en duda, me quedaría aquí devanándome los sesos, intentando entender su sueño. O quizá solo quiso darme las gracias por haber puesto tanto cariño a su último reportaje en *Cuarto Milenio*, ¿quién sabe?

Me gustaría pensar todo eso, pero este libro trata de las aventuras de un editor escéptico y no daré mi brazo a torcer. Eso sí, que yo no crea en revelaciones oníricas no quiere decir que tenga una explicación para todo lo que me sucede. Lo bueno es que, con independencia de lo que yo crea o deje de creer, por fin tengo la sensación de haberla conocido en persona.

18

UNA PILA DE LIBROS

En 1984 una aparición espectral aterrorizó a una trabajadora de la ilustre biblioteca pública de Nueva York. Hasta allí se desplazaron los mayores expertos en asuntos paranormales de la ciudad: Ray Stantz, Egon Spengler y Peter Venkman. Os estoy contando la primera escena de la legendaria película *Los Cazafantasmas*, por supuesto.

Durante su investigación, este genial equipo de científicos pudo recoger muestras de residuos ectoplásmicos acumulados precisamente en los puntos donde habían tenido lugar violentos fenómenos *poltergeist*.

Cerca de allí, en el suelo de un estrecho pasillo flanqueado por las interminables estanterías de la biblioteca, se encontraron con una alta torre de libros apilados.

—¡Amontonamiento simétrico de libros! —exclama Ray con gran asombro—. Igual que en la turbulencia masiva de Filadelfia de 1947.

—Tienes razón, ningún ser humano amontonaría los libros así.

La cínica contestación de Venkman es una de las líneas más recordadas de la película y se le han dedicado gran cantidad de

pósters y camisetas. Todo el diálogo me ha resultado siempre extrapolable a muchos casos de *Cuarto Milenio*, con un sabihondo misteriólogo recitando de memoria datos de interés cuestionable sobre sucesos supuestamente relevantes. Bastaría con reemplazar la «turbulencia masiva de 1947» por «el ovni de Petrozavodsk de 1977» o por «la aparición de San Zadornil de los años noventa» para convertir la conversación de *Los Cazafantasmas* en un extracto de cualquiera de nuestros programas.

Lo que nunca pensé es que en una de nuestras investigaciones viviríamos la misma situación casi punto por punto.

En septiembre de 2022, Clara Tahoces se desplazó a la librería Zocar de Jerez de la Frontera, un pequeño establecimiento abigarrado de libros en el que varios testigos aseguraban haberse topado con el espíritu de un extraño hombre vestido de negro. Nuestra reportera desplegó allí todo el arsenal habitual, montó un sistema de cámaras de seguridad, distribuyó grabadoras de sonido, hizo barridos fotográficos y llevó a cabo una experiencia de aislamiento.

Para poder llevar a cabo el mencionado aislamiento, el dueño del negocio le dejó a Clara las llaves de la librería. La experiencia iba a llevar mucho tiempo y terminaría bien entrada la noche, así que el librero le pidió al equipo que se encargase de cerrar y que estuviese allí a primera hora de la mañana siguiente para entregar las llaves y poder abrir al público en el horario habitual.

Durante el aislamiento de Clara no sucedió nada destacable más allá de la grabación de los habituales ruidos «inexplicables» y unas poco concluyentes percepciones de Aldo. Lástima, habría que conformarse con las migajas del misterio. Clara dio por finalizada la investigación, cerró la persiana, echó la llave y así se quedó la cosa.

Tal como estaba acordado, a primera hora le fueron devueltas las llaves al librero. Clara le estaba explicando el parco resultado de sus investigaciones cuando, al abrir la puerta, se encontró con que unos cuantos libros habían salido de sus estanterías y habían acabado cuidadosamente colocados en el suelo: ¡Amontonamiento simétrico de libros! Igual que en la turbulencia masiva de Filadelfia de 1947.

Cuando vi por primera vez el reportaje de «La vieja librería» aún no

estaba terminado del todo, pero el montaje provisional me pareció fantástico. El giro final era magnífico y me recordaba vivamente al principio de *Los Cazafantasmas*, película que adoro desde la infancia. Me gustó tanto que decidí hacer un tráiler juanito para publicitar este contenido desde la semana anterior a la emisión. La imagen de los libros apilados en el suelo me parecía muy potente, un símbolo de lo inexplicable, un icono y un guiño a la mejor película de fantasmas de la historia. Hice lo que una antigua jefa que tuve en *Gran Hermano* llamaba un montaje de «chanchanes y funfunes», es decir, un clip con música épica y textos impactantes que acababa con un «¡Boom! La semana que viene en *Cuarto Milenio*».

Acto seguido escribí a Clara para transmitirle mi enhorabuena por la escena de los libros apilados, pero su respuesta me dejó totalmente descolocado:

—Calla, calla —me dijo muy abatida—, y olvídate de tu tráiler. Me han hecho quitar el final de la pieza.

Querido lector, tú nunca has visto esas imágenes porque se eliminó la secuencia entera.

No supe por qué Iker tomó esa decisión y nunca pregunté. Puede haber mil causas distintas: el reportaje duraba demasiado, no se entendía bien lo que había sucedido o, tal vez, el apilamiento de libros olía a chamusquina. Probablemente el librero guardaba un segundo juego de llaves y nos la estaba intentando colar.

Nada de eso podía aliviar el desengaño de perder tan extraordinario desenlace, y a Clara y a mí nos quedaba el regusto amargo de una sospecha que crecía un poco más cada día que pasaba: el misterio estaba desapareciendo de *Cuarto Milenio*.

En noviembre de 2020, Iker hizo una reflexión muy sincera en su editorial final, estilo Gabilondo, lo que los tuiteros conocen como «la chapa»:

> ¿Cuántas veces hemos investigado sobre el terreno en fenómenos presuntamente extraños? Les hablo de los superclásicos en los que ocurre aparentemente algo: presencias, voces... ¿Qué hemos obtenido en todos estos años? Muy poco, real y objetivamente muy poco.
>
> Después de quince temporadas, uno se pregunta por qué tanto esfuerzo para

> un tema tan esquivo. ¿Existirá? Pues yo creo que sí, hay mucha gente a la que le cambia la vida cuando esto le ocurre, pero cuando un equipo va son migajas, y yo estoy bastante cansado de las migajas, me interesa mucho más la ciencia, la mente, la criminología. Veo otro tipo de resultados.[1]

¿Qué estaba sucediendo? ¿Estaba Iker traicionando la esencia que hacía del suyo un programa único?

Cuarto Milenio siempre ha sido más que un programa de fenómenos sobrenaturales, mucho más: es un compendio de historias extrañas, ciencia, arte, crimen, arqueología... Es un gabinete de curiosidades donde hay espacio para temas de sucesos, barcos hundidos, escaneos cerebrales y ufólogos trasnochados. Es el cajón de sastre del misterio, porque la vida en sí misma es un misterio y, por lo tanto, todo tiene cabida dentro del programa.

Hace unos años pude deslumbrar a mi suegra y demás familia durante una visita al Museo Arqueológico Nacional contándoles detalles sobre las damas íberas entronizadas, sus ceremonias de enterramiento y los pormenores de sus descubrimientos. En otra ocasión, mi cuñado Javier, un erudito versado en mil materias, me miró con renovado respeto al explicarle el interés de la Ahnenerbe nazi por España. Puedo señalar con enorme precisión todas las partes del cerebro humano y explayarme hablando del proceso de poda sináptica en el cerebro del niño. No hay quesito del Trivial que se le resista a un fan de *Cuarto Milenio*.

Y, sin embargo, tras quince años en antena, el programa no ha conseguido librarse del cliché de los fantasmas y de los ovnis. Cualquier otra temática que abordemos, con independencia del rigor o del prestigio del invitado de turno, queda manchada por la llamativa etiqueta que lleva colgada el programa. Es comprensible que así sea, es muy difícil mantener la credibilidad cuando alternamos la ciencia con los péndulos de los videntes, pero eso a Iker le mortifica. Él enfrenta con la misma seriedad todos los temas y quiere ser reconocido como periodista y no como *showman*. De ahí su jugada maestra, el volantazo definitivo al programa después del profético programa sobre el coronavirus.

A principios de 2020 nadie sabía nada de lo que pasaba en China,

todo era un lío de titulares dudosos que se contradecían los unos a los otros, pero, a finales de febrero, logramos juntar suficiente información como para hacer un programa que acabaría reescribiendo la historia de *Cuarto Milenio*. Se grabó el 20 de febrero y conseguimos sentar en nuestra mesa a gente lo bastante bien informada y con la suficiente valentía como para avisar de lo que estaba a punto de suceder, aunque estaba claro que un mensaje tan alarmista iba a terminar en un linchamiento público.

> Sabemos que los pacientes graves necesitan ventilación mecánica en muchos de los casos... ¿Tiene España acceso a un número suficiente de respiradores para cubrir esos casos? España tiene una grave crisis de camas de cuidados intensivos, ¿qué podemos hacer para incrementar ese número de camas?
>
> [...]
>
> ¿Qué va a hacer el Gobierno para garantizar las mascarillas? ¿Cómo se va a proteger al personal médico para que siga teniendo acceso a las mascarillas? ¿Cuál es el protocolo? ¿Qué medidas concretas tiene? Es el momento de prepararse.
>
> [...]
>
> Para no contagiar a nadie debe quedarse catorce días en casa, eso significa que tiene que tener comida, medicación, papel higiénico.
>
> [...]
>
> ¿Cuál es el plan B?

Todo esto lo dijo nuestro colaborador Pablo Fuente en *Cuarto Milenio* semanas antes del cierre total, y nadie le dio el más mínimo crédito. A pesar de las burlas y las descalificaciones iniciales, el innegable acierto de todo lo que se dijo en aquel programa le puso a Iker a tiro su sueño dorado: el reconocimiento de su propio gremio. Era hora de terminar con la risa floja y el chiste fácil.

Primero lo hizo a través de canales digitales, y más tarde se inventó un nuevo formato, *Horizonte*, que ya lleva más de cien programas y ha

logrado la Antena de Oro 2022.

Respondiendo ahora a la pregunta que formulé antes: no, Iker no ha abandonado el misterio. Cada domingo seguimos emitiendo el penúltimo intento de nuestros reporteros por capturar lo imposible. Tal vez hayamos aligerado algo del equipaje que lastraba la nave, aquellos simpáticos invitados delirantes y sin complejos que antes tenían cabida en nuestra mesa, pero que ahora no terminan de encajar. ¿Qué fue de gente como Parcerisa y su realeza Anunnaki, que gobernaba en secreto el mundo desde su trono reptiliano? ¿Dónde quedó Santiago Vázquez exclamando «¡Origen preternatural!» con su voz engolada y su pelo con brillantina? ¿Volverá Jaigarr a mostrar sus esquemas conspiranoicos pintados con Plastidecor y repletos de juegos de palabras de nivel preescolar?

Lo cierto es que las intervenciones de determinados invitados, cuyos nombres no mencionaré, me hacían preguntarme si no sería conveniente llevarlos con algún terapeuta antes que a un plató de televisión.

Y la pregunta clave: ¿vale la pena perder todo este colorido a cambio de un poco de prestigio? Yo no tengo la respuesta. Desde luego, me encanta estar en un programa vivo, cambiante y capaz de reinventarse. Los nuevos aires han traído de la mano oportunidades increíbles, como el ya mencionado *Horizonte*, *La mesa del coronel* o *Futura*, formatos todos ellos muy interesantes, tal vez demasiado interesantes para la televisión en España.

Por otro lado, cambiaría ahora mismo cinco doctores Alonso con su amplia ristra de títulos académicos por un solo bloque de entretenimiento asegurado con Santiago Vázquez. Es una cuestión personal, claro está, pero, cuando empecé a escribir este libro, no se me pasó por la cabeza hablar de otra cosa que no fuesen fantasmas y ovnis. Aunque no sea lo único de lo que hablamos, sí que es lo más divertido.

No me lo pasaría tan bien en este trabajo si yo fuese un creyente más. Para mis colegas, tan convencidos de las más estrafalarias posibilidades, ver *Cuarto Milenio* debe de ser tan aburrido como ver el telediario: cinco muertos en Ucrania y tres apariciones de carretera.

Por el contrario, yo creo que estos temas inexplicables son mucho más apasionantes cuando se abordan desde el escepticismo. Buscando incansablemente el sentido al sinsentido es cuando se les encuentra la gracia a las abducciones, las chicas de la curva y los mensajes del más allá. Cada caso, cada testimonio, cada reportaje es un rompecabezas por resolver: ¿qué le sucedió realmente a este señor que le lleva a contar que ha visto un ovni?, ¿cómo es posible que un sensitivo nos esté dando datos que es imposible que conozca?, ¿de dónde proceden estos sonidos que ha registrado nuestra grabadora?, ¿cómo se pueden explicar todas estas cosas cuando no se cree en ninguna? Ese es el reto.

EPÍLOGO

Hace apenas media hora que el sol ha conseguido disipar la neblina mañanera que a diario me da los buenos días en mi nueva casa. Mis cinco laureles están perlados aún de gotas de rocío y el aire huele a hierba y a limpio. No deja de sorprenderme ese derroche de humedad en estas latitudes, y es que uno siempre se imagina la estepa manchega como un terreno árido y estéril, un yermo polvoriento donde la vida humana es prácticamente imposible. O, al menos, así lo percibimos los que hemos nacido en Asturias.

Lo cierto es que el suelo sobre el que se alza la casa pertenece a la zona de actividad volcánica más reciente de toda la península ibérica: el Campo de Calatrava, en Ciudad Real. ¿Quizá por esa razón era tan barato el precio del metro cuadrado? Será mejor que compruebe si el seguro del hogar cubre una erupción piroclástica en el garaje antes de seguir escribiendo.

Vale, no, no lo cubre.

Contemplo desde mi jardín la cima del viejo volcán de Cabezo del Rey mientras me tomo una taza de café. Distingo con claridad la ermita que los lugareños construyeron en la mismísima cumbre, casi como si quisieran echar un pulso de poder entre el subsuelo incandescente y las alturas celestiales. «Aquí sabrán lo que se hacen —pienso yo—, y parecen confiar en que el volcán no se va a despertar de su letargo milenario y a lanzar a su patrón por los aires en medio de una nube de fuego y azufre».

Con este pensamiento tan positivo apuro mi café y vuelvo a mi

puesto de trabajo.

Hace tiempo que la producción del programa abandonó la vieja oficina de Alfonso XII número 8 con su cartel de EL BAÑO HIEDE y el cepillo de dientes comunitario de Pablo Villarrubia. Ahora contamos con una nueva oficina en la que tenemos hasta un *jacuzzi*, pero casi toda la plantilla trabaja desde su casa gracias a la revolución telemática que trajo la pandemia. Aprovechando la ocasión, mi mujer y yo decidimos liarnos la manta a la cabeza y mudarnos a este pequeño pueblecito manchego.

En efecto, ahora edito *Cuarto Milenio* desde la serena quietud que se respira en este lugar, a medio camino entre olivares y queserías. Hace unos años, Iker y Carmen se independizaron de Cuarzo y tomaron las riendas del programa constituyendo su propia productora, Alma. El cambio de empresa trajo consigo la nueva (y mayormente desértica) oficina, alguna que otra oportunidad laboral y, más importante aún, una novedad que intenta hacernos olvidar las galletas socializadas y los polvorones de Pepe Ortiz: la cesta de Navidad. Dentro de poco tendré que hacer un viaje a Madrid para recoger la mía. Lo que son las cosas: no hace mucho pasaba más tiempo en la oficina que en mi propia casa y ahora tengo que planear un viaje de doscientos kilómetros para recoger mis turrones.

Sorprende pensar en todo lo que ha cambiado el panorama en los últimos tiempos.

Muchos compañeros permanecen en sus mismos puestos desde el día en que salí del ascensor de los títulos de crédito, pero otros han seguido su camino y cedido el testigo a nuevas incorporaciones que, como yo, descubren alucinados lo único y sorprendente que es *Cuarto Milenio*.

Javi Pérez, por supuesto, sigue al pie de cañón. Él vive en Ciudad Real capital, lo que nos convierte en vecinos, ya que aquí las distancias no se miden como en Madrid y todo está absurdamente cerca. El otro día quedé con él para desayunar y apareció con un ejemplar de su último libro, *Immaturi*, dedicado para mí. No recuerdo haberle chantajeado para que me lo trajera, así que asumo que se trató de un gesto de pura y genuina amistad.

Después de la ineludible charla genérica e insustancial sobre familias y jefes, Javi sacó su móvil y me enseñó unas fotografías de viejos recortes de periódico con unos magníficos titulares:

Un joven matrimonio acosado
por el «más allá»

Un matrimonio normal
para una situación paranormal

Toñi comenzó a ver,
unos días después de su boda,
el rostro amenazador de
un difunto.[1]

—Mira esto —me dijo, y pude percibir en su tono una mezcla de emoción e impaciencia—, llevo años detrás de este caso, pero no he conseguido averiguar qué casa es. Pero sí sé una cosa... ¡Está aquí mismo, en tu pueblo!

La noticia era de diciembre de 1989 y hablaba de la familia Calero, una pareja que, cito textualmente: «lleva marcado en el rostro el sufrimiento desde hace cuatro años». Yo acababa de mudarme a este lugar y no conocía a ningún Calero ni a nadie más allá del panadero y de las cajeras del súper. En el resto de la noticia no se daban datos concretos, no había direcciones exactas ni pistas para localizar a los protagonistas.

Me señaló, entonces, una fotografía publicada en aquel viejo diario de provincia. Era una imagen en blanco y negro del exterior de una vivienda de una sola planta, con acabados sencillos, toscos, puertas con perfiles de aluminio y un embaldosado pasado de moda enmarcando las ventanas. El pie de foto rezaba: «Esta casa es testigo de escenas paranormales».

—Te juro que llevo años con esto, preguntando a mucha gente,

pero no hay forma de encontrar la casa.

No me extrañó, claro. La fachada de la fotografía era exactamente igual que la fachada de cualquier casa de cualquier aldea castellana y, además, tengamos en cuenta que había pasado el suficiente tiempo como para que la hubieran reformado o derribado. Sin embargo, no pude dejar pasar esta oportunidad de echar una mano en una investigación sobre el terreno. ¡Fantasmas junto a mi propia casa!

Javi y yo nos despedimos después de prometerle que le ayudaría con su caso. Solo se me ocurrió una forma de averiguar algo, y fue recurriendo al grupo de WhatsApp de padres del equipo de fútbol de mi hijo mayor. El pueblo es pequeño, y la gente, muy maja; quizá hubiera algo de suerte.

Me pregunto si así es como investigan los tenaces periodistas de la vida real. Quién sabe, quizá Woodward y Bernstein se veían con Garganta Profunda en los entrenamientos de los niños.

Sea como sea, lo cierto es que en veinte minutos tuve en mi teléfono la dirección exacta de la casa encantada del pueblo marcada en un mapa. La llamaban «la Casa de los Espíritus» y, como era previsible, había sido notablemente reformada, lo que la hacía irreconocible si se comparaba con la fotografía de los años ochenta.

Pero ahí estaba y ahí está todavía. Esa misma tarde me acerqué a verla, pero no conseguí comprobar si estaba habitada o no. De haber alguien dentro, no podría tratarse del matrimonio Calero, ya que en la noticia que me enseñó Javi se explicaba que ellos habían abandonado el hogar al poco tiempo de haberse instalado, incapaces de soportar toda la fenomenología paranormal que los atormentaba.

¿Tendrían algo parecido que contar los nuevos dueños? ¿Conocerían la extraña historia de su vivienda? ¿Habrían experimentado en sus propias carnes algún suceso inexplicable?

> [...] Toñi vislumbró una cara desconocida encima del armario; era el rostro de un anciano al que, más tarde, conseguiría ver entre las paredes y reflejándose en la ventana. La aparición también le habló a Toñi en alguna ocasión, y fue para advertirla de que se fuera de esa casa, que era suya.

De haber un fantasma allí instalado, me imaginé que seguiría en las mismas. Y en ese momento brotó en mi mente una idea fija, una determinación que nunca pensé que fuese a pasar por mi cabeza de editor escéptico.

—Javi, si retomas el caso, si algún día vas a llamar a la puerta, yo voy contigo.

Así era. Tenía que verlo, sentía la necesidad de enfrentarme en persona con gente como la que, durante todos estos años, había estado desfilando por el monitor de mi equipo de edición. ¡Qué fácil había sido tomármelo todo a broma desde la distancia!

¿Sería capaz de juzgar tan alegremente a los protagonistas del misterio cuando me encontrase con ellos cara a cara? No dejaba de preguntarme si, mirándolos a los ojos, sería más difícil afirmar categóricamente que estaban sugestionados, que eran demasiado crédulos o demasiado supersticiosos.

Además, la posibilidad de estar allí me permitiría comprobar *in situ*, de manera fehaciente y definitiva, que los redactores no eran culpables de inducir a los testigos.

Sí, había llegado el momento de dejar la seguridad de mi silla de oficina. Después de más de diez años en la sala de máquinas de *La nave del misterio* había visto, oído y editado de todo. Muchas cosas imposibles de creer, excepto para mis compañeros. Y muchas otras imposibles de explicar, incluso para mí. Pero acabé encontrando una barrera infranqueable, un muro de incredulidad que no se puede atravesar sentado frente a un ordenador. Lo cierto es que sigo sin saber quién era «Oh, Mike!», sigo sin entender por qué el conejo de la estantería empezó a reírse y sigo sin comprender mi sueño con Paloma.

Estaba decidido, tenía que salir «ahí fuera», como Mulder y Scully en *Expediente X*, sobre todo porque «ahí fuera» estaba ahí, a literalmente seis o siete calles de mi casa.

Debo confesar que mi motivación se dividía a partes iguales entre la irrefrenable curiosidad del investigador y la certeza de que esta nueva aventura sería un epílogo magnífico para el libro que tienes entre las manos.

Bien, lo primero que aprendí en mi proceso de conversión en reportero del misterio es que las cosas de palacio van despacio. Entre la conversación con Javi y el día en que finalmente habría de llamar a la puerta de la Casa de los Espíritus pasaron semanas y semanas. Mientras tanto, las cenas con amigos y sus preguntas sobre mi trabajo siguieron repitiéndose con mínimas variaciones, y muchas de ellas acababan con un repaso a los fantasmas que había visto cada uno en su casa. Querido lector, si eres de los que piensan que es imposible seguir contando historias inexplicables después de tantas temporadas, te invito a hacer una sencilla prueba: en la próxima reunión social a la que asistas, pregunta quién ha vivido alguna experiencia similar.

Por fin llegó el día, un viernes lluvioso y deprimente. Elegí con cuidado la ropa que me iba a poner, pensando en causar la mejor de las primeras impresiones. Quería minimizar todo lo posible el impacto que puede producir la aparición de dos tipos en tu casa preguntándote si estás siendo víctima de algún fenómeno paranormal. Una vez más, acudió a mi mente la película *Los Cazafantasmas* y el genial anuncio de televisión que grabaron sus protagonistas para darse a conocer en las calles de Nueva York: «¿Le preocupan ruidos extraños a medianoche? ¿Siente usted terror en su sótano o buhardilla? ¿Alguien de su familia ha visto un espíritu, espectro o fantasma? Si la respuesta es *sí* no espere ni un minuto más. ¡Nosotros sí le vamos a creer!».

Quedé con Javi en la misma cafetería de la otra vez, donde me explicó cómo suelen ser los primeros pasos sobre el terreno cuando comienza una nueva investigación. Él no estaba muy contento teniendo que hacer una visita a puerta fría, hubiese preferido una primera toma de contacto a través del teléfono. Una llamada habría sido un método menos invasivo, sin duda, pero yo no pude conseguirle el número. Confieso que tampoco lo intenté demasiado, ya que, si la llamada salía mal, corría el riesgo de quedarme sin epílogo.

Repasamos juntos los detalles del caso y volví a leer los viejos recortes de prensa.

Objetos que vuelan y se estrellan contra un espejo que nunca se rompe,

golpes de manos invisibles en la cabecera de su cama de matrimonio, lámparas que se mueven violentamente y rotura de jarrones y vasos son escenas ya cotidianas en la casa de la familia Calero.

De no haber sido por el mal tiempo, no nos habría hecho falta coger el coche, así de cerca estaba la vivienda. La lluvia arreciaba y repiqueteaba contra el parabrisas. Contemplamos por un momento la sencilla edificación, que no se diferenciaba de cualquier otra de esa misma calle. Las persianas estaban bajadas y no había signos de vida.

—Hay un coche aparcado justo delante, eso es buena señal —dijo Javi, y entendí que, en el pasado, él había estado muchas veces en la misma situación.

Pero allí no había nadie. Llamamos varias veces y golpeamos la puerta, sin obtener ninguna respuesta del interior. Estábamos a punto de darnos por vencidos cuando apareció en escena una señora, una mujer menuda y de edad indeterminada, que se cobijaba del aguacero bajo un paraguas descolorido mientras regresaba a su casa cargando las bolsas de la compra.

—Perdone, ¿sabe usted quién vive en esta casa? —preguntó mi compañero, haciendo gala de la determinación del periodista que persigue una historia.

—¿Aquí? Aquí había una vieja farmacia, y detrás está la vivienda de los dueños, pero ahora no hay nadie. No hay nadie aquí, no. ¿Quiénes sois vosotros?

—Yo soy Javier y este es mi compañero, Juan. Trabajamos en *Cuarto Milenio*. —La señora hizo un gesto que no supe descifrar—. Hemos leído en un viejo periódico que, hace tiempo, en esta casa, tuvieron lugar fenómenos extraños. Al parecer se habló de fantasmas.

—¡Ah, sí! ¡Claro! Pero no es esta casa, es esa de ahí, la de enfrente —dijo señalando al otro lado de la calle—. Ahí pasaban cosas.

Mi habilidad como guía en mi propio pueblo dejaba mucho que desear, pero, por fin, habíamos encontrado el sitio que buscábamos.

—¡Muchas gracias, señora!

—Nada, nada —dijo.

Tras alejarse unos metros, se volvió hacia nosotros y añadió:

—¡No les digáis que os lo he dicho yo!

«Esto es el ruralismo mágico», murmuró Javi cuando la señora ya se había perdido de vista bajo la lluvia. Cruzamos la calle y llegamos hasta la entrada de la casa. Comprendí que su puerta, como todas las puertas de todas las casas de todos los pueblos y ciudades del mundo, no era sino un signo de interrogación. ¿Qué secretos se escondían detrás de ella, a un timbre de distancia? ¿Podría creerme lo que me fueran a contar sus habitantes, aunque fuese en contra de mi concepción de la vida y de la muerte? ¿Se pondrían nuevamente a prueba mis convicciones? La verdad estaba ahí dentro.

Tragué saliva, estiré el brazo y llamé al timbre. Nos quedamos esperando respuesta durante unos segundos. Sin lugar a dudas, y valiéndome de las palabras del inmortal Ortega y Gasset, «el mundo del misterio entroja muchas cuestiones».

AGRADECIMIENTOS

Este libro es una casualidad cósmica, el resultado inesperado de los caprichos del azar o, valiéndonos del magnífico término que nos enseñó Iker en algún *Milenio* remoto (anterior a mi etapa), una serendipia.

Muchas personas han contribuido directa o indirectamente a que acabe impreso en negro sobre blanco, y no sé si puedo acordarme de todas.

En primer lugar, quiero agradecerles a Iker y a Carmen que me hayan dado la oportunidad de formar parte de la familia de su programa y que se hayan mantenido fieles a sí mismos a las duras y a las maduras. Sin esa actitud, *Cuarto Milenio* no habría llegado tan lejos. Gracias por tantos años de confianza y por el apoyo que me habéis brindado en este nuevo proyecto.

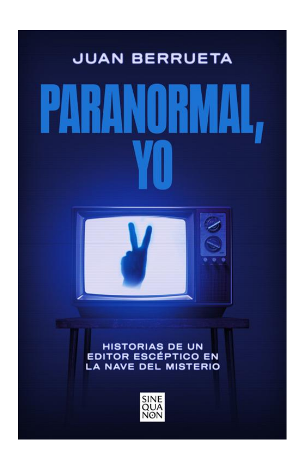
Un agradecimiento especial para mi mujer, Carmen, para Ana Delgado y para Diego Marañón, mis más cercanos asesores y mis tres primeros revisores de estilo. Detrás de las quejas que yo hacía a cada una de vuestras sugerencias se escondía, en realidad, mi más sincera gratitud.

En una etapa posterior, también pedí la opinión de mi compañero Javier Pérez Campos. Me consta que se leyó el texto íntegro estando a remojo en su bañera, en un intento desesperado por bajar la fiebre que le hostigaba. Esta imagen de Javi leyendo mi libro totalmente desnudo me acompañará por siempre. Gracias por eso.

Y, por último, agradecer a todos los demás compañeros que también han sido parte de mis andanzas como editor escéptico: Camilo, Marta, Paloma, Noe, Chemi, Carlos, Juanma, Ana, Bego, Clara y tantos otros que están o que estuvieron a mi lado estos años. Muchos han accedido a ser personajes de mi libro sin siquiera exigir

revisar el texto antes, lo que interpreto como un increíble gesto de confianza. Gracias a todos, chicos. Ahora ya no vale enfadarse.

Ciudad Real, 14 de marzo de 2024



Este libro nos desvela lo que ocurre detrás de las cámaras de *Cuarto Milenio*, uno de los programas de televisión más legendarios de nuestro país y que cada semana sigue atrayendo a una enorme audiencia de fieles seguidores.
Juan Berrueta, uno de los editores del programa, nos cuenta en primera persona -con humor, respeto y mucho amor-, aventuras y curiosidades de un espacio convertido en un icono de la cultura pop: sus casos más misteriosos, la seriedad con la que sus compañeros persiguen las historias más extrañas, los fenómenos inexplicables que han vivido detrás de los focos, la pasión de Iker Jiménez y sus charlas motivacionales, las rarezas de su oficina... En definitiva, nos muestra cómo es trabajar en la nave del misterio siendo un escéptico enrocado en el «Yo no me creo nada».

El resultado es una incomparable crónica sobre los secretos de Cuarto Milenio. En palabras de su presentador:

«Leyendo sus páginas me he dado cuenta de claves que intuía, pero de las cuales no tenía certeza. Sé lo verdaderos que somos, sé lo insólitos que somos, sé lo auténticos que somos y, en parte, este deslumbre ha venido con las letras llenas de ese sarcasmo tan peculiar, llenas de ese humor vitriólico, llenas de esa falta de

complacencia de mi amigo Juan Berrueta».

Iker Jiménez

Juan Berrueta (Oviedo, 1983), editor del programa *Cuarto Milenio*, siempre se sintió atraído por el cine y la televisión. Dejó atrás su Asturias, patria querida, y se fue a Madrid para formarse en Realización de Audiovisuales y Espectáculos y, más tarde, licenciarse en Comunicación Audiovisual en la Universidad Complutense. Durante sus años de estudiante descubrió su primera pasión: la edición de vídeo. Ha trabajado en programas de televisión tan conocidos como *Gran Hermano* o *Fama, ¡a bailar!*, aunque lleva ya más de diez años dedicados por entero al montaje de Cuarto Milenio. Su segunda pasión es la escritura, y *Paranormal, yo* es fruto de ambas.



Primera edición: mayo de 2024

Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona
Diseño de portada: Penguin Random House Grupo Editorial / Andrea Ferrandis
Fotografía de portada: © Bet_Noire / iStock

ISBN: 978-84-666-7882-7

Compuesto en M.I. Maquetación, S.L.

Facebook: penguinebooks
X: @penguinlibros
Instagram: @edicionesb_es Youtube: penguinlibros
Spotify: penguinlibros
TikTok: penguinlibros

«**Para viajar lejos no hay mejor nave que un libro**».

EMILY DICKINSON

NOTAS

2. A Bordo de la nave

[1] *Cuarto Milenio*, programa 730.

[2] Entrevista de Iker Jiménez para <cuatro.com> (1 de septiembre de 2014).

[3] *El libro de Expediente X*, de N. E. Genge (Emecé, 1996).

[4] Ambos libros de Angus Hall (Editorial Noguer, 1976).

4. Voces del más allá

[1] *Cuarto Milenio*, programa 243.

[2] Se preparó el desmentido correspondiente para la semana siguiente, es decir, *Cuarto Milenio*, programa 244.

5. Una cuestión muy seria

[1] Para este comentario me he documentado en una fuente que entiendo como muy fiable, el *Cosmopolitan*. «Moldeables como el agua, son tachados de ser los más dramáticos del zodiaco, pero con su sensibilidad conquistan todos los corazones».

[2] Se trata de un sonido de grito agónico que se lleva utilizando en centenares de películas desde los años cincuenta y que se hizo extremadamente popular desde su aparición en la saga de Star Wars.

7. Descubrimientos históricos

[1] A este tipo de información contextual mis compañeros y yo la denominamos «Expediente X», y en mi cabeza siempre suena con la misma voz en off que se escuchaba en la serie.

[2] Según la definición dada por Wikipedia, la criptozoología o, literalmente, «estudio de los animales ocultos», es una pseudociencia y subcultura que intenta probar la existencia de animales extintos, mitológicos o folclóricos.

[3] No me he molestado en comprobar la existencia de otros *rods* anteriores. Mi única fuente de información es el propio Iker, que, por otro lado, me parece una voz autorizada en la materia.

[4] Andy Warhol, uno de los artistas pop más icónicos de la historia, vivió toda su

vida obsesionado con alcanzar la fama. Se le atribuye la frase: «En el futuro, todos serán famosos mundialmente por quince minutos».

8. Enthéos

[1] *Cuarto Milenio*, programa 419.

9. Noches de volcado

[1] *Cuarto Milenio*, programa 273.

10. Haberlas haylas

[1] *Cuarto Milenio*, programa 502.

[2] No busquéis nada de esto en Google, no lo encontraréis. Diego Marañón me hizo llegar la entrevista que Santiago Vázquez le hizo a Germán de Argumosa en 1996 para su programa de radio *Dimensión desconocida*, donde se reprodujo esta parafonía.

11. Casos explicados

[1] *Cuarto Milenio*, programa 729. Acabó cambiando de título y pasó a llamarse *Un lugar cualquiera*. Imagino que alguien pensó que era imposible llamarlo *Terror en el supermercado* sin que te viniese a la cabeza la frase «horror en el ultramarinos». Muchas veces los temas cambian de nombre a lo largo del proceso de producción.

12. Cosas de casa

[1] *Cuarto Milenio*, programa 74. El bueno del padre Amorth tuvo el amable detalle de acudir a la entrevista con un puñado de clavos oxidados extraídos, según él, de la boca de los posesos a los que había podido exorcizar.

13. Casos explicables

[1] José Manuel Nieves es divulgador científico tanto en sus propios canales como en el diario *ABC*. Ha sido el contrapunto lógico y racional del maestro Enrique de Vicente en cientos de debates de *Cuarto Milenio*.

[2] *Cuarto Milenio*, programa 726.

[3] *Cuarto Milenio*, programa 414.

14. Casos inexplicables

[1] La oleada ovni belga fue una sucesión de avistamientos de triángulos negros en Bélgica, que duró desde el 29 de noviembre de 1989 hasta abril de 1990, y que

dejó para la posteridad unas icónicas fotos de aparatos voladores.

[2] Una de las más famosas psicofonías jamás captada, obtenida por Germán de Argumosa. Supuestamente la voz recogida en la grabación profetizó la muerte de un político chileno.

15. Casos rematadamente inexplicables

[1] *Cuarto Milenio*, programa 613.

16. Conversaciones con la nada

[1] *Cuarto Milenio*, programa 490.

[2] *Cuarto Milenio*, programa 573.

[3] «Raíces de la familia Valverde en Mérida (IV)», artículo publicado en *El periódico de Extremadura* el 12 de mayo de 2005.

17. Flores para el otro mundo

[1] *Cuarto Milenio*, programa 591.

[2] *Cuarto Milenio*, programa 712.

18. Una pila de libros

[1] *Cuarto Milenio*, programa 629.

Epílogo

[1] Revista *Bisagra*, número 109, 24 de diciembre de 1989.

Índice